

rara avis



La señora Harris en Nueva York

Paul Gallico



ALBA

Paul Gallico



La señora Harris
en Nueva York

Traducción
Ismael Attrache

rara avis
ALBA



Nota al texto



La señora Harris en Nueva York, secuela de *Flores para la señora Harris* (1958), se publicó por primera vez en 1960 (Michael Joseph, Londres).

Para Ginnie

Resulta evidente que el marqués Hypolite de Chassagne no es el embajador de Francia en Estados Unidos, solo el genio bueno de este cuento de hadas de nuestros tiempos. Tampoco encontrarán ustedes ni a la señora Harris, ni a la señora Butterfield, ni a los Schreiber en las direcciones indicadas, porque todos y cada uno de los elementos de esta historia son inventados. Sin embargo, si sus personajes no se parecen a ninguna persona a la que hayan conocido en algún momento y lugar determinados, el autor no habrá logrado ofrecer un pequeño reflejo de la vida y les pide disculpas a todos ustedes.

P. W. G.

I



La señora Ada Harris y la señora Violet Butterfield, que vivían respectivamente en los números 5 y 9 de Willis Gardens Street, en el barrio londinense de Battersea, se estaban tomando la taza de té de todas las noches en el pisito de la primera de ellas, una casa pulcra y adornada con flores, en el semisótano del número 5.

La señora Harris era señora de la limpieza, de ese tipo robusto y típico de Londres que se pasa el día yendo de un lado a otro dispuesta a adecentar la ciudad más grande del mundo; su amiga de toda la vida y compañera del alma, la señora Butterfield, era cocinera por horas y también limpiaba. Las dos atendían a una elegante clientela de Belgravia, donde corrían diversas aventuras a lo largo de la jornada, enterándose también de algún que otro chisme interesante de los excéntricos personajes para los que trabajaban. Por las noches se juntaban para tomar una última taza de té y contarse esos chismes.

La señora Harris rondaba los sesenta años, era baja y enjuta, tenía unas mejillas que parecían manzanas glaseadas y unos ojillos traviosos. Aunque tenía un lado muy eficiente y pragmático, tendía a idealizar las cosas, al optimismo y a ver la vida muy simplificada, en blanco o negro. La señora Butterfield, también de unos sesenta años, era una mujer rechoncha, sinuosa y temerosa, de un pesimismo absoluto, que imaginaba que todo el mundo, ella incluida, vivía siempre al borde del desastre.

Estas dos buenas señoras eran viudas desde hacía muchos años. La señora Butterfield tenía dos hijos casados, y ninguno de ellos la ayudaba a mantenerse, cosa que no le extrañaba; le habría sorprendido que lo hubieran hecho. La señora Harris era madre de una hija casada que vivía en Nottingham, a la que escribía todos los jueves por la noche. Las dos llevaban una vida provechosa, ocupada e interesante, se brindaban apoyo físico y espiritual, y se consolaban en su soledad. Había sido la señora Butterfield quien, al ocuparse temporalmente de los clientes de la señora Harris, había hecho posible que esta cogiera un avión a París con el emocionante y romántico objetivo de comprarse un vestido de Dior, un trofeo que ahora colgaba de su armario y que le recordaba a diario lo maravillosa y trepidante que puede ser la vida para alguien con un poco de energía, tenacidad e imaginación.

Cómodas y a gusto en el pulcro piso de la señora Harris, bajo el resplandor de la pantalla de la lámpara, con la caliente y fragante tetera debajo de la funda amarilla y florida que la señora Butterfield le había tejido por Navidad, las dos mujeres se contaban los acontecimientos del día.

La radio estaba encendida y de ella salía una serie de ruidos horribles atribuibles a la grabación hecha por un tal Kentucky Claiborne, cantante estadounidense de música *hillbilly*.

—Y le dije a la condesa: «Sin un aspirador nuevo, me marchó» —contaba la señora Harris—. Qué tacaña es esa mema. «Querida señora Harris», me contestó, «¿no nos puede servir un año más?». ¡Que nos sirva un año más! Cada vez que toco el condenado trasto, me suelta una descarga que me baja hasta los pies. Le he dado un ultimátum. «Si mañana por la mañana en esta casa no hay un aspirador nuevo, las llaves acabarán en el buzón» —declaró.

Echar las llaves de un piso por la ranura de un buzón era la forma clásica en que una señora de la limpieza anunciaba su dimisión.

La señora Butterfield le dio un sorbo al té.

—No lo compraré —aseguró en tono sombrío—. Conozco a las personas como ella. Todo el dinero se lo gastan en sí mismas, lo demás les da igual.

Desde el altavoz de la pequeña radio de mesa, Kentucky Claiborne cantaba entre gemidos:

Adiós con un beso, mi mustang querido,
adiós con un beso a lo que hemos sido.
Los malos me han pegado un tiro,
me temo que he sido abatido.
Adiós con un beso, mi mustang querido.

—¡Buf! —exclamó la señora Harris—. Ya no aguanto más esos quejidos. Tesoro, quita eso, por favor. Obedientemente, la señora Butterfield se inclinó y apagó la radio mientras comentaba:

—Hay que ver la pena que da que al hombre le peguen un tiro y luego quiera darle un beso a su caballo. Ahora nunca sabremos si llega a hacerlo.

Sin embargo, sí llegaron a enterarse, ya que por lo visto los vecinos eran grandes seguidores del cantante de baladas norteamericano, y todo el folletín de tragedias y amores del Lejano Oeste se filtró por las paredes. Otro ruido distinto llegó a la cocina en la que estaban las dos mujeres: un leve golpe seco y después un aullido de dolor, tras los cuales el volumen de la radio subió enseguida para que el punteo de la guitarra y los gruñidos nasales de Kentucky Claiborne tapasen los sollozos.

Las dos señoras se irguieron inmediatamente, con un gesto triste y muy preocupado.

—Qué gentuza —susurró la señora Harris—, están volviendo a zurrar al pobre Henry.

—Ay, pobre criatura —dijo la señora Butterfield, y añadió—: Ya no le oigo.

—Por eso han subido la radio.

Ada se acercó a un punto de la pared en el que era evidente que antes había una compuerta y en el que el tabique era más fino, y lo golpeó fuertemente con los puños. Casi en el mismo momento le contestaron con los mismos golpes.

Acercó la boca al tabique y gritó:

—Oigan, dejen de pegar al niño. ¿Quieren que llame a la policía?

La respuesta del otro lado de la pared fue clara y concisa:

—Váyase a freír espárragos —le espetó una voz masculina—. ¿Quién está pegando a nadie?

Las dos mujeres esperaron cerca del tabique, angustiosamente atentas, pero no oyeron nuevos síntomas de sufrimiento, y al poco también perdió intensidad el ruido de la radio.

—¡Qué gentuza! —repitió la señora Harris—. El caso es que no le pegan lo bastante fuerte para dejar marcas, porque si no podríamos llamar a la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad contra los Niños. Mañana les diré muy claro lo que pienso.

La señora Butterfield aseguró, abatida:

—No servirá de nada, después se desquitarán con él y ya está. Ayer le di un trozo de bizcocho que me había sobrado de la merienda. Madre mía, cómo se abalanzaron sobre él esos mocosos de los Gusset, se lo quitaron antes de que pudiera llevárselo a la boca.

De pronto aparecieron dos lágrimas de frustración y rabia en los ojos azules de la señora Harris, que soltó una retahíla de palabras muy malsonantes e irreproducibles para describir a los vecinos, la familia Gusset.

La señora Butterfield le dio unos golpecitos en la espalda a su amiga y dijo:

–Vamos, vamos, querida, no te alteres. Es una pena, pero ¿qué podemos hacer?

–¡Algo! –respondió la señora Harris con ahínco. Luego repitió–: Algo. Es que no lo aguanto. Es un chiquillo adorable. –Le apareció un brillo en la mirada–. Seguro que si yo fuera a Estados Unidos podría encontrar a su padre sin demasiadas complicaciones. En algún sitio tiene que estar, ¿no? Sufriendo mucho por su pequeño, sin duda.

El rostro regordete de la señora Butterfield adoptó un gesto de espanto, la papada se le empezó a agitar y sus labios, a temblar.

–Ada –dijo con voz trémula–, no estarás pensando en viajar a Estados Unidos, ¿verdad?

Recordaba muy bien que, en una ocasión anterior, a la señora Harris se le había metido entre ceja y ceja que lo que más deseaba en el mundo era un vestido de Dior, y que después se había tirado dos años apretándose el cinturón y ahorrando; luego había cogido un avión a París y había vuelto triunfante con el vestido.

A la señora Butterfield le causó gran alivio ver que lo que su amiga era capaz de hacer tenía un límite, ya que esta añadió, apenada:

–Pero ¿cómo iba a hacerlo? Aunque esto me parte el corazón. No aguanto ver cómo maltratan a un niño. Está tan flaco que no puede ni tenerse en pie.

Todo Willis Gardens conocía la historia del pequeño Henry Brown y los Gusset, una tragedia de la época posterior a la guerra que, desgraciadamente, se repetía demasiadas veces.

En 1950, George Brown, un joven piloto norteamericano destinado en alguna base aérea, se había casado con una joven camarera del pueblo más cercano, una tal Pansy Cott, con la que había tenido un hijo llamado Henry.

Cuando, al acabar su período de servicio, a George Brown lo volvieron a enviar a Estados Unidos, la mujer se negó a acompañarlo, se quedó en Inglaterra con el niño y exigió una manutención. Brown regresó a su país y fue mandando el equivalente a dos libras semanales para el cuidado del pequeño. También se divorció de su mujer.

Pansy y Henry se trasladaron a Londres, donde ella encontró trabajo y también conoció a otro hombre, que mostró interés por el matrimonio. Sin embargo, no quería tener nada que ver con el niño, y el precio que puso para convertir a Pansy en una mujer decente fue que se desembarazara de él. Ella no tardó en dejar al pequeño Henry, que por aquel entonces tenía tres años, en casa de una familia apellidada Gusset, que vivía en Willis Gardens y que ya tenía seis hijos; se casó con su novio y se mudó a otra localidad.

A lo largo de tres años, la libra semanal que Pansy había acordado pagar a los Gusset para que se ocuparan del pequeño Henry (con lo que claramente se sacaba una libra de beneficio) no dejó de llegar, y el niño, aunque tampoco es que se atiborrara de comida gracias a semejante opulencia, no vivía en condiciones mucho peores que los hermanos Gusset. Pero un día la libra no llegó, y a partir de entonces no volvió a hacerlo. Pansy y su nuevo marido se habían esfumado y no hubo modo de dar con ellos. Los Gusset tenían una dirección del padre, George Brown, en Alabama.

Una carta que mandaron a estas señas, en la que pedían dinero, les fue devuelta con una inscripción sellada que decía «Destinatario desconocido». La familia se percató de que no podía deshacerse del niño, y a partir de entonces las cosas se pusieron feas para Henry.

Desde ese momento, en el barrio quedó claro que los Gusset, que ya tenían fama de ser una familia parecida a los Juke,¹ estaban tomando represalias contra el niño. Henry se convirtió en gran motivo de preocupación para las dos viudas que vivían a izquierda y derecha de los Gusset, pero sobre todo para la señora Harris, a quien conmovía el infeliz chiquillo, legalmente huérfano, cuya desgracia se le aparecía en sueños por las noches y también en sus ensoñaciones diurnas.

Si los Gusset lo hubieran tratado con mayor brutalidad, la señora Harris podría haber tomado alguna medida inmediata y drástica en cooperación con la policía. Pero los vecinos eran demasiado listos para hacer algo así. Nadie sabía a ciencia cierta a qué se dedicaba el padre para mantener a la familia, pero su actividad se desarrollaba en el Soho, a veces de noche, y en general se opinaba que estaba relacionada con algo turbio.

Fuera cual fuera esa actividad, se sabía que a los Gusset les inquietaba en especial llamar la atención de la policía, y por lo tanto, en lo que respectaba al pequeño Henry, cumplían la ley al pie de la letra. Estaban muy al tanto de que, cuando había un niño de por medio, la policía solo podía actuar en casos de crueldad extrema y visible. Nadie podía decir con exactitud hasta qué punto el chico pasaba hambre o se le infligían lesiones. Pero la señora Harris sabía que habían convertido su vida en un infierno continuo de raciones escasas, bofetones, golpes, pellizcos e insultos, con los que los Gusset se vengaban de él por la desaparición del dinero.

Henry era el criado y la víctima de esta desastrada familia, y cualquiera de los seis hijos, cuatro chicos y dos chicas entre los tres y los doce años, podía darle patadas, pellizcarlo y ofenderlo con impunidad. Aunque lo peor de todo era que el niño se estaba criando sin amor ni cariño de ninguna clase. Al contrario: lo odiaban, y esto era lo que más dolía tanto a la señora Harris como a la señora Butterfield.

La señora Harris también había recibido bastantes golpes; en su mundo eran algo que se esperaba y se aceptaba, pero ella era de naturaleza cálida y acogedora y había conseguido criar a una hija; lo que veía del niño de al lado y del trato que recibía empezó a causarle un dolor y una inquietud continuos, a convertirse en algo que siempre le rondaba la cabeza, de lo que nunca se olvidaba del todo. Muchas veces, cuando, en consecuencia con su carácter, estaba contenta, animada, sin preocupaciones y entregada por completo al trabajo, a sus clientes y a sus amigos, se acordaba de pronto y con gravedad de la desgracia del pequeño Henry. Entonces se sumía en una de sus ensoñaciones, de esas que en torno a un año antes la habían llevado a emprender la gran aventura de su vida en París.

La nueva ensoñación tenía el tono de las historias románticas a las que era muy aficionada, y que leía en las revistas que muchas de sus clientas le pasaban cuando ya las habían terminado.

La opinión de la señora Harris, trasladada a sus ensoñaciones, era que Pansy Cott, o fuera cual fuera ahora su nuevo apellido, era la mala de la historia; Brown, el piloto desaparecido, el héroe; y el pequeño Henry, la víctima. Entre otras cosas, estaba convencida de que el padre seguía manteniendo al niño, y de que Pansy se quedaba con el dinero. Todo era culpa de Pansy: ella se había negado a acompañar a su marido a Estados Unidos, que era lo que le dictaban sus

obligaciones de mujer casada; ella había apartado a Brown del niño; ella, para contentar a un novio, había colocado al chiquillo en casa de esa monstruosa familia; y, por último, ella se había esfumado con el botín y había abandonado al pequeño a su espantosa suerte.

George Brown, por otro lado, era uno de esos hombres nobles por naturaleza; seguramente, en los años transcurridos se había hecho rico, que era lo típico en Estados Unidos. A lo mejor se había vuelto a casar, a lo mejor no, pero se hallara donde se hallara estaría añorando a su Henry perdido.

Esta valoración de George Brown se basaba en lo que la señora Harris había visto de los soldados estadounidenses destinados en Inglaterra, que siempre le habían parecido simpáticos, de buen corazón, generosos y especialmente cariñosos y atentos con los niños. Recordaba que, durante la guerra, nunca habían dejado de compartir su ración de dulces con los chiquillos que vivían en las inmediaciones de sus bases. Tendían a ser ruidosos, gritones, fanfarrones y derrochadores, pero, cuando se les acababa conociendo, en el fondo eran más buenos que el pan.

Evidentemente, también eran las personas más ricas del mundo; la señora Harris erigió una especie de palacio de fantasía en el que en esos momentos debía de estar viviendo George Brown, y donde el pequeño Henry también podría estar disfrutando de lo que le correspondía por derecho de nacimiento, si su padre estuviera al tanto de sus desventuras. No le cabía la menor duda de que, si de un modo u otro pudiera encontrar al señor Brown y ponerle al corriente de la situación, este haría acto de presencia, tras haber viajado en un avión a reacción más veloz que el sonido, para recuperar a su hijo y alejarlo de la tiranía y la esclavitud a que lo tenían sometido los espantosos Gusset. Solo hacía falta que un hada madrina tirara levemente de los hilos del Destino y pusiera el mecanismo en marcha. Tanto le afectaban los padecimientos del pequeño Henry que no tardó en considerar que ella era esa hada madrina.

En esa ensoñación, de un modo u otro, se trasladaba a los formidables Estados Unidos de América, donde, gracias a una mezcla de astucia y suerte, encontraba casi enseguida al desaparecido George Brown. Mientras la señora Harris le contaba la historia del niño, el padre empezaba a llorar, y, cuando ella terminaba, él ya estaba sollozando sin freno. «Querida señora – le decía –, ni con toda mi riqueza podré recompensarla por lo que ha hecho por mí. Venga, cojamos el avión de inmediato y vayamos a recoger a mi niño para traerlo a casa, que es donde tiene que estar.» Era una ensoñación muy feliz.

Sin embargo, como se ha dicho antes, la señora Harris no era únicamente dada a construir castillos en el aire. Era realista, pragmática, y sabía perfectamente cuál era la situación del pequeño Henry y de los Gusset; también, que nadie había podido localizar al padre, a lo que se sumaba el hecho de que tampoco nadie lo había intentado de veras. Por debajo de esos sueños estaba la certeza creciente de que, si se le presentaba la ocasión, trataría de encontrarlo; una certeza a la que no restaba la menor intensidad la circunstancia de que solo supiera de él que se llamaba George Brown y había sido miembro de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

II



En el fondo de su corazón, la señora Harris sabía muy bien que, para ella, un viaje a Estados Unidos era tan improbable como uno a la luna. Era verdad que había llegado a cruzar el canal de la Mancha, y que gracias a los aviones el océano Atlántico solo era una masa de agua que se podía sobrevolar a toda velocidad, pero las consideraciones prácticas de los gastos, la manutención, etcétera, hacían que un viaje así le resultara inalcanzable. Había conseguido ir a París y materializar su sueño después de dos años de ahorros y economías, pero ese esfuerzo había sido de los que se hacen una vez en la vida. Ahora era mayor y consciente de que ya no se veía capaz de intentar reunir la cantidad necesaria de libras para financiar semejante expedición.

También era verdad que *l'affaire* Dior se había iniciado porque había ganado cien libras en una quiniela de fútbol, sin las cuales quizá no habría llegado a emprender la tarea de ahorrar otras trescientas cincuenta. Seguía jugando a las quinielas, pero sin la honda convicción gracias a la cual a veces la fortuna sonríe. Y sabía perfectamente que ese tipo de rayo nunca caía dos veces en el mismo sitio.

Sin embargo, en el mismo momento en que al pequeño Henry, silenciado por los espantosos aullidos de Kentucky Claiborne, lo estaban zurrando en la cocina del número 7 de Willis Gardens, y mientras lo mandaban a la cama mal alimentado una noche más, el Destino ya estaba preparando el terreno para un cambio asombroso que iba a producirse no solo en la vida del niño, sino también en la de Ada Harris y la señora Butterfield.

No se obró ningún milagro, ni hubo nada sobrenatural; solo pasó que dos grupos de hombres se reunieron frente a frente en una mesa de dirección de la sala de juntas y reuniones de un gigantesco estudio de Hollywood, de cine y televisión, a nueve mil quinientos kilómetros de distancia, mientras se lanzaban miradas asesinas con toda la mala fe que pueden llegar a albergar unos hombres codiciosos, enzarzados en una lucha por el poder.

Después de siete horas, ciento tres cafés y cuarenta y dos Havana Perfectos, la maldad de las miradas no se había atenuado, pero la batalla había terminado. Se envió un cablegrama que tuvo consecuencias directas e indirectas en la vida de un extraño conjunto de personas, algunas de las cuales ni habían oído hablar de la North American Pictures and Television Company Inc.

Entre los clientes a cuya casa la señora Harris «iba» no solo con regularidad sino también con entusiasmo, pues tenía sus preferencias, estaban el señor Joel Schreiber y su mujer, que vivían en un piso de seis habitaciones en la última planta de una de las casas reformadas de Eaton Square. Joel y Henrietta Schreiber eran una pareja de estadounidenses, de mediana edad y sin hijos, que llevaban tres años instalados en Londres, donde el señor Schreiber trabajaba de representante y director de distribución en Europa de la North American Pictures and Television Company.

Había sido gracias a la bondad de Henrietta Schreiber como la señora Harris había podido cambiar sus libras, que tanto le había costado ganar, por los necesarios y exportables dólares que le habían permitido pagar el vestido de Dior en París. Ni una ni otra habían tenido la menor idea de que al hacerlo estaban violando la ley. Tal como lo veía la señora Schreiber, ¿acaso no iban a

seguir las libras estando con ella en Inglaterra, sin salir del país, que era lo que querían los británicos? También es cierto que la señora Schreiber era una de esas personas aturulladas que nunca llegan a entender del todo cómo funcionan las cosas, o cómo deben funcionar.

Con la ayuda diaria y los consejos de la señora Harris, la mujer había llegado a acostumbrarse a llevar una casa en Londres, a ir de compras por Elizabeth Street y a cocinar ella sola, mientras, gracias a la enérgica aparición de Ada dos horas al día, su piso estaba impoluto. Era muy probable que, si surgían contratiempos o un cambio repentino, a la señora Schreiber le diera un ataque. Al ser una persona que, antes de instalarse en Inglaterra, se había visto obligada a aguantar al tipo de servicio doméstico disponible en Hollywood y Nueva York, Henrietta era una ferviente admiradora de la rapidez, eficiencia y facilidad para que el polvo desapareciera de la señora Harris, y, sobre todo, de su capacidad de lidiar con casi cualquier situación que se presentase.

Joel Schreiber, como el soldado raso de Napoleón que portaba una vara de mariscal en el macuto, llevaba en el maletín un sello de presidente de una gran empresa imaginaria. Era un tenaz hombre de negocios que había ido ascendiendo en la North American Pictures, que había pasado de recadero a su puesto actual, pero siempre en el ámbito ejecutivo; también tenía aspiraciones vinculadas a las artes y las letras, y soñaba con lo que haría si fuera presidente de la North American, una posibilidad tan remota que ni siquiera llegaba a comentarla con su Henrietta. El puesto que ocupaba el señor Schreiber no llevaba a la presidencia, ni a la creación de estrategias, ni a reuniones con las grandes y medianas estrellas del sector del cine y la televisión.

No obstante, cuando terminó la reunión en Hollywood mencionada anteriormente y se mandó el cablegrama, este tuvo como destinatario nada más y nada menos que a Joel Schreiber, con las instrucciones de que trasladara tanto su despacho como su domicilio a Nueva York para ejercer durante cinco años de presidente de la North American Pictures and Television Company Inc. Dos facciones de poder que luchaban por el control de la empresa, ninguna de las cuales era lo bastante fuerte para imponerse a la otra, próximas al agotamiento, habían accedido al fin a nombrar a Schreiber, un candidato inesperado y ajeno a ambas; por consenso, acabaron convirtiéndolo en presidente de la North American.

Después del cablegrama que Schreiber recibió en su despacho esa tarde, se produjeron conferencias telefónicas, milagrosas conversaciones en «reuniones» celebradas con océanos y continentes de por medio, en las que cinco personas (una en Londres, dos en California, dos en Nueva York) hablaron por teléfonos distintos y lo hicieron como si todas estuvieran en la misma sala, y cuando el señor Schreiber, un hombrecillo fornido de mirada inteligente, llegó a casa a última hora de esa tarde, estaba que no cabía en sí por la ilusión y las noticias.

No pudo contenerse, lo soltó todo de golpe en cuanto cruzó la puerta.

—Henrietta, ¡lo he CONSEGUIDO! Tengo que contarte una novedad, una importante. Soy presidente de la North American Pictures, ¡soy el responsable de todo! Van a ponerme una oficina en Nueva York. Tenemos que irnos dentro de dos semanas. Vamos a vivir en un piso enorme de Park Avenue, la empresa ya me ha buscado uno; es un ático, un dúplex. Henrietta, ahora soy el mandamás. ¿Qué te parece?

Formaban una pareja cariñosa y afectuosa, así que en primer lugar se abrazaron; a continuación, el señor Schreiber dio unos pasos de baile con Henrietta, hasta que ella empezó a jadear mientras

su corpulento y acogedor cuerpo se agitaba.

–Te lo mereces, Joel –le dijo–. Lo tendrían que haber decidido hace mucho tiempo.

Entonces, para tranquilizarse y ordenar las ideas, se acercó a la ventana y contempló la sosegada y arbolada sombra de Eaton Square, con la calzada que la atravesaba por la mitad, y con una punzada pensó en cuánto se había acostumbrado a esa vida apacible, cuánto le había gustado, y cuánto había temido que la volvieran a llevar al barullo y el ritmo frenético de Nueva York.

Schreiber se paseaba entusiasmado por la casa, incapaz de sentarse, mientras docenas de pensamientos, grandes emociones e ideas nuevas, relacionados con su nueva posición superior, le venían a la cabeza; de pronto se detuvo y soltó:

–Henrietta, si hubiéramos tenido un hijo, ¿no habría estado orgulloso de su padre ahora mismo?

La frase se le clavó a la mujer en el corazón, donde se quedó temblando como un dardo lanzado a una diana. Sabía que aquello no pretendía ser un reproche, porque su marido no era un hombre de esos; eran palabras que solo surgían de las ganas que él había sentido tanto tiempo de ser padre, además de marido. Y, ahora que de un día para otro se había convertido en alguien importante, ella entendía que ese deseo hubiera cobrado mayor intensidad. Cuando se apartó de la ventana, tenía lágrimas al borde de los ojos y solo pudo decir:

–Ay, Joel, pero qué orgullosa estoy de ti.

Él vio enseguida que la había herido; se acercó a ella, le pasó un brazo por los hombros y le dijo:

–Oye, Henrietta, no me malinterpretes. No te echas a llorar. Somos una pareja muy afortunada. Ahora somos importantes. Piensa en lo bien que lo vamos a pasar en Nueva York, en las cenas que vas a organizar para un montón de gente famosa. Como suele decirse, serás la anfitriona perfecta, ya lo verás.

–Oh, Joel –dijo Henrietta entre sollozos–, llevamos tanto tiempo sin vivir en Estados Unidos, ni en Nueva York... Tengo miedo.

–Bah –dijo él para reconfortarla–. ¿A qué le puedes tener miedo? Todo será pan comido para ti. Lo harás de maravilla. Ahora somos ricos y puedes tener todo el servicio doméstico que quieras.

Pero eso precisamente era lo que estaba preocupando a la señora Schreiber, y lo que siguió preocupándola a la mañana siguiente, mucho después de que su marido se fuera tranquilamente a la oficina sin dejar de ver las cosas de color de rosa.

Su imaginación aturdida y excitada repasó todo el monstruoso abanico de mujeres mugrientas, de vagabundos, holgazanes e inútiles que había en el mundo y que ofrecían sus servicios con la expresión «personal doméstico con experiencia». Por su cabeza angustiada fue pasando todo un desfile de mayordomos eslovacos, lituanos, bosnio-herzegovinos, y de criados de uñas sucias, dedos amarillos y manchados de tabaco que habían trabajado para ella en algún momento, y que dejaban a su paso, por todas las alfombras, la ceniza de sus interminables cigarrillos. Se había enfrentado a suecos bovinos, fineses igualmente vacunos, prusianos imprudentes, irlandeses perezosos, italianos aún más perezosos y orientales impenetrables.

Harta de extranjeros, había contratado a personal estadounidense, tanto de color como blanco, empleados internos que se bebían su alcohol y se echaban sus perfumes, o muchachas externas que llegaban por la mañana y se iban por la noche, normalmente llevándose escondida alguna prenda

de ropa o lencería suya. No sabían cómo quitar el polvo, dar brillo, barrer, enjuagar un vaso o limpiar la plata; dejaban marcas de pedestal en el suelo, en los sitios en los que, inmóviles como estatuas, habían estado horas apoyados en la escoba y sin hacer nada. A ninguno de ellos les inspiraban el menor orgullo ni la vivienda ni las cosas bonitas. Le rompían los platos buenos, la porcelana, las lámparas y las chucherías; le estropeaban las fundas y la ropa blanca, le hacían agujeros con el cigarrillo en las alfombras, le arruinaban la casa y el sosiego.

A continuación, a ese espantoso grupo se sumó una larga serie de cocineras de caras largas: todas ellas habían aportado su granito de arena a las canas que le habían empezado a salir. Algunas sabían cocinar, otras no. Todas eran mujeres desagradables de talante infame y carácter endiablado, tiranas amargadas que se habían hecho con el mando y que habían sembrado el terror en su hogar todo el tiempo que habían pasado en él. La mayoría solo estaba un poco chalada; algunas tenían ya un pie dentro del manicomio. Ninguna había mostrado el menor gesto de comprensión ni de bondad, ni habían albergado una sola idea que se saliera de las reglas establecidas para su propia comodidad y satisfacción.

Una llave sonó en la puerta, que se abrió, e irrumpió la señora Harris con su habitual bolsa de piel sintética, repleta de quién sabe qué, que siempre llevaba encima en el curso de sus jornadas; iba con un abrigo demasiado grande y del año anterior que alguien le había regalado, un sombrero tipo hongo verdaderamente vetusto, heredado de una clienta fallecida hacía mucho tiempo pero que ahora, en virtud de los ciclos estilísticos, de repente volvía a estar de moda.

—Buenos días, señora —dijo con alegría—. Esta mañana me he adelantado un poco, pero, como me había dicho usted que unos amigos suyos iban a venir a cenar esta noche, he pensado que no vendría nada mal que le diera un buen repaso a la casa, para que esté como los chorros del oro.

A la señora Schreiber, que apenas podía quitarse de la cabeza el espantoso desfile de los indolentes empleados domésticos que recordaba, Ada Harris le pareció un ángel, y, sin darse cuenta de lo que hacía, corrió hacia la menuda asistente, la abrazó por el cuello, la estrechó contra sí y exclamó:

—¡Ah, señora Harris, no sabe usted cuánto, cuantísimo me alegro de verla!

Entonces, inexplicablemente, se puso a llorar. Quizá fuera el consuelo que le brindó el abrazo que le devolvió la señora Harris y los golpecitos que le dio, o la liberación de la tensión emocional que le había producido la buena noticia del ascenso de su marido, pero fue llorando mientras le dijo:

—Ay, señora Harris, a mi marido le ha ocurrido algo maravilloso. Nos vamos a vivir a Nueva York, pero estoy asustada, tengo mucho miedo.

La señora Harris no sabía de qué le estaba hablando, pero no le cabía ninguna duda de cuál era el remedio: dejó la bolsa, acarició el brazo de la señora Schreiber y dijo:

—Tranquila, querida, no se ponga así. Deje que Ada Harris le haga un té y ya verá cómo se encuentra mejor.

Para la señora Schreiber fue reconfortante dejar que lo hiciera, añadió: «Si se prepara usted otro», y mientras las dos mujeres se sentaron en la cocina y tomaban la infusión, Henrietta se lo contó todo a la comprensiva señora Harris, que en el fondo era como una hermana para ella: la tremenda suerte que habían tenido su marido y ella, el cambio que iba a producirse en sus vidas,

el colosal, enorme ático dúplex que les esperaba en Estados Unidos, la marcha al cabo de dos semanas, y, sobre todo, sus inquietudes con el servicio. Con renovados bríos, evocó ante la atenta señora Harris todas las catástrofes y los horrores domésticos que la aguardaban al otro lado del Atlántico. Le calmó hacerlo, y en la señora Harris propició una agradable y complaciente sensación de superioridad británica que la llevó a cogerle aún más cariño a la señora Schreiber.

Cuando esta terminó su relato, miró a la bajita señora de la limpieza, de mejillas sonrosadas, con una nueva sensación de calidez y de ternura, y dijo:

–Oh, si hubiera alguien como usted en Nueva York para que me echase una mano, aunque solo fuera un tiempcito, hasta que estuviera instalada...

Entonces se produjo un silencio, durante el cual Henrietta Schreiber se quedó contemplando a Ada Harris, que estaba al otro lado de la mesa, mientras Ada Harris, por encima de las tazas vacías, miraba de hito en hito a Henrietta Schreiber. Ninguna decía nada. Ningún instrumento científico de precisión de los que conoce el ser humano habría podido medir un intervalo apreciable para diferenciar a cuál de las dos se le ocurrió antes la gran idea. En caso de que algo así sea posible, las dos vieron la luz exactamente en el mismo momento. Pero ambas callaron.

La señora Harris se puso en pie, retiró la vajilla del té y dijo: «Bueno, tendría que ir yéndome, ¿no?», y la señora Schreiber añadió: «Yo creo que tendría que ir a echar un vistazo a las cosas que me quiero llevar». Entonces las dos se pusieron a hacer sus cosas. Normalmente, cuando estaban juntas en el piso charlaban, o más bien lo hacía la señora Harris y la señora Schreiber escuchaba, pero en esta ocasión la menuda asistenta trabajó sumida en un reflexivo silencio, al igual que Henrietta.

Esa noche, cuando la señora Harris se vio con la señora Butterfield, le anunció:

–Vi, siéntate para no caerte al suelo, tengo una cosa que contarte. ¡Nos vamos a Estados Unidos!

El chillido de alarma de la señora Butterfield resonó por las inmediaciones con tanta violencia que se abrieron puertas y ventanas para averiguar su origen. Después de que la señora Harris la abanicase para que recobrar el sentido, exclamó:

–Pero ¿te has vuelto loca? ¿Has dicho que vamos, así en plural?

La señora Harris hizo un satisfecho gesto de asentimiento.

–Ya te he dicho que te sentaras –repitió–. La señora Schreiber me va a pedir que la acompañe hasta que se instale del todo en su casa de Nueva York. Le voy a decir que sí, pero con la condición de que tú vengas de cocinera. ¡Juntas encontraremos al padre del pequeño Henry!

Esa noche, cuando el señor Schreiber llegó al hogar, Henrietta rompió un largo período de silencio al que se había entregado y dijo:

–Joel, no te enfades conmigo, pero he tenido una idea de lo más disparatada.

En su estado de euforia de esos momentos, era poco probable que algo enfadase al señor Schreiber, que contestó:

–Sí, querida, ¿de qué se trata?

–Le voy a pedir a la señora Harris que nos acompañe a Nueva York.

Schreiber no se enfadó, pero sin duda se quedó perplejo.

–¿Por qué? –preguntó.

–A lo mejor solo por unos meses, hasta que estemos bien instalados y pueda encontrar a alguien.

No sabes lo extraordinaria que es ni cómo mantiene esta casa. Conoce mis gustos. Oh, Joel, me daría tanta... seguridad.

—Pero ¿vendría?

—No sé —respondió Henrietta—, aunque... creo que sí. Si le ofreciera muchísimo dinero tendría que venir, ¿no te parece? También creo que, si se lo suplicase, podría acceder porque le caigo bien.

El señor Schreiber pareció dudar unos instantes y preguntó:

—¿Una señora de la limpieza del East End londinense en un ático de Park Avenue? —Pero entonces suavizó el gesto y añadió—: Si eso te ayuda a sentirte mejor, cariño, adelante. Ahora quiero que tengas todo lo que desees.

III



Justo catorce horas y media después de que la señora Harris le contara a la señora Butterfield que la señora Schreiber estaba a punto de proponerle marcharse a Estados Unidos, se lo propuso. Ocurrió a la mañana siguiente, poco después de que llegara la señora Harris, que aceptó entusiasmada con una condición: que se incluyera a la señora Butterfield, y con un salario equivalente al que se le había prometido a ella.

—Es mi amiga más antigua —explicó—. En toda mi vida he estado más de una semana seguida fuera de Londres. Si ella me acompañara no me sentiría tan sola. Además, hay que ver lo bien que cocina: lo hizo en algunas de las mejores casas, antes de dejar de trabajar regularmente. Pregúntele al bueno de sir Alfred Welby gracias a quién tiene gota.

La señora Schreiber casi no cupo en sí de gozo al pensar que no solo iba a tener a la señora Harris para cuidarla en los primeros meses de su regreso a Estados Unidos, sino que a la vez había conseguido a una buena cocinera que se iba a llevar bien con la bajita señora de la limpieza y que iba a impedir que se sintiera demasiado sola. Conocía a la señora Butterfield y le gustaba, porque había sustituido a la señora Harris cuando su expedición a París para comprarse el vestido de Dior.

—Pero ¿cree usted que vendrá? —le preguntó angustiada a la asistenta.

—Sin pensárselo dos veces. No sabe lo aventurera que es. Nada le atrae más que lanzarse a lo desconocido. A veces me cuesta una barbaridad frenarla. Y tanto que vendrá. Déjelo en mis manos y yo se lo contaré tal como conviene.

La señora Schreiber se mostró encantada; empezaron a discutir los detalles de la partida (el señor Schreiber tenía previsto zarpar en el transatlántico francés Ville de Paris, que salía de Southampton, al cabo de diez días), como si las dos ya lo hubieran arreglado y decidido todo.

La señora Harris eligió el momento psicológico en el que iniciar la ofensiva contra su amiga, que fue la hora bruja de ese último y apacible té que tomaban juntas antes de acostarse, en esta ocasión en la amplia cocina de la señora Butterfield, bien provista de bizcochos y galletas, mermeladas y jaleas, dado que, tal como su figura indicaba, a la señora Butterfield le gustaba comer bien.

Al principio dio la impresión de que la señora Harris había cometido un error táctico al abordar a su amiga en su terreno doméstico, en vez de sacarla de su entorno habitual, porque la señora Butterfield se mostró inflexible en su negativa, y parecía que tenía respuesta a todos los argumentos que le presentaba la señora Harris.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Que me vaya a Estados Unidos, a mi edad, donde tienen tanta inflación y se dedican a pegarse tiros y los jóvenes se acuchillan unos a otros? ¿Es que no lees los periódicos? Y te diré otra cosa: si vas, acabarás muerta, Ada Harris; no me digas que no te avisé.

Su amiga recurrió al ataque económico:

—Pero, Violet, fijate en el dinero que ha propuesto pagarte: un salario estadounidense, cien libras al mes, manutención incluida. Aquí no ganas eso en tres meses. Podrías alquilar tu piso mientras

estés fuera, irías ahorrando tu pensión de viudedad, no gastarías nada: ¡seguramente tendrías quinientas libras al volver! Piensa en las vacaciones que podrías permitirte con eso. O también podrías invertirlo en los bonos Premium Bonds y ganar otras mil libras. No te haría falta volver a dar un palo al agua en la vida.

—El dinero no lo es todo —replicó la señora Butterfield—. Lo sabrías, Ada Harris, si leyeras más la Biblia. La raíz de todos los males, eso es lo que es. ¿Quién tiene más problemas en el mundo, quién tiene que pasarse el día yendo a juicio mientras su nombre aparece en la prensa? Los millonarios. Aquí gano lo bastante para lo que necesito, y aquí me quedo. De todas formas, no iría a esa *Somorra y Godoma*, que eso es Nueva York según dicen, ni por quinientas libras al mes.

La señora Harris lanzó su misil intercontinental con cabeza de un megatón.

—Y del pequeño Henry, ¿qué? —preguntó.

La señora Butterfield contempló a su amiga con cierto gesto de alarma.

—¿Cómo que qué? —contestó para ganar tiempo, porque con el terror y la excitación de la propuesta se le había olvidado del todo quién y qué estaba detrás de todo aquello.

—Pues que hay que encontrar al padre de la pobre criatura y darle una vida decente, Violet Butterfield, y me sorprende y me avergüenza que lo olvides. No sé cuantísimas veces me habrás oído decir que, si pudiera, iría a Norteamérica a buscar al padre para contarle dónde está su hijo y lo que le está pasando. Pues ahora tenemos la ocasión de hacer justo eso, y ¿me preguntas qué pasa con Henry? ¿Es que no le quieres?

Esto casi fue un golpe bajo, y la señora Butterfield protestó con un gemido.

—Ay, Ada, pero ¿cómo puedes decir algo semejante? Sabes que sí. ¿No estoy todo el día dándole de comer y mimándolo como una madre?

—Pero ¿no quieres verlo feliz y a salvo junto a su padre?

—Pues claro que sí —respondió la señora Butterfield, que a continuación, para su gran sorpresa, sacó de su arsenal un mecanismo defensivo contra los rayos atómicos, que mitigó la fuerza del ataque de la señora Harris—. Y ¿quién va a cuidarlo mientras no estés si yo también me voy? ¿De qué sirve que encuentres a su padre, para que luego venga y descubra que al pobre chiquillo lo han matado de hambre? Una de las dos tiene que quedarse.

Había tanta lógica en esta afirmación que, por un instante, la señora Harris se quedó perpleja y no se le ocurrió qué responder; con gran pesadumbre en el corazón bajó la vista, miró la taza de té y dijo, lisa y llanamente:

—Vi, me encantaría que me acompañaras a Estados Unidos.

Entonces fue la señora Butterfield quien tuvo que mirar a su amiga con desconcierto. La sinceridad inspiró en ella la misma dosis de franqueza. Prescindiendo de todas las excusas, contestó:

—Es que no quiero viajar a Estados Unidos... Me da miedo ir.

—Y a mí.

Ahora, la perplejidad de la señora Butterfield se transformó en asombro.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Que tú, Ada Harris, tienes miedo? Pero ¡si te conozco desde hace más de treinta y cinco años, y no le has temido a nada en la vida!

—Ahora sí. Es un paso muy grande. Hablamos de un país desconocido que queda muy lejos.

¿Quién me va a cuidar si me pasa algo? Ojalá me acompañaras. Nunca se sabe lo que puede suceder, ¿no?

Podría haber parecido irónico, ese cambio repentino en los papeles que solían desempeñar las dos mujeres: la señora Harris, la aventurera llena de optimismo, convertida de pronto en una especie de Butterfield miedosa y pesimista. Pero lo cierto era que no había ninguna ironía en su comentario; únicamente acababa de darse cuenta, de repente, de la magnitud de la tarea que acababa de aceptar con tanta despreocupación, llevada por su habitual espíritu de ilusión y aventura. Nueva York no solo quedaba muy lejos, sino que además iba a ser algo completamente distinto de todo lo que había conocido hasta entonces. Sí, París había sido un sitio completamente ajeno a ella, pero, si se miraba en un mapa, estaba al otro lado de la calle. También era cierto que en Estados Unidos hablaban inglés, y, sin embargo, en otro sentido era un lugar más extranjero que Francia, quizá incluso que China. Iba a abandonar ese Londres, maravillosamente seguro, en el que tan cómoda se sentía y que la había protegido toda la vida, por cuyas calles, ritmo, sonido e infinitos ambientes podía orientarse con los ojos cerrados. Y ya no era joven. Conocía casos de muchas mujeres británicas que, después de casarse con un estadounidense, habían vuelto a toda prisa porque no habían podido adaptarse a la vida norteamericana. Ella tenía sesenta y un años, sesenta y un años que le parecían llenos de energía, rebosantes de vida, desde luego, pero nunca se sabía qué podía pasar, ¿no? Y ¿si se ponía enferma? En un país extranjero, ¿quién iba a brindarle el vínculo necesario con su querido Londres? Sí, en ese instante sintió de veras un auténtico miedo, y se le notó en los ojos. Violet Butterfield se lo vio.

—Ay, querida —dijo la mujer rechoncha, mientras empezaba a temblarle la papada—, ¿lo dices en serio, Ada? ¿De verdad me necesitas?

La señora Harris miró a su amiga, y supo que de verdad quería apoyarse un poco en esa mujer fornida, voluminosa, desvalida pero acogedora, y contestó:

—Sí, tesoro. Así es.

—Entonces iré contigo —dijo la señora Butterfield, que se puso a llorar a mares.

A la señora Harris también se le saltaron las lágrimas, y las dos mujeres se fundieron enseguida en un abrazo; estuvieron los minutos siguientes llorando juntas y pasándolo de maravilla.

Así pues, la suerte estaba echada y el viaje iba a realizarse.

A nadie que supiera cuánto estimaban sus clientes a la señora Harris y la señora Butterfield le habría sorprendido llegar a Belgravia y ver amplias zonas de este exclusivo barrio decoradas con *crêpe* negro colgado, después de que las dos viudas avisaran de que, al cabo de una semana, se marchaban a Estados Unidos y a partir de ese momento no iban a estar disponibles al menos durante tres meses, quizá más.

No obstante, tan resistente es el espíritu humano, así como el cuerpo, y tan extraordinarias eran también la noticia y la emoción derivada del viaje de la señora Harris y la señora Butterfield a lo que algunos de sus clientes aún se empeñaban en denominar «las colonias», que el golpe se recibió con cierto sosiego.

Si las dos mujeres se hubieran limitado a anunciar una ausencia de uno o dos días, o de una semana, se habría producido tal revolución en el barrio que habrían temblado todas las calles, avenidas, pasajes y plazas; pero tres meses eran una eternidad y constituían uno de los peligros de

la vida moderna. Con un suspiro, la mayoría de los clientes se resignaron a recurrir de nuevo a la oficina de empleo, a vivir otro período de prueba y error hasta que encontrasen a otra joya como la señora Harris o la señora Butterfield.

IV



Luego, la señora Harris siempre juraría que la idea de raptar al pequeño Henry y de arrebatárselo a los infames Gusset, de embarcarlo como polizón en el Ville de Paris y llevarlo en persona donde estaba su padre, a Estados Unidos, ni se le habría pasado por la cabeza si no se hubiera dado la asombrosa coincidencia que se produjo en casa de la condesa Wyszcinska, cuyo *pied-à-terre* londinense, ubicado en Belgrade Street, iluminaba con su presencia la señora Harris entre las cinco y las seis. Era la misma condesa con la que había tenido el *contretemps* a propósito del aspirador, y quien, contrariamente a los sombríos pronósticos de la señora Butterfield, había sido consciente de lo que le convenía y había comprado uno.

Pues bien: la asistente estaba en el piso de la condesa cuando la augusta dama recibió un paquete de su sobrino de dieciocho años, que vivía en Milwaukee (Wisconsin). Dentro de dicho paquete resultó haber el objeto más feo y espantoso que la condesa había visto en toda su vida: una jarra de cerveza con incrustaciones horribles, una tapa de imitación de plata y la inscripción «Recuerdo de Milwaukee» en un lado. Por desgracia, este horroroso *objet d'art* se había envuelto y relleno con periódicos viejos de forma tan concienzuda que había llegado sin la menor rotura.

La condesa, con un gesto de desagrado en su aristocrático semblante, dijo:

—¡Uf! Pero ¡qué espanto! —Entonces, al percatarse de que tenía delante a una interesada señora Harris, se corrigió enseguida y añadió—: ¿A que es preciosa? Pero es que no sé dónde ponerla. Este pisito ya está lleno de cosas. ¿Quiere llevársela usted a su casa?

—Ah, es buena idea. «Recuerdo de Milwaukee»... A lo mejor lo visito yo cuando vaya a Estados Unidos.

—Bueno, pues lléveselo de aquí... En fin, que me alegro de que le guste. Y, ya que está, tire también toda esa basura —añadió, señalando los papeles que habían impedido que la jarra se destrozara.

Entonces la condesa se marchó, preguntándose qué les habría dado a las señoras de la limpieza de hoy, que parecía que se pasaban el día viajando.

Una vez a solas, la señora Harris se entregó a uno de sus pasatiempos preferidos, que consistía en leer periódicos viejos. Uno de sus mayores placeres cuando iba a la pescadería era leer las páginas del *Mirror* de dos años antes que estaban en el mostrador y que servían de papel de envolver.

Ahora cogió una hoja de un periódico llamado *The Milwaukee Sentinel*, vio un titular que decía «Un sacerdote seduce a una colegiala en un pajar», se divirtió con la crónica relacionada con este tema, y después fue pasando las otras páginas del mismo órgano de servicio público hasta que llegó a una encabezada por la expresión «Ecos de sociedad», en la que se encontró con muchas fotografías de jóvenes novias, de jóvenes novios y de jóvenes parejas casadas.

Como las bodas siempre le interesaban, se fijó con mayor atención en estos anuncios, hasta que uno de ellos hizo que los ojillos casi se le salieran de las órbitas, y la llevó a decir entre chillidos:

—¡Madre del amor hermoso! ¡Es él! ¡Ha pasado! Ya intuía yo que algo iba a suceder.

Lo que estaba contemplando era una imagen de una apuesta pareja de novios, encima de la cual se leían las palabras: «Boda entre las familias Brown y Tracy»; por debajo, después de la fecha y el lugar, el 23 de enero en Sheboygan (Wisconsin), aparecía el siguiente texto:

La boda se ha celebrado hoy en la Primera Iglesia Metodista de Maple Street, entre la señorita Georgina Tracey, hija del señor Frank Tracey y señora, residentes en el 1327 de Highland Avenue, y el señor George Brown, único hijo del señor Henry Brown y su esposa, residentes en el 892 de Delaware Road, en Madison (Wisconsin). Para la novia ha sido su primer matrimonio; para el novio, el segundo.

La novia, una de las graduadas más populares del Eastlake High School, ha sido una de las líderes de las actividades sociales del grupo de jóvenes que acaban de ponerse de largo. El novio, de treinta y cuatro años e ingeniero electrónico, formó parte de las Fuerzas Aéreas estadounidenses y estuvo destinado en Inglaterra. La pareja vivirá en Kenosha (Wisconsin).

La señora Harris sujetó fuertemente el periódico con las manos finas y venosas y ejecutó un pequeño baile en solitario por el salón de la condesa mientras gritaba: «¡Es él! ¡Es él! ¡He encontrado al padre del pequeño Henry!». No le cabía la menor duda. El hombre era guapo; se parecía al niño porque también tenía dos ojos, nariz, boca y oídos; su edad era la pertinente; estaba bien situado en la vida, su mirada denotaba nobleza, tal como imaginaba ella, y ahora se había casado con una muchacha guapa, que sería la madre ideal para el pequeño Henry. El periódico aseguraba que se trataba de una joven popular, pero ella también advirtió que tenía un semblante abierto y bueno, y ojos bonitos. Lo que hacía que todo encajara y que la cosa fuese segura era el nombre del padre del señor Brown: Henry. Lógicamente, el niño se llamaba así en su honor.

Dejó de bailar, se fijó en la valiosa fotografía y dijo:

—George Brown, va usted a recuperar a su hijo.

En ese momento, por primera vez, se le ocurrió la idea de arrebatar el pequeño Henry a los Gusset y de llevárselo enseguida a su padre. Era cierto que no tenía la dirección del progenitor, pero no le costaría localizarlo cuando llegara con el pequeño a Kenosha (Wisconsin). Si eso no era una señal de las alturas sobre cuál era su obligación y su cometido, entonces era que las señales no existían, y eso que la señora Harris llevaba encontrándoselas e interpretándolas más o menos con acierto desde que tenía memoria.

El pequeño Henry Brown tenía ocho años en lo que respectaba al tiempo que llevaba ocupando su débil cuerpo, ochenta si se tenía en cuenta la experiencia del mundo desgraciado y cruel al que ese cuerpo había llegado. En su breve existencia había aprendido todos los trucos de los oprimidos: mentir, huir, robar, esconderse; en definitiva, a sobrevivir. Abandonado a su suerte en el desierto de hormigón que formaban las infinitas aceras de Londres, muy pronto adquirió la agudeza mental y la astucia necesarias para burlar a los malvados.

A pesar de todo, había conservado una gracia infantil y una bondad innata. Nunca atacaba a un amigo ni le hacía ninguna jugarreta a alguien que se hubiera portado bien con él. Alguien, por ejemplo, como las dos viudas, la señora Ada Harris y la señora Violet Butterfield, en cuya cocina estaba ahora temporalmente escondido, participando de un complot apasionante.

Estaba a la mesa y parecía un duende diminuto, atiborrándose de té y bollos casi hasta reventar (porque una de las cosas que la vida le había enseñado era que, siempre que viera algo de comida

que pareciera no tener dueño, lo suyo era comérsela enseguida, y toda la que le cupiera), mientras la señora Harris iba explicando los detalles de la trama.

Uno de los puntos fuertes de Henry era su discreción. Entre otras cosas, había aprendido a tener la boca cerrada. Más bien se expresaba con sus ojos enormes, oscuros y tristes, llenos de una sabiduría que ningún niño de esa edad debería tener, y a los que no se les escapaba nada de lo que pasaba a su alrededor.

Como estaba flaco y su crecimiento iba algo retrasado, daba la impresión de que tenía una cabeza demasiado grande y vieja, como la de un adulto, con una mata de pelo tirando a oscuro, debajo del cual se veía una cara pálida y normalmente sucia. Era un tremendo mérito por su parte que todavía quedara en él algo de niñez y dulzura, que las adversidades no lo hubieran convertido en un muchacho malo ni vengativo.

Las medidas que adoptaba para que su vida fuera lo más fácil posible, dadas las circunstancias, se las dictaba únicamente la necesidad. Apenas hablaba, pero cuando lo hacía iba directo al grano.

Y ahora, mientras la señora Harris seguía exponiendo más detalles de la trama más fascinante jamás urdida para liberar a un niño de una espantosa tiranía, y para garantizarle tres comidas completas al día, él guardaba silencio, con la boca atiborrada de bollos, pero con un gesto de asentimiento, y los ojos enormes llenos de inteligencia y comprensión. La señora Harris le iba enumerando todos los detalles de lo que tenía que hacer en determinado momento o lugar y en diversas circunstancias, y los ojos del niño también traslucían un considerable sentimiento de adoración por su protectora.

También era verdad que de vez en cuando le encantaba acurrucarse y apoyarse contra el pecho neumático de la señora Butterfield, aunque no era frecuente que buscara esos momentos de dulzura, ni tampoco se los habría permitido, pues eran la señora Harris y él quienes eran almas gemelas. Había algo que cada uno reconocía en el otro, el espíritu independiente, el corazón aventurero, el alma insaciable, la facultad de enfrentarse a lo que hubiera que enfrentarse y seguir adelante.

La señora Harris no era dada a hacerle muchos mimos, sino que lo trataba como a un igual, porque eran iguales en ese mundo infernal de esfuerzos intensos e incesantes para alimentarse y vestirse, ese mundo en el que toda la vida es lucha y las únicas manos que prestan ayuda son las de uno mismo.

Se parecían en muchos sentidos. Por ejemplo, nadie había oído jamás a Henry quejarse. Le pasara lo que le pasara, las cosas eran como eran. Tampoco le había oído nadie una queja a la señora Harris, jamás. Había enviudado a los treinta años, había criado, educado y casado a su hija, se había mantenido ella sola sin perder la dignidad, y todo de rodillas y con un cepillo, o encorvada sobre un paño y un trapo, o delante de unos fregaderos repletos de platos sucios. Habría sido la última persona en considerarse heroica, pero en su interior existía esa vena de heroísmo, que Henry también tenía. El niño contaba asimismo con esa inteligencia despierta con la que se llega al meollo de un asunto. Mientras que la señora Harris se veía obligada a dar largas y prolijas explicaciones de las cosas a la señora Butterfield, cosa que hacía con gran paciencia, el pequeño Henry solía entenderlas a la primera, y asentía con la cabeza antes de que la señora

Harris hubiera llegado a la mitad de sus explicaciones.

Ahora, después de repasar punto por punto cómo iba a funcionar el plan, la señora Butterfield, que por primera vez se estaba enterando de lo que parecía ser el invento de una loca, se tapó la cara con el delantal y empezó a mecerse y a gemir.

—Tranquila, tesoro, ¿qué te pasa? —preguntó la señora Harris—. ¿Te encuentras mal?

—¡Que si me encuentro mal! —exclamó la señora Butterfield—. ¿Cómo me voy a encontrar? No sé cómo se llama lo que piensas hacer, pero es un delito feísimo. No te puede salir bien. Es imposible que funcione.

El pequeño Henry se metió en la boca lo que quedaba de un bollo de azúcar, se lo tragó con un sorbo de té, se limpió los labios con el dorso de la mano, dirigió sus ojos enormes a la figura temblorosa de la señora Butterfield y dijo con toda sencillez:

—Vaya, y ¿por qué no?

La señora Harris echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír a carcajadas.

—Ay, Henry, ¡tú y yo somos como dos gotas de agua!

V



Como todas las grandes ideas y planes surgidos por pura necesidad de un golpe de genio, el plan de la señora Harris, que consistía en meter de polizón a Henry en el buque Ville de Paris en Southampton, tenía la virtud de la sencillez: era una idea especialmente indicada para el momento de las operaciones de embarque, con todo el caos que implican, como el señor Schreiber le había explicado con gran detenimiento.

Dado que los Schreiber iban a ir en primera clase y las dos mujeres en turista, no podrían viajar juntos; el señor había repasado con ella los detalles exactos de lo que tenían que hacer: coger el tren de enlace al puerto en la estación de Waterloo; llegar al muelle de Southampton, donde, tras pasar la aduana y el puesto de inmigración, debían subir a una lancha con la que cruzarían el estrecho de Solent; finalmente subirían por un costado al transatlántico y las llevarían a su camarote; a partir de entonces, la compañía francesa se ocuparía de todo.

La señora Harris añadió a estas instrucciones el nítido recuerdo de una vez que estuvo en Waterloo para coger un suburbano: en una de las entradas había visto lo que parecía ser un pequeño alboroto, en el que la gente curioseaba, se apiñaba, los niños chillaban, etcétera; cuando preguntó a qué se debía ese tumulto, la habían informado de que era solo que el tren de enlace al puerto salía justo en plena temporada alta.

Mientras la señora Harris le exponía el plan, la señora Butterfield, siempre tan dada a profetizar desdichas, tembló, gimió, se lamentó, se agitó y entrelazó tanto las manos que se superó a sí misma, y aseguró que, por el amor de Dios, el único desenlace posible era que pasaran lo que les quedaba de vida en una mazmorra, y que ella no pensaba participar. Había accedido a emprender ese disparatado viaje al otro lado de un océano que estaba esperando para tragárselas, a un país en el que la muerte acechaba en cada esquina, pero no para cerciorarse doblemente de que iba a producirse una catástrofe nada más comenzar el viaje por culpa de un rapto y un polizón.

La señora Harris, que una vez que había llegado a la conclusión de que una idea era practicable no se apeaba de ella, dijo:

—Vamos, vamos, Violet, no te agites tanto. Si somos un poco previsoras, podremos solventar esas cuestiones.

Entonces, con una paciencia y una perseverancia extraordinarias, consiguió rebatir casi todas las objeciones de su amiga.

El plan en sí se basaba en sus recuerdos de infancia de unas visitas a Clacton-on-Sea con sus padres, y de las excursiones que hacían en los barcos de vapor que iban a Margate, un lujo que se permitían de tanto en tanto. Pobres y ahorradores, sus progenitores podían permitirse pagar dos billetes, pero no tres. En el momento de cruzar la entrada y toparse con el revisor, la pequeña Ada había aprendido a apartarse de sus padres y, después de buscar a una familia numerosa con cinco o más niños, unirse a ella hasta pasar sin contratiempos al otro lado. La experiencia les había enseñado que, en el gentío de un domingo, el agobiado revisor no distinguía si delante de él habían cruzado cinco o seis chiquillos, y el padre de la familia, igualmente agobiado, tampoco se

daba cuenta de que repentinamente le había salido una hija suplementaria. Una vez a bordo, cuando el patriarca, quizá al percatarse de que a su prole le sucedía algo extraño, se dedicaba a pasar lista, la pequeña Ada ya se había separado del grupo y reunido con sus padres.

Además, tenían una carta en la manga por si acaso no aparecía una familia lo bastante nutrida. Los padres accedían con sus billetes, y al cabo de unos segundos la pequeña Ada exclamaba entre llantos: «¡Me he perdido! ¡Me he perdido! ¡No sé dónde está mi mamá!». Cuando la actuación llegaba al clímax y la pequeña conseguía volver con sus angustiados progenitores, a nadie se le ocurría pedirle el billete. La excursión se desarrollaba felizmente.

La señora Butterfield, que en su infancia había vivido experiencias semejantes, se vio obligada a reconocer que ninguna de estas dos tretas había fallado jamás. Los conocimientos superiores de la señora Harris, que era una persona de mundo, la obligaron aún más a abandonar su actitud agorera.

—Recuerda, querida —añadió Ada—, que es un barco francés, nada más y nada menos. Es bien sabido lo desorganizados que son. No saben hacer nada sin armar un escándalo, gritar y agitar los brazos. Ya verás.

La señora Butterfield hizo otro intento.

—Pero cuando ya esté en nuestro camarote, ¿no lo encontrarán? —preguntó mientras le temblaban la voz y la papada.

La señora Harris, ahora con cierta impaciencia, le espetó:

—Por Dios, cielo, qué dura eres de mollera. Tenemos cuarto de baño, ¿no?

Efectivamente, así era. La señora Schreiber estaba tan entusiasmada con la suerte que había tenido de llevarse a dos empleadas domésticas que le gustaban y en quienes confiaba que había convencido a su marido para que les reservara uno de los mejores camarotes disponibles en clase turista, uno de los pocos que contaba con baño, pensado para familias mayores en número. A la señora Harris le habían enseñado el acomodo en una especie de plano de la estructura del barco, y, aunque todavía no sabía exactamente qué papel iba a desempeñar ese aseo cuando estuvieran a bordo, lo tenía muy en cuenta y lo consideraba al menos un escondite en el que una persona podía meterse en caso de emergencia o crisis.

VI



Como era de esperar, la marcha de la señora Harris y de la señora Butterfield a Estados Unidos fue un acontecimiento que causó tal conmoción en la callecita de Battersea llamada Willis Gardens que llegó hasta los cimientos romanos, y todos sus amigos y vecinos, incluidos los infames Gusset, salieron a despedirse de ellas. Tan grande fue la emoción originada por la llegada de un taxi al número 5, y por el amontonamiento de maletas y baúles antiguos en la baca y en el asiento del copiloto, que nadie pensó en la ausencia del pequeño Henry ni reparó en ella.

Como todas las personas no acostumbradas a viajar, las dos señoras llevaban muchísimas cosas más que las que iban a necesitar, entre las que se encontraban fotografías, adornos y pequeños cachivaches domésticos que tenían cierto valor para ellas; por eso estaba atestado de equipaje el vehículo y, por lo que parecía, apenas quedaba espacio para que se apretujaran el recio cuerpo de la señora Butterfield y el menudo de la señora Harris.

Al enterarse de que viajaban a Estados Unidos, el taxista quedó hondamente impresionado, se mostró de lo más servicial y solícito y trató a las dos damas con la misma deferencia que a los miembros de la realeza; colocó y sujetó las cajas y las maletas, y representó su papel frente al gentío congregado para la despedida con un espléndido sentido dramático.

La señora Harris aceptó con elegancia las gentilezas que se le dispensaban, así como el interés y la emoción de amigos y vecinos; fue intercalando cariñosos adioses con concisas indicaciones al taxista, para que tuviera cuidado con cierto bulto del equipaje, pero la pobre señora Butterfield apenas pudo hacer otra cosa que no sufrir palpitaciones, transpirar y abanicarse, puesto que no podía quitarse de la cabeza la magnitud de lo que estaban a punto de perpetrar, ni dejar de preocuparse por el futuro inmediato, empezando por los próximos minutos, ni tampoco de pensar si la cosa saldría bien o no.

La actitud de los Gusset fue de un reacio interés combinado con insolencia, lo que revelaba cuánto les alegraba esa despedida. Entre otras cosas, para ellos la marcha de las dos señoras suponía un período ininterrumpido en el que maltratar a sus anchas al niño cuyo cuidado les habían encomendado.

Lo cierto era que los Gusset habían reprimido su crueldad en gran medida gracias a la señora Harris, porque les daba un poco de miedo y sabían que no dudarían en acusarlos a la policía si le daban motivos. Ahora, como ya no iban a tener a ambos lados esos dos pares de ojos y de oídos, podían dejarse llevar. Los hermanos se lo iban a pasar de lo lindo, y el padre, cuando algo se torciera en uno de sus turbios negocios del Soho y el pequeño Henry le resultara irritante, no iba a tener que andarse con miramientos. Las cosas pintaban muy mal para el niño, y la felicidad de ver partir a sus dos protectoras se les notaba perfectamente en las caras a los Gusset: madre, padre y vástagos.

Al fin se colocó y se sujetó la última maleta; el taxista ocupó su asiento tras el volante y encendió el motor; la sudorosa señora Butterfield y la animada señora Harris se sentaron en el espacio sobrante en el interior del vehículo, ambas sosteniendo un pequeño ramillete anudado con

una cinta plateada que los amigos les habían dado en el último momento; y emprendieron el camino entre vítores y gritos individuales de «¡Buena suerte!», «¡Tened cuidado!», «¡Mandarnos una postal!», «¡No os olvidéis de volver!», «¡Saludad a Broadway de mi parte!», «¡No dejéis de escribir!» y «¡Que Dios os bendiga!».

La velocidad del vehículo fue aumentando; la señora Butterfield y la señora Harris se dieron la vuelta, miraron por la ventanilla trasera y vieron cómo sus amigos seguían despidiéndolas con la mano, vitoreándolas y observándolas, mientras algunos de los hermanos Gusset les hacían un gesto de burla.

—Ay, Ada —dijo Violet—, pero qué miedo tengo. No tendríamos que estar haciendo esto. Y ¿si...?

La señora Harris, que también había estado sumamente nerviosa durante la salida y fingiendo hasta cierto punto, ahora tomó las riendas de la expedición y recobró la serenidad.

—¡Tranquila, Vi! —le ordenó—. No va a pasar nada. Hay que ver, cielo, me ha parecido que estabas a punto de delatarnos. Y, cuando lleguemos, haz el favor de no quedarte mirando la parte de atrás. —Entonces le dio un golpecito con un penique al cristal de detrás del conductor y, cuando este acercó una oreja enorme y roja a la abertura, añadió—: En la esquina, atravesese Gifford Place y vaya a Hansbury Street; en ese cruce hay una verdulería que se llama Warbles.

El taxista eligió un mal momento para ponerse chistoso.

—Creía que iban ustedes a Estados Unidos —dijo, y le sorprendió la aspereza con que le contestó la señora Harris:

—Vaya donde le he dicho, y deprisita —le dijo, porque le ponía muy nerviosa que se acercara ese momento en que los sueños, cuya materialización parece tan sencilla, se convierten en un acto que muchas veces no lo es.

El vehículo se detuvo delante del establecimiento, donde estaba el señor Warbles quitándole los tallos a una zanahoria para un cliente.

—Tenía que estar en la calle —dijo la señora Harris, y añadió una palabra malsonante.

Justo entonces, al verdulero lo llamaron en la tienda y entró.

—¡Ahora es el momento! —le dijo con vehemencia la señora Harris a Violet, que ya estaba mirando angustiada por la ventanilla posterior—. ¿Ves a alguien?

—No sé —respondió intranquila la señora Butterfield—. Me parece que no. Al menos, a nadie que conozcamos.

Ada se inclinó hacia la abertura del cristal y le susurró a la oreja enorme y roja:

—Toque tres veces el claxon.

Perplejo e intimidado, el hombre obedeció. De detrás de unas cajas apiladas de coles surgió la figurita de un niño moreno que no miraba ni a derecha ni a izquierda, sino fijamente a la puerta del taxi que ahora la señora Harris sostenía abierta. Con la agilidad y también la rapidez de un hurón, el chico logró pasar haciendo contorsiones por debajo del equipaje amontonado en el vehículo y desapareció.

Se oyó un portazo y la señora Harris le musitó a la oreja:

—Waterloo.

—Esto no hay quien lo entienda —dijo el taxista para sus adentros tras ver este curioso numerito, y puso el coche en marcha. Que dos respetables señoras de la limpieza, que salían de un respetable

barrio para irse a Estados Unidos, estuviesen perpetrando un pequeño y trivial rapto ni se le pasó por la cabeza.

VII



Es bien sabido que nada llama más la atención que un niño que quiere llamarla, pero lo contrario es igualmente cierto: nada hay que pueda ocultarse tan bien como un niño que aspira a desaparecer, especialmente si puede escabullirse en medio de una muchedumbre.

Era esta una técnica que conocían tanto la señora Harris como el pequeño Henry; por eso, cuando vieron que los Schreiber se acercaban rápidamente a ellos en el bullicioso andén de la estación de Waterloo, lo que llevó a la señora Butterfield a soltar un pequeño alarido de pavor, a la señora Harris no le costó en absoluto esconder al niño. Le dio un golpecito en el trasero, que era la señal previamente acordada, y entonces él se limitó a apartarse de ellas y a ponerse al lado de otras personas. Como los Schreiber nunca lo habían visto, ahora no se fijaron en él; solo les pareció que era el hijo de otros, que estaba al lado de una maleta y que miraba hacia arriba, cantando por lo visto himnos religiosos para sus adentros.

—Ah, ya han llegado ustedes —dijo la señora Schreiber entre jadeos—. ¿Algún contratiempo? Seguro que todo irá bien. ¿A que nunca han visto tanta gente? Les he dado los pasajes, ¿verdad? ¡Oh, madre mía! Qué lío tan gordo.

La señora Harris trató de sosegar a su patrona.

—Tranquila, querida, no se inquiete. Todo va como una seda. No nos pasará nada. Tengo aquí a Violet para que me cuide.

La señora Butterfield no captó la sorna de estas palabras; únicamente transpiraba con mayor abundancia y se abanicaba con menor contención. Le parecía que era imposible que los Schreiber no preguntasen: «¿Quién es ese niño que las acompaña?», aunque en ese momento el pequeño no se encontraba con ellas.

El señor Schreiber dijo:

—Están perfectamente, Henrietta. Se te olvida que la señora Harris hizo un viaje a París ella sola, y que se quedó allí una semana.

—Evidentemente —afirmó la señora Schreiber en tono agitado—, me temo que no podrán venir a visitarnos en el barco. —Se sonrojó de pronto por haber apuntado esa diferencia de clase, a la vez poco estadounidense y poco democrática, y añadió enseguida—: Ya saben cómo se ponen si alguien pasa de una parte del barco a otra. Pero, bueno, si necesitan algo, desde luego, nos pueden mandar un mensaje... Ay, madre...

El señor Schreiber sacó a la mujer de su azoramiento al decir:

—Eso, eso. Estarán bien. Vamos, Henrietta, tenemos que volver a nuestros asientos.

La señora Harris les dirigió un gesto de conformidad mientras se marchaban y, cuando los Schreiber se alejaron, de forma casi imperceptible el pequeño Henry se acercó y se reunió con ellas.

—Lo has hecho estupendamente, cariño —lo felicitó Ada—. Eres muy listo. Lo conseguirás.

Mientras hablaba, sus ojillos brillantes, pícaros e inteligentes se fijaban en quienes los rodeaban, viajeros y también amigos que acudían a despedirlos; no costaba distinguir unos de

otros porque los que partían parecían nerviosos e inquietos, y los acompañantes, felices y despreocupados.

Delante de la puerta abierta de un vagón, a varios compartimentos de distancia, había una familia numerosa de norteamericanos: un padre y una madre a los que rodeaba una inmensa montaña de equipaje de mano y un número indefinido de vástagos, es decir, indefinido entre cinco y seis, dado que estaban dándose empujones, saltando, corriendo y jugando al escondite, por lo que ni la señora Harris pudo contarlos bien. Después de observarlos un instante, cogió a Henry del brazo, le señaló el grupo, se agachó y le susurró al oído:

—Esos de ahí.

El niño no respondió, se limitó a hacer un grave gesto de comprensión, y, con su mirada triste y sabia estudió los aspavientos de la familia para después poder fundirse en ella más fácilmente.

Habría más intriga y más dramatismo si se pudiera declarar que los planes de la señora Harris se vieron frustrados, o siquiera complicados, por los habituales hados malignos, pero la verdad es que no fue así.

Sin complicaciones, con eficiencia, sin el menor obstáculo, se trasladaron de Waterloo a Southampton, de Southampton a la lancha, y de la lancha al casco enorme y negro, lleno de ojos de buey, coronado por la superestructura de color amarillo claro y la chimenea, de un rojo alegre, del buque Ville de Paris. Cada vez que alguien remotamente parecido a un revisor, un inspector, un agente de inmigración o de aduanas aparecía en el panorama, el pequeño Henry, de forma silenciosa y discreta, se convertía en miembro temporal de la familia de un tal Albert R. Wagstaff, profesor de Literatura Medieval en el Bonanza College de Wyoming. Con su intuición infalible, la señora Harris había conseguido incluso elegir a un profesor despistado para la operación.

Si el doctor Wagstaff a veces no supo del todo bien si su familia se componía de seis o siete miembros, le creó una estupefacción similar el número de bultos de equipaje con los que viajaba. Cada vez que contaba estos objetos el resultado de la suma acababa siendo distinto, hasta que su exasperada mujer gritó:

—¡Vamos, Albert, por amor de Dios, deja de contar! Si se ha perdido algo, ya no hay nada que hacer.

Con el habitual estado de pavor en que lo sumía cualquier intervención de la señora Wagstaff, el profesor dijo: «Sí, querida», e inmediatamente dejó de contar no solo el equipaje, sino también a los niños, y eso que de vez en cuando le daba la sensación de que tenía uno de más. Así, la tarea de Henry se convirtió en algo relativamente sencillo, y, como se ha dicho antes, no surgió ningún obstáculo.

Un momento de cierta tensión se produjo cuando los tres (las señoras Harris y Butterfield, más el pequeño Henry), resguardados y a salvo en el camarote de clase turista número A 134 (bastante amplio y decorado con gran encanto y con dos literas, un armario y una puerta que daba a un baño), oyeron unas fuertes pisadas que bajaban por la escalerilla y, a continuación, dieron un golpe imperioso en la puerta.

La tez rojiza de la señora Butterfield adquirió un tono rosado, que era el máximo grado de palidez que podía llegar a mostrar su piel. Con un pequeño alarido, se sentó y empezó a sudar y a abanicarse.

–¡Ay, Dios mío! –se lamentó–. ¡Se acabó lo que se daba!

–Cierra el pico –le ordenó la señora Harris con contundencia; a continuación le susurró al niño –: Entra en ese baño tan bonito, guapo, siéntate en el inodoro y quédate muy calladito mientras vemos quién ha venido a molestar a dos señoras indefensas que viajan a América. Si quieres, puedes hacer tus necesidades.

Después de que el chico desapareciera en el aseo al cabo de unos segundos, Ada abrió la puerta y se encontró con un camarero sudoroso y de aspecto alterado, con una chaqueta blanca con el cuello desabrochado, que le dijo:

–Disculpe la molestia, pero he venido por sus pasajes.

Sin quitarle ojo a la señora Butterfield, que había pasado ahora del color rosa al magenta, y a quien por lo visto estaba a punto de darle un ataque de apoplejía, la señora Harris contestó:

–Claro, cómo no. –Metió la mano en el bolsito y los sacó–. Qué calor hace, ¿verdad? –añadió en tono simpático–. Mi amiga está sudando de lo lindo.

–*Ah oui* –convino el camarero–, les voy a refrescar esto un poco.

Y encendió el ventilador eléctrico.

–Cuánta gente –comentó Ada.

Esta observación fue como pulsar un botón que liberaba la neurosis del camarero, que de repente se puso a gritar y a agitar los brazos.

–*Oui, oui, oui*, gente, gente y más gente. ¡Gente en todas partes! Lo vuelven a uno loco.

–Lo peor son los niños, ¿verdad? –preguntó la señora Harris.

Dio la impresión de que aquel botón pulsaba una potencia aún mayor.

–*Oh là là!* –exclamó el camarero, agitando un poco más los brazos–. ¿Los ha visto usted? Niños, niños, niños por aquí y niños por allá. Los niños me sacan de quicio.

–No me extraña –dijo Ada–. Nunca había visto a tantos juntos. Nunca se sabe dónde hay uno y dónde no. Me extraña que pueda usted tenerlos a todos localizados.

–*C'est vrai* –dijo el hombre–, a veces no se puede. –Habiéndose desahogado, recobró la compostura y añadió–: Gracias, señoras. Si desean cualquier cosa, pregunten por Antoine. La camarera que las atiende se llama Arline. Ella las cuidará.

Entonces se marchó.

La señora Harris abrió la puerta del baño, echó un vistazo y preguntó:

–¿Ya has acabado? Qué niño tan bueno. Puedes salir.

–¿Me meto aquí cada vez que llamen a la puerta? –preguntó el pequeño.

–No, cielo –respondió la señora Harris–, ya no. A partir de ahora ya no hay nada que temer.

Lo cual era cierto, porque la señora Harris había plantado su semilla psicológica en el momento indicado y en el terreno propicio. A última hora de la tarde, un Antoine aún más alterado apareció para abrirles las camas. Henry estaba con las dos damas. El hombre miró al chiquillo y preguntó:

–Pero bueno, ¿este quien es?

Ada, sin mostrarse ahora amable, simpática y parlanchina como antes, replicó:

–Ni pero bueno ni pero malo. ¿Cómo que este quién es? Pues Henry, el hijo de mi hermana. Lo llevo a Estados Unidos con ella, que trabaja de camarera en Texas.

El camarero seguía estupefacto.

–Pero antes no estaba, ¿no?

–¿Cómo que no estaba? –replicó ofendida la señora Harris–. ¡Esto es increíble! Este niño es mi ojito derecho y no me he despegado de él desde que salimos de Battersea.

El camarero titubeó y dijo:

–*Oui, madame*, pero...

–Nada de peros –contestó ella, arremetiendo duramente–, no es culpa nuestra que ustedes los francesitos se alboroten por nada y pierdan la cabeza, y se pongan a hablar a gritos de la gente y los niños. Usted mismo ha dicho que no recordaba a todos los chavales. Muy bien, pues no se olvide ahora de Henry, o tendremos que tener una charla con alguno de los oficiales.

El camarero se rindió. La partida había sido especialmente latosa. En el pasillo de al lado había una pareja de estadounidenses que todavía no parecía ponerse de acuerdo en el número de bultos y el número de niños que la acompañaba. Además, ya le había entregado los pasajes al sobrecargo. Le daba la impresión de que las señoras eran sinceras: era evidente que el niño iba con ellas y que debía de haber pasado el control de inmigración. Muchos años en el mar, lidiando con los pasajeros, le habían enseñado a no complicarse demasiado la existencia con indagaciones.

–*Oui, oui, oui, madame* –contestó con voz conciliadora–, claro que me acuerdo. ¿Cómo se llama el niño? ¿*Henri*? Intenta no desordenarle mucho el camarote a Antoine, y tendremos todos un viaje estupendo.

Abrió las camas y se marchó. A partir de entonces, el pequeño Henry fue un pasajero de pleno derecho del Ville de Paris, con todos los privilegios y las ventajas que esto comportaba. Nadie cuestionó su presencia en ningún momento.

En el número 7 de Willis Gardens, en Battersea, la única consecuencia del tremendo *coup* de la señora Harris –en virtud del cual el niño había dejado de estar para siempre bajo custodia de los Gusset y ahora se encontraba surcando los mares– se produjo cuando el señor Gusset volvió de otra de sus turbias transacciones en el Soho. Su mujer, que estaba descansando los pies con una sesión de mecedora mientras los hijos mayores se ocupaban de la cena en la cocina, bajó el *Evening News* mientras su media naranja aparecía y anunció:

–Henry no está desde esta mañana. Creo que a lo mejor se ha fugado.

–Ah, no me digas –respondió el hombre–. Pues muy bien. –Entonces le arrancó el periódico de la mano y le ordenó–: A levantarse tocan, vieja.

Se puso cómodo en la mecedora vacía y empezó a estudiar los resultados de las primeras carreras en el diario.

VIII



–Ay, madre mía –dijo de repente la señora Schreiber–, a lo mejor me he equivocado.

Delante del espejo de su camarote, estaba dándose los últimos retoques en la cara. Al lado tenía una tarjeta de invitación grabada en la que Pierre René Dubois, capitán del Ville de Paris, declaraba que esperaba tener el honor de contar con la presencia del señor Joel Schreiber y señora a las siete de la tarde en su camarote, donde se serviría un cóctel. El reloj del barco ya marcaba las siete y treinta y cinco.

–¿Qué dices? –preguntó su marido, que, formalmente ataviado con esmoquin, llevaba diez minutos esperando–. Claro que sí. Estás muy bien. Cariñito, te prometo que nunca has estado tan guapa. Pero creo que tendríamos que salir ya. El camarero ha dicho que iba a asistir el embajador francés.

–No, no –dijo Henrietta–, no estoy hablando de mí, sino de la señora Harris.

–¿Qué pasa con la señora Harris? ¿Ha ocurrido algo?

–No. Solo estaba pensando que a lo mejor me he equivocado al sacarlas a la señora Butterfield y a ella de su ambiente. Es que son tan de Londres... La gente de allí sabe cómo son las señoras de la limpieza y cómo se comportan, pero...

–¿Quieres decir que se burlarán de nosotros por habernos traído a un par de mujeres del East End²?

–No, qué va –contestó ella–. Nadie se burlaría de la señora Harris. –Volvió a corregirse las cejas–. Lo que pasa es que no quiero que se asuste. ¿Con quién va a hablar? ¿De quién se va a hacer amiga? Ya sabes lo esnob que es la gente.

La espera había impacientado un poco al señor Schreiber, que dijo:

–Eso lo tenías que haber pensado antes. Podrá hablar con la señora Butterfield, ¿no?

Las comisuras de la boca de Henrietta se curvaron hacia abajo.

–Joel, no te enfades conmigo. Estoy muy orgullosa de que ahora seas el presidente de la North American y te ayudaré en todo para que las cosas te vayan bien en Nueva York, y ella es una ayuda maravillosa. Aunque a lo mejor está ahí en la parte de abajo, llorando a mares y muerta de miedo entre un montón de desconocidos.

El marido se acercó a ella y le acarició con cariño los hombros.

–Bueno, ya se ha hecho muy tarde –le dijo–. Pero a lo mejor mañana me doy una vuelta por la clase turista, a ver cómo se las apaña. Cielo, ¿por qué no nos vamos ya? No podrías estar más guapa ni aunque siguieras arreglándote otra hora. Serás la mujer más despampanante del barco.

Henrietta apoyó la mejilla en la mano de su marido unos instantes y dijo:

–Ay, qué bueno eres conmigo. Siento ponerme tan pesada.

Salieron del camarote, donde su camarero los esperaba para guiarlos. Los llevó hasta la escalera privada que daba a los aposentos del capitán; subieron, y entonces los recibió otro camarero que les pidió el nombre y los acompañó a la puerta de un camarote enorme donde se oía el característico galimatías de un cóctel en todo su apogeo. En medio de todo ese ruido (las copas

que chocaban y las conversaciones cruzadas), a la señora Schreiber le llamó poderosamente la atención un frase insólita:

—Pues sí, tesoro, mire usted por dónde el marqués y yo somos viejos amigos de París.

Aquello era insólito porque no podía ser cierto, y se dijo para sus adentros: «Ha sido porque estaba pensando precisamente en la señora Harris antes de venir».

El camarero franqueó la puerta y anunció: «El señor Joel Schreiber y señora»; disminuyó el tono de las conversaciones y todos los hombres se pusieron en pie con gran bullicio.

Cuando se llega tarde y de este modo a un cóctel, se confunden las imágenes y los sonidos: se ve a todo el mundo y no se ve a nadie. En un instante de horror, la señora Schreiber cobró conciencia de otro acontecimiento insólito, todavía más impensable que el auditivo que acababa de experimentar: la presencia de la señora Harris, muy a gusto entre el capitán y un francés de aspecto distinguido, y de cabello y bigote canos; la señora Harris con un vestido muy elegante.

El capitán, un hombre apuesto que llevaba un uniforme de gala con un galón dorado, dijo:

—Ah, los señores Schreiber. Cuánto me alegra que hayan venido.

Entonces, con actitud experta, les fue presentando a los invitados, nombres que ella solo oyó a medias hasta que llegó a los dos últimos, que escuchó perfectamente:

—Su excelencia el marqués Hypolite de Chassagne, el nuevo embajador de Francia en su país, y madame Harris.

No cabía duda: ¡era cierto! Allí estaba la señora Harris, con sus mejillas sonrosadas, sus ojillos y su gran sonrisa, pero nada llamativa, vestida de forma tan adecuada y discreta, si no más, que la mayoría de las damas de la sala. Por algún motivo, no era su presencia, sino más que nada que hubiera aparecido lo que confundía a Henrietta. Lo único que le vino a la cabeza fue: «¿Dónde he visto yo ese vestido antes?».

Ada le dirigió un cortés saludo con la cabeza y le dijo al marqués:

—De ella es de quien le he estado hablando. ¿A que es monísima? Si no hubiera sido por ella, no habría conseguido los dólares necesarios para ir a París a comprarme el vestido, y ahora me lleva a América.

El marqués se acercó a Henrietta Schreiber, le cogió la mano y se la acercó a los labios unos instantes.

—Madame —le dijo—, encantado de conocer a una persona de buen corazón, capaz de reconocer el mismo talante y la bondad en los demás. Debe ser usted una persona muy afable.

Este pequeño discurso, que dejó establecida la posición social de Henrietta durante el resto del viaje, la dejó asimismo boquiabierto; le costó recuperarse de la conmoción.

—Pero... pero ¿conoce usted a nuestra señora Harris?

—Claro que sí. Nos conocimos en Dior, en París, y somos viejos amigos.

El marqués, al enterarse por su chófer de que la señora Harris estaba a bordo y en clase turista, le había dicho al capitán, que era amigo suyo:

—Pierre, ¿sabes que llevas en tu barco a una mujer de lo más extraordinaria?

—¿Te refieres a la condesa Touraine? —había preguntado el capitán, cuya obligación lógica era estudiar la lista de pasajeros—. Sí, tiene un talento enorme, aunque, en mi humilde opinión, un poco...

—No, no. Hablo de una señora de la limpieza... De una asistenta, vamos, que se pasa el día de rodillas fregando los suelos de sus clientes en Belgravia, o con las manos metidas en agua mugrienta limpiando los platos que ellos han ensuciado; sin embargo, si le echaras un vistazo a su armario, verías colgada en él la más exquisita creación de la casa Christian Dior, un vestido que cuesta cuatrocientas cincuenta libras y que se compró ella sola.

El capitán se quedó verdaderamente intrigado.

—¿Cómo dices? Pero qué cosa tan asombrosa. Y ¿esta persona va a bordo? Pero ¿qué hace? ¿Adónde irá?

—A saber —contestó el marqués— qué estará buscando ahora en Estados Unidos, qué se le habrá metido entre ceja y ceja. Solo puedo asegurarte que, cuando una mujer así decide algo, no hay nada que la detenga.

Entonces le contó al capitán la historia de cómo había ido a París a comprarse un vestido de Dior, y que después ninguna persona con la que se había relacionado había vuelto a ser del todo la misma.

El capitán, a quien le picó la curiosidad, preguntó aún más intrigado:

—Y ¿esta mujer está a bordo y dices que es amiga tuya? Pues entonces la invitaremos a tomar una copa. Para mí será un honor conocerla.

Por eso la señora Harris había recibido exactamente la misma tarjeta de invitación grabada que los Schreiber, con la diferencia de que en la suya decía: «Un camarero irá a buscarla a su camarote y la conducirá a los aposentos del capitán».

Antes de que a Henrietta la alejaran de su marido, este tuvo tiempo para susurrarle:

—Bueno, parece que puedes dejar de preocuparte por la señora Harris, ¿no?

Esta dama, toda sosiego y seguridad, charlaba ahora alegre y despreocupadamente con el capitán. Por lo que se veía, en aquella visita a París la habían llevado a un pequeño restaurante a orillas del Sena que también era uno de los favoritos de capitán cuando estaba en tierra, y estaban intercambiando opiniones.

El hombre que estaba sentado al lado de Henrietta le preguntó: «¿Le está gustando el viaje, señora Schreiber?», y se quedó un tanto desconcertado al recibir la siguiente respuesta: «Ay, madre del amor hermoso, ¡si es el que le di yo!». Porque este hombre no podía saber, naturalmente, que el vestido que lucía la señora Harris era uno que la señora Schreiber le había regalado varios años después de que hubiera dejado de servirle a ella, ni que acababa de reconocerlo.

IX



Todo fue como una seda en la travesía, que sumió a la señora Harris en un estado de autocomplacencia y en una falsa sensación de seguridad. Por optimista que fuera, la vida le había enseñado que muchas veces, cuando las cosas parecen ir demasiado bien, los infortunios acechan a la vuelta de la esquina. Pero las rutinas en el gran barco eran tan maravillosas, la comida, la compañía y el entretenimiento tan suntuosos, que incluso la señora Butterfield empezó a relajarse en ese ambiente y a reconocer que la muerte y la destrucción quizá no eran tan inminentes como había imaginado.

Tres días de todas las cosas buenas de comer con las que era capaz de atiborrarse, más el sol y los mimos que le prodigaban las dos mujeres, ya habían empezado a obrar cierto cambio en el pequeño Henry, a hacerle ganar algo de peso y a quitarle un poco la palidez y la pinta de esqueleto.

El buque Ville de Paris surcaba los mares sin el menor sobresalto por unas aguas lisas y tranquilas, y, tal como se dijo la señora Harris, todo iba «de rechupete»; sin embargo, apenas quedaban cuarenta y ocho horas para el desastre. Cuando se dio cuenta, este se presentó como algo tan espantoso que ni siquiera se lo confesó a la señora Butterfield, porque temía que, llevada por un acceso de pánico, su amiga se viera tentada de tirarse por la borda.

Todo sucedió en una conversación que tuvo con el grupo de amigos del que se había rodeado y en el que, por fortuna, la señora Butterfield no estaba presente en ese momento.

Como es costumbre en tales viajes, la señora Harris no tardó en pasar a ser habitante de una estrecha isleta británica que se formó en medio del océano Atlántico a bordo del hotel flotante, y que ocupaban un chófer elegante y entrado en años, dos mecánicos de una empresa británica a los que enviaban a Estados Unidos para que aprendieran cómo se monta un misil, y una pareja de Wolverhampton que iba a visitar a su hija, que se había casado con un soldado, y a su nieto. Las señoras Harris y Butterfield completaban el grupo. Se sentaban todos a la misma mesa y no tardaron en colocar juntas las tumbonas. En resumidas cuentas, hablaban todos el mismo idioma, se gustaban y se comprendían.

Si la señora Harris era el alma de este círculo (cosa que, efectivamente, era), el chófer, el señor John Bayswater, «de Bayswater –como él mismo decía–, el distrito más elegante de todo Londres», era el incontestable líder de la congregación, y todos lo respetaban.

Para empezar, no solo era un chófer de dilatada experiencia (treinta y cinco años), un hombre bajito, de unos sesenta años, canoso, ropa bien cortada y de un gusto impecable, sino que además conducía un Rolls. En la vida jamás había conocido ni conducido un coche de ninguna otra marca, ni siquiera había mirado debajo del capó de ningún otro; para él, directamente, no existían. Solo había un fabricante de coches: Rolls. Era soltero, y en vez de mujeres o amantes había tenido una serie de automóviles que ocupaban todo su tiempo y su atención.

Por si todo esto no le diera suficiente *cachet*, además ahora se desplazaba a Estados Unidos para ser chófer del marqués Hypolite de Chassagne, recién nombrado embajador de Francia en

Estados Unidos.

El señor John Bayswater era un hombre feliz y satisfecho, porque en la bodega del Ville de Paris iban dos de los Rolls-Royces más nuevos, más modernos, más relucientes y mejores, en dos tonos de azul cielo y humo, con la carrocería de Hooper, que los que había conducido jamás. Para celebrar la culminación de su carrera diplomática, el marqués, que se había educado en Inglaterra y nunca había dejado de sentir debilidad por los coches británicos, se había regalado los mejores Rolls que podía adquirir con su propia fortuna.

Para la cuestión del chófer, el personal de Rolls le había procurado los servicios de John Bayswater, que anteriormente había acompañado al embajador de Gran Bretaña en Estados Unidos con el mismo cargo, y que era uno de los conductores más respetados y fiables que la empresa había formado.

La valoración del señor Bayswater de si un empleo era bueno o malo no dependía del patrón para el que trabajaba, sino de las características, el tipo y la calidad del vehículo que confiaran a su cuidado. Si el nombramiento del marqués suponía la cumbre de su carrera, lo mismo le pasaba al señor Bayswater en su nuevo trabajo, porque la Rolls-Royce Company le había encargado que acudiese a la fábrica y eligiese él mismo el chasis y el motor. Que el marqués también hubiese resultado ser un tipo estupendo y un jefe comprensivo hacía del empleo una bicoca aún mayor.

No obstante, había otro motivo por el que el conductor podía asumir y mantener el liderazgo del grupito: de todos ellos, era el único que ya había estado en Estados Unidos. De hecho, había viajado ahí dos veces: en una ocasión, con un modelo Silver Wraith de 1947, un trasto precioso al que le había cogido un cariño tremendo, y después con un Silver Cloud de 1953, que no le había enamorado tanto aunque él sabía que el vehículo le necesitaba, más todavía en un país desconocido.

Fue precisamente que el señor Bayswater conociera el protocolo necesario para entrar en los libres y democráticos Estados Unidos de América lo que inquietó a la señora Harris, y lo que le indicó la magnitud de la trampa en la que había metido al niño, a Violet y a sí misma.

La conversación se desarrolló, como ya se ha explicado, cuando la señora Butterfield no estaba en las tumbonas, mientras la pareja de Wolverhampton, los señores Tidder, explicaban cuánto les habían hecho sufrir los oficiales estadounidenses antes de concederles el visado para entrar en Norteamérica. La señora Harris escuchaba comprensiva, porque ella había vivido el mismo proceso: inyecciones, huellas dactilares, nombres de personas de referencia, situación económica, infinitos impresos que había que rellenar, y, por lo visto, un número de interrogatorios igualmente infinito.

—Fue una barbaridad —declaró la señora Tidder, cuyo marido era funcionario jubilado—, cualquiera diría que íbamos a robarles un trozo del país. —Añadió con un suspiro—: Bueno, imagino que no hay que quejarse. Nos dieron los visados y todo eso ya es agua pasada.

El señor Bayswater dejó el ejemplar de la revista mensual de Rolls-Royce que había estado estudiando, mientras atendía a medias a la conversación, y dijo con un resoplido:

—Vaya, ¿eso cree? Ya verá cuando se encuentre con los inspectores de inmigración estadounidenses; se las harán pasar canutas. Nunca olvidaré la primera vez que llegué. Fue después de la guerra. Acabé sudando por su culpa. ¿Ha oído hablar de Ellis Island? Es una

especie de cárcel en la que pueden meter a una persona si no les gusta su cara. Sí, ya verá cuando se ponga a hablar con esos tipos. Si su pasaporte tiene el menor borrón, o hay una coma fuera de lugar, le espera una buena.

La señora Tidder soltó un gritito de congoja.

—Ay, madre, ¿de veras?

En lo más profundo del estómago de la señora Harris se empezó a formar un pequeño nudo frío al que trató de no prestar atención; le dijo a la señora Tidder:

—Nanay, yo no me lo creo. Eso son chismes de la gente. ¿No es un país libre?

—No cuando se intenta entrar en él —afirmó el chófer—. La verdad es que es igualito que la Inquisición española. «¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Cuánto dinero tiene? ¿Quién lo acompaña? ¿Adónde va? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo? ¿Ha cometido alguna vez un delito? ¿Es usted comunista? En caso contrario, ¿qué es usted? ¿Por qué? ¿No tiene usted casa en Inglaterra, para qué viene?» Empiezan a examinarte los documentos. Que Dios te ayude si hay algo raro en ellos. Te puedes tirar una eternidad entre rejas en esa dichosa isla esperando a que alguien acuda a rescatarte.

El nudo del estómago de la señora Harris se hizo un poco más grande, frío y difícil de desatender. Preguntó, en un tono que pretendía no parecer preocupado:

—Y ¿también se ponen así con los niños? Los estadounidenses a los que he conocido en Londres siempre han sido buenos con ellos.

—¡Buf! —exclamó el señor Bayswater con otro resoplido—. Estos tipos no. —Entonces, en una de sus infrecuentes confusiones en materia cultural, afirmó—: A los niños se los comen. Para ellos, un bebé en brazos es como una bomba. Si no ven el nombre, el certificado de nacimiento y los papeles en regla, no lo dejan entrar. Cuando llega el momento, te meten a lo bruto en la sala principal, y ahí te quedas. Haces cola hasta que te ponen en una mesa, enfrente de un tipo de uniforme, con pinta de carcelero y una mirada que te atraviesa, y más te vale acertar al responder. Vi que retenían tres horas a una familia porque un administrativo del otro lado del charco había cometido un fallo en uno de los documentos del chaval. Se pirran por pillarte en una de esas. Y después están los de aduanas, que son casi igual de horribles. ¡Uf! Ni se imaginan.

El nudo ahora había alcanzado el tamaño de un melón y estaba frío como un témpano de hielo.

—Discúlpenme —dijo la señora Harris—, creo que no me encuentro del todo bien y que me voy a echar un rato en mi camarote.

Así que esa era la situación. La señora Harris estuvo doce desgraciadas horas guardándose para sí la espantosa noticia, un período durante el cual también se las ingenió para aumentar la envergadura del asunto y exagerar sus peligros. Además, la docta mención a la Inquisición española por parte del señor Bayswater, que en ella había evocado imágenes de mazmorras, potros y torturas con tenazas candentes, no contribuyó precisamente a mitigar su desasosiego.

Como señora de la limpieza londinense, estaba preparada para enfrentarse a cualquier cosa de Gran Bretaña o incluso de Francia, pero el señor Bayswater le había desvelado el carácter implacable del Servicio de Inmigración de Estados Unidos y de la burocracia necesaria para acceder al país, y, aunque el hombre podía haber exagerado un poco, eso la sumió por completo en la desesperación. No se iba a encontrar con el mismo alboroto que en el andén de la estación

de Waterloo y en el embarcadero de Southampton; ni tampoco con los funcionarios de inmigración británicos, siempre comprensivos con un padre de familia agobiado; ni Henry iba a poder pegarse a la prole del simpático y distraído profesor Wagstaff; tampoco iban a funcionar los trucos u ocultamientos. La verdad era que al niño, sin documentos de ninguna clase, lo iban a pillar.

Lo que ahora la espantaba no era tanto la idea de pudrirse entre rejas con la señora Butterfield en ese sitio con el nombre horrible de Ellis Island –cambiado a Staten Island, cierto es, desde que Bayswater había estado en él–, un sitio que daba la impresión de parecerse a un campo de concentración ruso o alemán, sino la perspectiva mucho más angustiosa de que al pequeño Henry lo retuvieran y lo devolvieran a Londres, a merced de los Gusset sin su protección ni consuelo. Estuvo a punto de acabar agotada intentando dar con un método para que el chico pudiera burlar la tupida red de inmigración que el señor Bayswater había descrito, pero no se le ocurrió ninguno. Como había explicado el chófer, ni un ratón podía colarse en los Estados Unidos de América sin las credenciales requeridas.

Esto no le importaba por lo que pudiera afectarle a ella, pero no solo el pequeño Henry se vería en un buen aprieto: también había metido a su buena amiga, la pobre y miedosa señora Butterfield, en una situación en la que podía muy bien acabar gravemente enferma de puro terror. Y también estaban los Schreiber. ¿Qué haría la señora cuando se la llevaran presa justo en el momento en que más la necesitaba?

No cabía ninguna duda de que a Ada Harris le esperaba una buena, ni de que necesitaba mucha ayuda. Pero ¿a quién recurrir? Desde luego a la señora Butterfield no; tampoco quería alarmar a los Schreiber mientras no fuera imprescindible. Entonces se acordó de repente del único hombre de mundo que conocía, el señor Bayswater, el cual, si bien sin duda era un solterón inflexible y empedernido, había mostrado cierta preferencia por ella, y ya la había invitado a varios oportos con limón en el bar, antes de la cena.

Así pues, esa noche, cuando ya habían acabado de comer y estaban subiendo al salón de fumar para tomar el café y sacar el tabaco, le susurró:

–Señor Bayswater, ¿podría hablar un momentito con usted? Como es un hombre tan viajado, necesito que me aconseje.

–Cómo no –contestó el hombre con gran cortesía–, estaré encantado de poner mi experiencia a su disposición. ¿Qué quiere saber?

–Creo que sería mejor que subiéramos a cubierta, donde no hay ruido ni gente.

Al oír estas palabras, el chófer puso cierta cara de sobresalto, pero se alejó del grupo y siguió a la señora Harris a la parte superior, a la cubierta del Ville de Paris, donde, en la oscuridad estrellada, mientras el gran barco iba dejando una estela fosforescente a su paso, se acercaron a la barandilla y contemplaron el mar.

Después de unos instantes de silencio ella dijo:

–Caray, ahora que lo he traído aquí no sé cómo empezar.

Inquieto de veras, el chófer miró a la pequeña señora de la limpieza intentando serenarse. Llevaba más de cuarenta años defendiendo su soltería frente a numerosos ataques, y no pensaba entregarla ahora. Pero lo único que vio en el semblante de la mujer menuda y de cabello gris que estaba a su lado fue preocupación y tristeza.

–Estoy metida en un lío, señor Bayswater.

Embargado por una repentina oleada de alivio, adoptó una actitud protectora cálida y masculina. Notó que incluso le gustaba estar en ese sitio y que ella recurriera a él de ese modo. Era una sensación estupendísima.

–Si quiere, me lo puede contar –le propuso.

–Conoce al niño, a Henry, ¿verdad?

Él indicó que sí y contestó:

–Ajá, es un buen chaval. Sabe estar callado.

–Bueno –soltó ella–, pues no es mío. ¡No es de nadie!

Entonces, de forma torrencial, le contó toda la historia: lo de la familia Gusset, los bondadosos Schreiber, el rapto del niño y cómo lo habían metido de polizón, el plan para llevárselo a su padre, al que llevaba tanto sin ver.

Cuando terminó se produjo un silencio. Entonces el chófer, cometiendo un desliz en su forma de expresarse, exclamó:

–¡Mecachis! Pues sí que es gorda la cosa, ¿eh?

–Usted ya ha estado en Norteamérica –añadió ella en tono suplicante–, ¿no habría alguna forma de esconderlo o de hacerle entrar?

–Con los tipos esos, no. Si lo intenta, solo empeorará la situación. Es diez veces peor que la pillen tratando de burlarlos. Oiga, ¿y el padre? ¿No podríamos mandarle un telegrama para pedirle que vaya al puerto, para que al menos defienda al niño y diga que es suyo?

A pesar de la preocupación, a la señora Harris no se le escapó que el señor Bayswater había hablado en plural, no en singular, indicio de que se había incluido en la penosa situación. Eso le devolvió una súbita sensación de valor y entusiasmo, que sin embargo desapareció casi enseguida cuando contestó con pesar:

–Pero es que todavía no conozco su dirección. Creo que sé dónde va a vivir, pero antes tengo que encontrarlo. Es un embrollo espantoso.

Ahora igualmente paralizado, el chófer hizo un gesto de comprensión y añadió:

–Y que lo diga.

Una lágrima que iluminaron las estrellas corrió por la mejilla de la señora Harris.

–Es todo culpa mía –aseguró–. Soy una vieja boba e insensata. Tendría que haberlo previsto.

–No diga eso, solo intentaba hacer lo mejor para el chico. –El chófer se quedó callado un rato, pensando, y luego preguntó–: Oiga, señora Harris, sé que ha comentado usted que conoce a mi patrón, el marqués; ¿es verdad lo que me han contado, que la invitó a tomar una copa en el camarote del capitán?

Ella dirigió al chófer de aire elegante una mirada de extrañeza; se preguntó si iría a ponerse esnob con ella.

–Desde luego –contestó–, y ¿por qué no? Es un viejo amigo mío de París.

–Pues entonces –prosiguió el señor Bayswater, mientras una idea crecía en su cabeza hasta casi estallar y él iba hablando cada vez peor–, me cago en la mar, si lo conoce tan bien, ¿por qué no recurre a él?

–A quién, ¿al marqués? Pero ¿eso de qué iba a servir? Tenemos mucha amistad, no quiero que lo

manden a Illis Island o como se diga.

—¿Es que no se da cuenta? —insistió el señor Bayswater, muy emocionado—. Precisamente él podría conseguirlo; es diplomático.

Cosa rara en ella, por un instante la señora Harris no entendió nada, y preguntó:

—¿Qué tiene eso que ver?

—Pues que viaja con un pasaporte especial, que nadie revisa nunca, y no le hacen preguntas; lo tratan como a un personaje importante, como a un rey. Se lo aseguro, la última vez, cuando vine con el Silver Cloud de 1953, el que tenía una junta en el tercer cilindro que no andaba muy fina, acompañaba a sir Gerald Granby, el embajador británico. Cruzamos el muelle en un periquete. No tuvo que pasar el control de inmigración ni las aduanas. No hacían más que decirle: «¿Cómo está usted, sir Gerald?», «Bienvenido a Estados Unidos, sir Gerald. Por aquí, señor», y «Deje que le coja esos bultos, sir Gerald. ¿Podemos ayudarlo en algo, señor? Venga por aquí, que le está esperando el coche». Así va todo, como una seda, cuando tienes pasaporte diplomático y un título. A los americanos les impresiona mucho un título. Ahora piense usted en mi jefe. No solo es diplomático, sino también un auténtico marqués de Francia. En un niño ni se fijarán, leñe, y si lo hacen no preguntarán nada. Pídaselo a él. Estoy seguro de que colaborará. Es un caballero de los pies a la cabeza. Después, cuando haya conseguido que el niño cruce y llegue al puerto, usted lo recoge como si tal cosa y aquí no ha pasado nada. Bueno, ¿qué le parece?

La señora Harris lo miraba ahora de hito en hito, con un brillo travieso en los ojillos que ya no era culpa de las lágrimas.

—¡Señor Bayswater —exclamó—, soy capaz de darle un beso!

Por un momento, los miedos de soltero empedernido asaltaron otra vez al decoroso chófer, pero se disiparon cuando reparó en el semblante aliviado y feliz de la señora Harris; le dio unos suaves golpecitos en la mano que ella apoyaba en la barandilla y dijo:

—Guárdese los arrumacos para luego, moza, hasta que veamos si la cosa sale bien.

X



Así pues, la señora Harris acabó contando, por segunda vez en veinticuatro horas, la historia del pequeño Henry, del padre ausente y de la huida, en esta ocasión al oído atento del marqués Hypolite de Chassagne, embajador extraordinario y plenipotenciario de la República de Francia en los Estados Unidos de América, en la intimidad de la *suite* de primera clase que este ocupaba en el transatlántico.

El diplomático de pelo blanco escuchó la historia sin comentar nada y sin interrumpir; de tanto en tanto se tiraba de las puntas de bigote o se acariciaba los mechones de las tupidas cejas con el dorso de un dedo. Costaba decir, al fijarse en sus ojos azules, vivaces y de una juventud fuera de lo común, o en su boca, que con frecuencia tapaba la mano, si le divertía o le molestaba la petición de incluir en su séquito a un medio huérfano británico-americano, apátrida y sin papeles, y que su primer acto como representante de Francia fuera meter al niño a hurtadillas en un país extranjero.

Cuando la señora Harris terminó de contar sus desventuras, que concluyeron con el consejo que le había dado el señor Bayswater, el marqués estuvo reflexionando un rato y dijo:

–Hacer esto ha sido bueno y valiente por su parte, pero un poco imprudente, ¿no le parece?

A punto de derrumbarse tanto mental como físicamente, la señora Harris se agarró las manos y contestó:

–Ay, por Dios, y ¡que lo diga! Imagino que merecería unos azotes en el trasero, pero si hubiera oído usted cómo lloraba el niño cuando lo zurraban, si hubiera sabido que no lo alimentaban bien, ¿qué habría hecho?

El marqués siguió y suspiró.

–Ah, madame, me conmueve usted para que le conteste que seguramente lo mismo. Pero ahora tenemos un lío de padre y muy señor mío.

Era asombroso que todas las personas a las que se hacía partícipes de las cuitas de la señora Harris, aunque fuera durante un tiempo brevísimo, enseguida empezaran a hablar en plural y se implicaran en ellas.

–El señor Bayswater me ha asegurado que los diplomáticos como usted tienen privilegios especiales –afirmó con entusiasmo–. Que lo tratarán como a un rey y que estarán todo el rato diciéndole: «Sí, su excelencia. Qué niño tan guapo, su excelencia», y que en un periquete estará usted en el puerto sin que le hayan preguntado nada. Entonces iré yo a recoger al chico, y usted recibirá su gratitud, la mía y la del padre por siempre jamás.

–Por lo visto, Bayswater sabe de todo –observó el marqués.

–Pues claro –replicó ella–, él ya lo ha hecho. La última vez que estuvo en América fue con un tal sir Gerald Granby, al que todos le repetían: «Sí, sir Gerald. Por aquí, sir Gerald. Ni se moleste por el pasaporte, sir Gerald»...

–Ya, ya –reconoció con premura el marqués–, eso lo sé.

Aunque la cuestión era que en realidad no sabía tanto como creía sobre el procedimiento de

desembarco que le habían preparado. Era muy consciente de que podían recibirlo con un poco de jaleo y de pompa, pero no hasta qué punto, aunque también estaba seguro de que nadie le iba a pedir las credenciales hasta que lo presentaran de manera oficial y formal en la Casa Blanca. Los miembros de su séquito, su secretario, su chófer, ayuda de cámara, etcétera, obtendrían el mismo trato, y era muy poco probable que alguien se fijara en un niño que parecía acompañarlo o que cuestionara su presencia, si es que el chico se portaba bien, tal como afirmaba la señora Harris, y estaba callado.

—¿Podría usted? —le rogó la señora Harris—. ¿Hay alguna posibilidad? Si viera al pequeño, le cogería mucho cariño. Es una ricura.

El marqués hizo un ademán con la mano y dijo:

—Chitón; calle un momento. Quiero pensar.

Ella cerró el pico enseguida y esperó con las manos entrelazadas, al borde de la silla dorada, con los pies apenas rozando el suelo, observando angustiada al aristócrata con esos ojillos suyos que ahora habían perdido su descaro y su astucia y solo mostraban congoja y súplica.

El augusto individuo hizo justo lo que había anunciado: pensaba, pero también sentía.

Había algo curioso en la señora Harris: era capaz de hacer que los demás sintieran lo que ella sentía. En París, le había transmitido al aristócrata la forma en que le apasionaban las flores y las cosas bonitas como los vestidos de Dior, y la ilusión de apreciarlas tanto y de desearlas. Ahora, a su sencilla manera, logró que sintiera cuánto quería a un chico perdido, con una desazón que no se conoce con la suficiente frecuencia al pensar en el sufrimiento infantil. Había millones de niños con hambre, que lo pasaban mal y que eran mal tratados en todo el mundo y, que Dios lo perdonase, él nunca pensaba en ellos; ahora sí se imaginaba a un pequeño desnutrido al que le daba un coscorrón en la sien un tipo llamado Gusset, al que nunca había visto y al que jamás vería. ¿En qué le afectaba todo esto? Al mirar a la señora Harris, traspasada de zozobra frente a él, al verle las mejillas que recordaban manzanas glaseadas, el pelo marchito, las manos curtidas por los esfuerzos, sintió que le afectaba muchísimo.

A su manera, en su breve visita a París, la señora de la limpieza londinense le había procurado algunos momentos felices, e incluso, si se llevaban las cosas un poco más lejos, el puesto de embajador podía agradecerse en parte a ella, porque la intervención de la señora Harris había sido decisiva para que él decidiera ayudar al marido de una amiga que ella había hecho en París, a monsieur Colbert, que obtuvo un puesto importante en el Quai d'Orsay, donde al cabo de un año demostró una valía sensacional. El mérito de haberlo descubierto se lo llevó el marqués, y probablemente esto contribuyó a que lo eligieran para el ansiado y prestigioso cargo de embajador en Estados Unidos. No solo eso: ella le había recordado su época de juventud, cuando él estudiaba en Oxford y otra señora de la limpieza, una del gremio de la señora Harris, se había mostrado cordial con él cuando se encontraba solo.

El marqués pensó: «Qué buena mujer es la señora Harris, y qué suerte tengo de conocerla». Y también pensó: «Me sorprende lo agradable que es poder ayudar a alguien. ¡Qué joven me hace sentir!», y a partir de ahí sus ideas empezaron a irse por las ramas y a centrarse en el cambio que había experimentado desde el nombramiento. Antes de este era un viejo resignado a despedirse del mundo, dedicado a reexaminar su belleza y disfrutar de ella por última vez. Ahora se sentía

pletórico de energía y actividad, y ni se le pasaba por la cabeza renunciar a la vida.

Entonces tuvo una última y muy convincente idea sobre lo que significa ser tan viejo y distinguido: que la gente te tenía un poco de miedo. Eso implicaba, se dijo con una sonrisa, recordando su educación británica, que podías hacer lo que te viniera en gana en casi cualquier situación, y nadie se atrevía de decirte nada. Así llegó al último pensamiento: ¿qué había de malo en ayudar a esa buena persona, qué podía llegar a salir mal con lo simple que era el plan? Le dijo a la señora Harris:

–Muy bien, haré lo que me pide.

En esta ocasión la señora Harris no se permitió ningún efusivo aspaviento de gratitud pero, recuperando el pícaro sentido del humor, le dirigió una sonrisa traviesa y dijo:

–Sabía lo que haría. Será divertidísimo, ¿eh? Al niño le lavaré bien las manos y la cara, y le diré exactamente lo que tiene que hacer. Puede fiarse de él: es espabilado como él solo. No habla mucho, pero cuando lo hace da en el clavo.

El marqués también se vio obligado a sonreír.

–Ah, conque ¿ya lo sabía? Bueno, ya veremos en qué lío me mete este disparate sentimental. –A continuación añadió–: Atracaremos a las diez de la mañana; a las nueve vendrá alguna delegación a bordo a recibirme, sin duda durante la inspección de cuarentena, quizá acuda el cónsul francés. Seguramente lo mejor sería que el chico estuviera aquí en ese momento para que los demás se acostumbren a su presencia. Lo dejaré todo dispuesto para que los traigan a los dos desde la clase turista a las siete y media. Advertiré a mi secretario y a mi ayuda de cámara de que deben ser discretos.

La señora Harris se levantó y se dirigió a la puerta:

–Es usted un cielo –le dijo, con un gesto de conformidad.

El marqués se lo devolvió y afirmó:

–Usted también lo es. Será divertidísimo, ¿eh?

XI



Alguien tendría que haber prevenido al marqués de cómo era la prensa estadounidense, que se había enterado de que era el primer embajador nombrado para Estados Unidos desde que De Gaulle había accedido al poder; también le tendrían que haber advertido de cómo era el acto que se había organizado para su desembarco y prepararlo para la ceremonia. De lo primero, no obstante, se olvidaron completamente, y de lo segundo, por culpa de una de las típicas pifias del Departamento de Estado («Seguro que fulanito ya habrá avisado al embajador»), no se ocupó nadie. Todos pensaban que otro se había encargado, y nadie lo había hecho.

El marqués, hombre de humildad innata, nunca se había considerado un personaje importante, y, aunque preveía una recepción oficial y una entrada fácil, no esperaba más; al llegar por la mañana, su intención era que Bayswater lo llevase a Washington en cuanto desembarcaran el coche.

Por eso no estaba nada preparado para el agitado tumulto de periodistas especializados en llegadas de barcos, reporteros, fotógrafos de prensa, camarógrafos de boletines cinematográficos de noticias, entrevistadores de radio y televisión, técnicos y operarios de baterías de equipos de televisión portátiles, que subieron a bordo en tropel procedentes de un mugriento remolcador que avanzaba junto al barco del inspector de cuarentena, que bajaron ruidosamente las escalerillas y que irrumpieron en su *suite* para exigirle que concediera una entrevista en la sala de prensa de la cubierta superior.

También fue una sorpresa el guardacostas del Gobierno, estrecho y blanco, que asimismo se pegó como una lapa a un costado del Ville de Paris y que vomitó al anfitrión oficial de la ciudad de Nueva York y a sus secuaces (todos con escarapelas de color rojo, blanco y azul en el ojal), a los líderes de los dos partidos políticos de la misma ciudad, junto con el teniente de alcalde, los cónsules de Francia en Nueva York y en Washington, miembros del personal permanente de la legación francesa, media docena de funcionarios del Departamento de Estado, encabezados por un vicesecretario con el debido rango protocolario para recibir a un embajador, así como a un empleado de la Casa Blanca que había enviado personalmente el presidente Eisenhower para darle la bienvenida.

No se sabe muy bien cómo, la mayoría de ellos consiguieron apretujarse en la *suite*, mientras una banda ejecutaba *La marsellesa* desde el guardacostas, antes de que Henry pudiera escabullirse en el «aseo» en el que la señora Harris le había indicado que se metiera si pasaba algo raro antes de que desembarcaran.

Lo habían lavado y acicalado para la ocasión, le habían puesto una camisa y unos pantalones cortos limpios, que Ada le había comprado en Marks and Sparks antes de salir, y, sentado en el borde de una silla con los pies también calzados con calcetines y zapatos nuevos, parecía un niño muy formalito, que no desentonaba con su entorno.

Antes de que el marqués o el niño supieran qué pasaba, o de qué iba todo, los sacaron a rastras del camarote, los hicieron subir la escalera principal y los llevaron a la sala de prensa, atestada

hasta la asfixia de inquisidores. Allí se vieron frente a un ejército verdaderamente espeluznante de micrófonos, objetivos de cámaras (fotográficas, de cine y de televisión) y un aluvión de preguntas que les lanzaron como si fueran confeti.

—¿Qué opina de los rusos? ¿Cree usted que habrá paz? ¿Qué piensa de las mujeres norteamericanas? ¿Y sobre De Gaulle? ¿Cuál va a ser su actitud frente a la OTAN? ¿Se pone la parte inferior del pijama al dormir? ¿Quiere Francia otro préstamo? ¿Cuántos años tiene usted? ¿Se ha visto alguna vez con Jrushchov? ¿Lo acompaña su mujer? ¿Qué tiene que decir sobre la guerra de Argelia? ¿Por qué le concedieron la Legión de Honor? ¿Qué opina de la bomba de hidrógeno? ¿Es cierto que los franceses son mejores amantes que los estadounidenses? ¿Va Francia a abandonar su puesto en el Fondo Monetario? ¿Conoce usted a Maurice Chevalier? ¿Es cierto que los comunistas están ganando terreno en Francia? ¿Qué le parece la película *Gigi*?

Entre esas preguntas que le gritaban periodistas y reporteros de ambos sexos hubo otra:

—Y ese niño ¿quién es?

A veces pasa que, cuando una rueda de prensa es tan caótica como lo fue esta, en gran parte porque casi todos los miembros de la prensa habían tenido que madrugar mucho para cruzar la bahía con el mar movido (y muchos de ellos iban con resaca), en medio de un torrente de preguntas vociferadas, ninguna de las cuales se oye ni se responde, una se pronuncia en medio de un silencio pasajero: entonces destaca e, impacientes por que les contesten al menos a una cosa, los periodistas se olvidan de las suyas y se centran en esa en particular.

Por eso empezaron a repetir:

—¿Quién es ese niño? ¿Quién es ese niño? Sí, ¿quién es?, su excelencia. ¿Quién es?, señor embajador.

Y todos callaron mientras esperaban la contestación.

Sentados uno al lado del otro, en la mesa situada en el fondo de la sala, el venerable e ilustre personaje volvió la cabeza y miró al extraño niño, levemente cabezón y de rostro lastimero, como si esperara de algún modo que la explicación la diera él.

El pequeño también volvió la cabeza, alzó la vista y contempló el augusto semblante del venerable e ilustre personaje con sus ojos líquidos, tristes y sabios, y apretó los labios. El marqués reconoció el gesto, recordó lo que le había contado la señora Harris sobre la escasa afición de Henry a hablar, y supo que de él no podía esperar ayuda. Además, la espera entre la formulación de la pregunta y el momento en que debía responder se estaba haciendo densa e insoportable; era imperioso decir algo.

El marqués carraspeó y declaró:

—Es... es mi nieto.

Por algún motivo desconocido, pero característico de algunas ruedas de prensa, esta afirmación causó furor. «Anda, ¡que es su nieto!» «¿Lo has oído? ¡Su nieto! ¡Quién iba a decirlo, su nieto!» Aparecieron cuadernos, se garabatearon notas, mientras los fotógrafos embestían y soltaban sus propios gritos de guerra, disparando los *flashes* en toda la cara de sus víctimas, cegando al marqués y aturdiéndolo aún más. «No se mueva, embajador. Mire aquí, embajador. Abraze al niño, marqués. Oye, niño, acércate a tu abuelito; más, más. Ahora, sonrían. Muy bien. ¡Otra vez! Chico, ¡abrázale el cuello! Chavalín, siéntate en su regazo. ¿Por qué no le das un besazo?»

Además de esta algarabía, también hubo más preguntas después de que se supiera que el embajador francés viajaba con un miembro de su familia. «¿Cómo se llama? ¿De quién es hijo? ¿Adónde va?»

El marqués no pudo desembarazarse de ellas.

—Se llama Henry.

—¿Henry! ¿Henry o Henri? ¿Es francés o inglés?

El aristócrata era consciente de que en un momento u otro el pequeño tendría que abrir la boca, así que contestó:

—Inglés.

El acto se había sosegado y ahora reinaba algo parecido al orden; un hombre al final de la sala se levantó y, con el acento británico que cabe esperar en un corresponsal del *Daily Mail*, preguntó:

—¿Es el hijo de lord Dartington, su excelencia?

Como buen reportero inglés, conocía al dedillo la guía de genealogía Burke y sabía que una de las hijas del marqués de Chassagne se había casado con lord Dartington de Stowe.

Normalmente, los diplomáticos nunca deben alterarse, y en su vida oficial el marqués actuaba como si tuviera hielo en las venas, pero en esta ocasión todo era un poco excesivo e inesperado; el desastre que se cernía sobre él, demasiado imprevisto e improvisado.

Como es lógico, decir la verdad era totalmente impensable. Decir que no llevaría a más preguntas incómodas; por eso, sin pensárselo dos veces, el marqués contestó:

—Sí, sí.

Lo único que quería en ese momento era poner fin a la tortura lo más rápidamente posible y llegar al acogedor refugio de la caseta del muelle, adonde la señora Harris había prometido acudir para librarle de la presencia, ahora embarazosa, del pequeño Henry.

No obstante, la última revelación causó un furor aún mayor; los fotógrafos se abalanzaron de nuevo, con destellos de los *flashes*, mientras los gritos alcanzaban una nueva intensidad: «¿Qué ha dicho? ¿Que es hijo de un lord? Ah, pues entonces será duque, ¿no?».

—Tío, pero ¡qué bobo eres! Duque no, sir. Solo los parientes de la reina son duques.

—¿Cómo? —intervino alguien—. ¿Que es pariente de la reina? Eh, duque, ¡mira hacia aquí! Lord, una sonrisa. ¿Cómo se llamaba? ¿Bedlington? ¿Por qué no le haces algún gesto al marqués?

Por debajo de su egregia apariencia, al marqués le entró un sudor frío, aterrorizado, al pensar que ahora que la prensa lo había vinculado por parentesco, y de forma indisoluble, con Henry, no iba a ser tan sencillo romper esos lazos en el muelle, cuando la señora Harris pasara a buscarlo.

Hubo una aglomeración de reporteros y periodistas radiofónicos que preguntaban con impaciencia:

—Muy bien, Henry, ¿por qué no dices algo? ¿Vas a ir al colegio aquí? ¿Vas a aprender a jugar al béisbol? ¿Quieres transmitir algún mensaje a los jóvenes estadounidenses? Cuéntanos qué te parece América. Tu padre ¿dónde vive? ¿En un castillo?

Ante semejante aluvión, el pequeño siguió callado, fiel a su fama de poco hablador. La premura de los entrevistadores iba aumentando; el silencio del niño era más penetrante. Al fin, un inquisidor impaciente le preguntó en tono burlón:

—Qué pasa, ¿se te ha comido la lengua el gato? No me creo para nada que el marqués sea tu abuelo.

Al oír esas palabras, Henry abrió la boca. Estaban cuestionando la palabra de su benefactor. Aquel tipo simpático de pelo blanco y mirada bondadosa había contado una mentira muy gorda por él, y ahora exigían que esa mentira se corroborase. Como había afirmado la señora Harris, el chico siempre protegía a sus amigos.

De la boca abierta, con la voz atiplada que cabe esperar en un niño, declaró lo siguiente:

—¡Mecachis en la mar! Pues ¡claro que es mi abuelo!

Al final de la sala, las cejas del corresponsal del *Daily Mail* se enarcaron hasta alcanzar el techo.

El marqués sintió una oleada de pavor. No sabía que la catástrofe solo se estaba fraguando.

XII



Con el equipaje hecho y ataviadas con sus mejores galas, con los pasaportes y los certificados de vacunación en la mano, Ada Harris y la señora Butterfield estaban en cubierta de clase turista, delante de la barandilla, muy emocionadas al ver de verdad por primera vez ese país nuevo y excitante; contemplaban desde arriba el trasiego de remolcadores, guardacostas y botes que se arremolinaban en torno a las pasarelas del Ville de Paris.

Esa misma mañana habían acompañado al niño al camarote del marqués y le habían llenado la cabeza de instrucciones, en previsión de cualquier eventualidad que pudiera surgir si la señora Harris se retrasaba, etcétera.

Esta se mostraba triunfante; la señora Butterfield, agitada y sudorosa ahora que otra vez se veían obligadas a actuar y a enfrentarse a otra crisis.

—Ay, Ada —dijo—, ¿estás segura de que no va a pasar nada? Tengo la corazonada de que va a ocurrir algo espantoso.

Aunque a la señora Harris le hubiera servido de algo la naturaleza profética del corazón de su amiga, ya era tarde para cambiar el plan, y, aunque le causaba cierta desazón que el niño no estuviera a su lado (en los cinco días de la travesía se había encariñado más que nunca con él), se negaba a dejarse llevar por la pesadumbre. De todas formas, por si acaso repasó los pasos que habían urdido.

—Vamos, cielo —le dijo a Violet—, alegre esa cara y no te agobies; ¿qué puede salir mal? —Fue contando toda la serie con los dedos de una mano—: Henry pasa al otro lado con el marqués sin que le hagan preguntas. Cuando esté en el muelle, se pone debajo de la letra B, de Brown, donde lo recogemos. Nos estará esperando un taxi. El niño monta el numerito de pegarse a otros hasta que los Schreiber se vayan. Entonces se viene con nosotras. Tenemos la dirección. Al llegar, él espera en la acera mientras nosotras echamos un vistazo. Cuando no haya peligro, lo subimos al piso en un abrir y cerrar de ojos. ¿No nos dijo la señora Schreiber que en el piso había suficiente espacio para alojar a todo un regimiento? Solo tardaremos un par de días en encontrar a su padre, y aquí paz y después gloria. Hale, no lo pienses más y pásalo bien. ¿Qué puede salir mal?

—Algo —respondió enérgicamente la señora Butterfield.

A poca distancia de ellas, vieron un reluciente guardacostas blanco y gris del Gobierno estadounidense, con un cañón de tres pulgadas montado, un mástil de radar y una bandera nacional. Una pasarela lo unía a una abertura en la parte inferior de un costado del transatlántico, y, mientras ellas observaban, se hizo evidente que estaba a punto de ocurrir algo importante, porque los músicos que estaban en popa, callados a la orden de su director, un guardiamarina, y unos infantes de Marina se trasladaron a dicha pasarela, liderados por un oficial muy condecorado; el director alzó los brazos, el oficial gritó una orden, de los pernos de los rifles salió un chasquido, se presentaron armas, la batuta bajó y la banda comenzó a tocar con gran estruendo el himno estadounidense, seguido de un conmovedor compás de la marcha *The Stars and Stripes Forever*.

Mientras sonaba esta emocionante obra de Sousa, apareció un desfile de *aides* uniformados y con galones dorados que formaban parte del Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas; después de ellos, unos dignatarios con pantalón de rayas, levita y chistera; todos salieron por el agujero del costado del Ville de Paris y avanzaron marcialmente por la rampa hasta llegar al guardacostas. Entonces se produjo una breve pausa, el director volvió a levantar los brazos, los bajó con gran ímpetu y los músicos, obedientes y atronadores, empezaron a ejecutar *La marselesa*. La figura del apuesto, erguido y elegante anciano, también con pantalón de rayas, una levita gris y una chistera del mismo color, con su cabello y bigotes blancos, sus penetrantes ojos azules debajo de las cejas tupidas y la Legión de Honor en el ojal, apareció en la salida y allí se quitó el sombrero y, apoyándolo en el hombro, escuchó cómo tocaban el himno nacional de Francia.

—¡Es mi amigo, el marqués! —exclamó la señora Harris, que aún no se había percatado de lo que pasaba.

No era el caso de la señora Butterfield, porque, cuando el himno terminó y empezaban a sonar otros compases y el aristócrata cruzaba la pasarela, la recia mujer soltó un chillido, blandió un dedo rechoncho y exclamó:

—¡Mira, el pequeño Henry! ¡Se va con él!

Era verdad. Cogiendo con fuerza la mano de Bayswater, impecablemente uniformado, seguido por el secretario, el ayuda de cámara y otros miembros de rango inferior del séquito de la embajada, el niño seguía al marqués por la plancha de desembarco en dirección al guardacostas, donde también recibió con donaire el saludo con armas de la guardia de honor de la Marina.

Sintiendo que se le caía el alma a los pies, la señora Harris empezó a entender lo que estaba pasando. Justo antes de que embarcaran en el guardacostas, Ada vio que el rostro gris y fino de Bayswater se levantaba, y que el chófer recorría angustiado con la mirada la parte superior del barco. Gracias a uno de esos milagros menores de comunicación vio a su amiga y, por un instante, sus miradas se cruzaron: el señor Bayswater esbozó un gesto de impotencia que le dejó a la señora Harris más claro que el agua que el tipo se veía en una situación que no controlaba, y que le pedía disculpas.

Desde luego que no la controlaba. Lo que tenía atrapados al chófer, al niño y al marqués no solo era la gran estima personal que se le tenía en Washington al nuevo embajador, sino también que la Administración hubiera considerado buena idea dorarle un poco la píldora a De Gaulle, que últimamente se había comportado de una forma un poco rara. Se había decidido, así, colmarlo de honores extraordinarios y desembarcarlo, tanto a él como a su séquito, en el barco de la inspección de cuarentena.

Al marqués, su equipaje y todos los que lo acompañaban los sacaron del buque y los llevaron con gran pompa por el estrecho de The Narrows hasta el puerto de Nueva York, donde otra guardia de honor los esperaba delante de Battery Park, junto a una flota de Cadillacs. Después los trasladaron al centro por el impresionante final de Broadway, donde habían organizado un pequeño recibimiento de gala, y al pequeño Henry fueron cayéndole en la cabeza hojas arrancadas de guías telefónicas y guirnalda de cintas de papel con cifras que ponían de manifiesto el esplendor económico de Estados Unidos. Entonces el desfile cruzó el puente de Queensboro hasta Idlewild Field, donde aguardaba el avión privado del presidente, el Columbia; desde allí, al

marqués y a todos los que iban con él sin contar a Bayswater, que se quedó en tierra para llevar el Rolls, los llevaron por aire a Washington.

Al pequeño Henry también. Nunca se lo había pasado tan bien. Aquello no estaba pero que nada mal.

El niño desapareció, pero no se puede decir que se olvidaran de él, porque los periódicos de la tarde y los de la mañana siguiente cubrieron ampliamente la llegada del nuevo embajador francés con su nieto, y no faltaron imágenes del niño en varias poses logradas que los veteranos reporteros del puerto le habían instado a adoptar: abrazando a su abuelo, besando a su abuelo, sentado en el regazo de su abuelo, o mirando fijamente a cámara con sus enormes e inquietantes ojos.

El austero *Times* informó de la presencia de Henry con una única frase, que lo señalaba como nieto del marqués, o sea, el honorable Henry Dartington, hijo menor de lord Dartington de Stowe, pero los otros diarios, sobre todo aquellos en los que trabajaban reporteras, embellecieron un poco el detalle:

El apuesto embajador francés, de cabellos blancos y aún viril, quien había causado estragos entre las mujeres durante la travesía, llegó acompañado por su nietecito lord Henry Partington, pariente de la reina de Inglaterra.

Lord Partington, que ha venido de vacaciones y estudia en Eton, donde se dice que está entre los primeros de su clase, declaró: «Traigo un mensaje de la juventud inglesa para la juventud estadounidense: los niños debemos estar unidos. Si no remamos juntos, nos hundiremos. Todo el mundo tendría que aprender a remar». Añadió que lo que más deseaba ver en Norteamérica era un partido de béisbol, y esta tarde asistirá a uno entre los Yankees y los Red Sox.

En el ático del número 650 de Park Avenue, la señora Schreiber (y, en la cocina, también las señoras Harris y Butterfield) vio las fotografías y leyó los reportajes con los ojos que se le salían de las órbitas.

—Madre mía —dijo Henrietta—, tan pequeño y ya todo un lord. Aquí pone que es familiar de la reina. Y hemos ido en el mismo barco. Qué chiquillo tan mono, qué preciosidad de ojos. Está hecho un caballero, ¿verdad? Se ve enseguida que es de la nobleza. Cuando la familia es buena, todo sale bien.

Entonces su mirada se cruzó con la de su marido; los dos la sostuvieron unos instantes, y cada uno sabía qué pensaba el otro.

Para romper el hechizo, el señor Schreiber dijo:

—Yo no recuerdo haberlo visto a bordo. Tú sí que sales bien en la foto, Henrietta, pero yo parezco mi abuelo.

A ellos también les había fotografiado la prensa, entre los personajes importantes que habían llegado en el buque.

Y en la enorme cocina del ático, rodeada de periódicos, con la vista clavada en las primeras planas desde las que les contemplaba el pequeño y ascendido Henry, la señora Butterfield preguntaba entre sollozos:

—Ahora ¿qué vas a hacer? Ya te dije que pasaría algo.

Por una vez, la señora Harris no tuvo respuesta.

—No tengo la menor idea, Vi —contestó—. Y también tengo que decirte que se me olvidó darle nuestra dirección al señor Bayswater.

XIII



Park Avenue 650, Nueva York 21 (Nueva York)

15 de abril

Querido marqués:

Espero que reciba esta carta, porque se me olvidó darle nuestra dirección al señor Bayswater y usted no podía saber dónde estamos.

La señora Butterfield y yo vimos cómo se les llevaban en ese bote, algo que ni usted ni yo habíamos previsto ni esperado. Le hicimos un gesto con la mano, pero creo que no nos vio, aunque el señor Bayswater y Henry sí.

Lamentamos mucho haberle causado este trastorno con Henry. Fue usted muy bueno al decir que era su nieto. Imagino que no podría haber contestado de otra manera, y las fotografías del periódico quedaron muy bonitas. Ja, ja, al final no fue todo tan divertido, y sentimos mucho haberle molestado.

Es usted un hombre muy bueno y el sábado iré a buscar al niño, cuando la señora Schreiber me dé mi día libre. Cogeré el tren por la mañana.

La señora Schreiber tiene un piso muy grande, y nuestras habitaciones del fondo son muy bonitas. Hay otras cinco y dos baños; no nos costará nada que nadie vea a Henry cuando lo traiga, así que no tiene de qué preocuparse.

Todavía no me ha dado mucho tiempo a ver monumentos, aunque pude visitar el cementerio de Woodlawn y es precioso, ahí tienen a mucha gente enterrada. La señora Butterfield se sigue poniendo muy nerviosa al cruzar la calle porque el tráfico va al revés y los agentes de policía le tocan el silbato, pero el otro día fue a un supermercado de Lexington Avenue a comprar unas cosas para la cena y acabó gastándose ciento ochenta y siete dólares de la señora Schreiber, porque era la primera vez que iba a uno y no podía parar de meter cosas en el carrito.

La señora Butterfield me pide que le mande un saludo cordial, que le agradezca lo bueno que es, y que le diga cuánto siente que haya pasado usted todo este apuro, y que espera que el niño se haya portado como un pequeño caballero.

Si el sábado le viene bien, iré a buscarlo a las diez.

Le ruego que salude de mi parte al señor Bayswater y le diga que ya le escribiré para darle las gracias en persona.

¿Qué tal se apaña usted en el nuevo trabajo?

Espero que al recibo de la presente se encuentre tan bien de salud como yo.

Cordialmente,

ADA HARRIS

Embajada Francesa
G Street 18, Washington N 10

17 de abril

Querida señora Harris:

Su grata misiva ha llegado esta mañana y, aunque nada me agradaría más que volverla a ver el sábado, me temo que, desgraciadamente, recoger a Henry, ahora que me he visto obligado a declarar que es pariente mío, no será algo tan fácil ni tan inmediato. La verdad es que el niño ha causado auténtica sensación por estos lares, no solo debido a la posición social que tuve que otorgarle cuando me preguntaron los periodistas en el barco, sino también gracias a su magnetismo personal. No solo se ha ganado a un círculo cada vez mayor de conocidos en el Corps Diplomatique por su facultad de tener la boca cerrada, sino por las pintorescas expresiones que salen de ella cuando la abre. Me alegra también consignar que no se le da nada mal utilizar los puños, por decirlo de algún modo, y ya ha conseguido que en nuestro pequeño entorno se le coja un gran cariño al darle un buen mamporro en la nariz al hijo de un ministro de Krasnodar (un niño tan desprovisto de encanto como el padre), cuando el chico hizo unos comentarios despectivos sobre Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.

La verdad es que Henry ha recibido tantas invitaciones –y no nos ha quedado más remedio que aceptar, teniendo en cuenta la identidad que ha asumido– que no podrá volver con usted hasta el jueves de la semana que viene, o quizá el lunes siguiente. Le escribiré para avisarla. Entretanto, tendrá usted tiempo de buscar al padre del pequeño, y quizá concluir esta aventurilla suya de modo rápido y feliz.

Debo confesar que espero con cierta inquietud que mi yerno me comente algo sobre esta nueva incorporación a su familia. Todavía no me han llegado noticias suyas, pero seguro que llegarán.

Por mi parte, sin duda no soy tan importante como los acogedores estadounidenses me hacen creer, pero la sensación es agradable. ¿Verdad que es este un pueblo cordial y maravilloso? Los ingleses y los franceses debemos consolidar una amistad duradera con ellos si no queremos que el mundo se destruya.

En cuanto pueda sacar a Henry de la vorágine social en la que las circunstancias lo han sumido, la informaré. Mientras tanto, dígame cómo avanza la búsqueda del padre.

Atentamente,

CHASSAGNE

TELEGRAMA NOCTURNO DE STOWE-ON-DART, DEVONSHIRE

18 de abril

QUERIDO HYPOLITE RECIÉN VISTA TELEFOTOGRAFÍA Y REPORTAJES EN PRENSA AMERICANA SOBRE EL NIÑO QUE TAN ALEGREMENTE ME HAS ENDILGADO STOP NO TE DA UN POCO DE VERGÜENZA A TUS AÑOS INTERROGACIÓN DA IGUAL PORQUE ESTAS PALABRAS ME LAS DICTA LA ENVIDIA YA QUE ESPERO AL LLEGAR A TU EDAD PODER HACER LO MISMO STOP LA PRENSA ESTADOUNIDENSE SE HA SUPERADO Y ESTE NUEVO CANDIDATO AL TÍTULO NOBILIARIO HA CREADO GRAN REVUELO EN CÍRCULOS SOCIALES DE AQUÍ STOP PERO PARECE BUEN CHICO Y ME ALEGRA QUE FORME PARTE DE LA FAMILIA STOP SI ME PREGUNTAN CONFIRMARÉ TU DESVERGONZADO EMBUSTE Y DIRÉ QUE ES UNO DE MIS HIJOS DE VACACIONES EN ESTADOS UNIDOS STOP MARIETTE TAMBIÉN TE FELICITA Y TE AGRADECE HABER TENIDO UN PARTO SIN EL MENOR DOLOR STOP CON TODO CARIÑO DARTINGTON

Park Avenue 650, Nueva York 21 (Nueva York)

19 de abril

Querido señor Bayswater:

Bueno, aquí estoy al fin, y espero que no le costara llegar a Washington con el Rolls y que todo le vaya bien.

Imagino que le sorprenderá lo que le pasó al chiquillo. Pero no fue culpa de usted, y quiero darle las gracias por lo bueno que fue al proponer la idea. No le he escrito antes para agradecersele porque hay muchísimo trabajo en el piso de la señora Schreiber. El último individuo que vivió aquí, o quien limpió esto, era un cerdo de tomo y lomo o no sabía nada de nada, y al ático le hace falta una limpieza a fondo, que es a lo que nos estamos dedicando.

Nueva York es una ciudad interesantísima cuando te acostumbras a los edificios altos y a que todo el mundo vaya a toda prisa; además, en los supermercados hay unos productos de limpieza estupendísimos. Uno se llama Zip. Basta con que le echas al agua unas gotas y quita la pintura de cualquier superficie. También tienen un detergente en polvo para la vajilla que se llama Swoosh, de una calidad insuperable y mucho mejor de lo que tenemos en Inglaterra. También hay un abrillantador de suelos buenísimo, llamado Swizz. Lo pones y todo parece una pista de patinaje sobre hielo. La señora Butterfield estuvo a punto de acabar patas arriba cuando lo puse en el suelo de la cocina, y no le gusta demasiado.

Aquí todo lo hacen con electricidad, pero, si quieres que una casa esté limpia y bien limpia, no hay nada como un cubo, jabón y ponerse de rodillas, y eso hacemos.

Creo que Estados Unidos es un sitio muy interesante, pero trabajo mucho y a veces me da pena no estar ya con todos ustedes, tomando un oportito con limón en el maravilloso Ville de Paris. ¿Sabe algo de los Tidder? Me llegó una postal de ellos de Dayton (Ohio), y les he escrito para ir buscando a George Brown, el padre de Henry. El marqués dice que el niño se encuentra bien, pero me alegra que esté usted para echarle un ojo hasta que vaya yo a buscarlo.

Bueno, pues hasta luego, y espero que al recibo de la presente esté usted tan bien de salud como yo.

Cordialmente,

A. HARRIS

Embajada Francesa
G Street 18, Washington N 10
22 de abril

Querida señora Harris:

Gracias por su carta del día 19 del presente mes. No se preocupe, le aseguro que no tuve ningún contratiempo en el viaje de Nueva York a Washington, cosa que, he de decir, no preveía en un Rolls que había elegido yo. Sin embargo, no estoy del todo convencido de que el aire americano sea tan beneficioso para los carburadores como el británico, para el que están pensados, y es posible que más adelante tenga que hacer algunos ajustes para que se adapten. No obstante, le alegrará saber, como me pasó a mí, que el clima estadounidense no ha afectado en absoluto al termostato del motor, que mantiene la indicada temperatura mínima del refrigerante, en torno a unos 78 grados centígrados. Me veo obligado a admitir que las calzadas norteamericanas son muy

superiores a las nuestras, y pienso que quizá los muelles de suspensión frontales y los amortiguadores hidráulicos puedan aflojarse un poco.

Tal como merece, el coche llama muchísimo la atención en la carretera, y, cuando paré a echar gasolina a las afueras de Baltimore, se congregó toda una multitud para admirarlo y se oyeron muchas exclamaciones de admiración. Un caballero se aproximó al vehículo, le dio un golpe en un lado y declaró con típico acento americano: «Qué barbaridad, sí que saben fabricarlos bien por allá». Al margen de las huellas de dedos, el coche no sufrió ningún desperfecto en este episodio, y me animó ver que al menos un estadounidense era consciente de la superioridad de la producción británica.

Sí que he tenido noticias de los señores Tidder: una carta con una fotografía de su nieto y todo, un niño de corta edad cuyas espléndidas cualidades seguro que se le escapan a un hombre que ha sido soltero toda la vida.

Los días pasados a bordo del buque Ville de Paris fueron, como dice usted, sumamente agradables, y guardo un grato recuerdo de ellos.

Lamento el giro inesperado que dio nuestro pequeño plan, pero le aseguro que al pequeño le va de maravilla. Ha hecho muchos amigos entre los miembros más pequeños de la colonia diplomática de esta ciudad, y también le diré que hasta ahora, por motivos en los que no entraré pero que ambos conocemos, he conseguido que no se acerque a los niños de la embajada británica y he preservado su anonimato.

Por favor, dele recuerdos de mi parte a la señora Butterfield, y reciba un cordial saludo de mi parte.

Atentamente,

JOHN BAYSWATER

Hotel Slade, Kenosha (Wisconsin)

1 de mayo

Querido marqués:

Supongo que le sorprenderá que le mande una carta desde este sitio, donde he venido a buscar al padre de Henry.

Kenosha es una bella ciudad con muchas fábricas de todo tipo, muchos parques, calles y casas bonitas a orillas del lago Michigan. La señora Schreiber fue muy buena y me adelantó el dinero para el viaje cuando le dije que aquí vivía un pariente mío, lo cual solo es una trola a medias porque prácticamente es como si lo fuera, ¿no?

No me costó nada encontrar al señor George Brown y a su mujer, los que están en esta ciudad y que salían en el recorte de periódico del que le hablé; fueron muy simpáticos conmigo y me ofrecieron un té, que el señor Brown se había acostumbrado a beber cuando estaba en Inglaterra, destinado muy cerca de Londres, y le gustó que le enseñara a hacerlo bien, como los ingleses. Unos amigos suyos vivían en Battersea, así que lo pasamos estupendamente hablando de los sitios de toda la vida. Con gran cortesía, su mujer y él me dieron un paseo en coche por Kenosha.

Da la impresión de que en esta ciudad hay casi tantas fábricas como en Londres, pero el señor Brown me aseguró que solo era una localidad pequeña si se comparaba con otras como Chicago y

Milwaukee. El comandante del avión nos señaló estas localidades cuando las sobrevolamos. Eran enormes.

Bueno, me he reservado la noticia para el final. El señor George Brown de Kenosha (Wisconsin) no es el mismo George Brown que es el padre de Henry, sino otra persona. Pero fue muy comprensivo y me pareció que lamentaba mucho no poder ayudarme. No conocía a nadie con el mismo nombre, pero me aseguró que había muchísimos en las Fuerzas Armadas, y que él conocía personalmente a dos pero que no estaban casados.

De todas formas, usted no se preocupe por si era el señor Brown que busco o no, soy yo quien tiene que ocuparse de eso y lo encontraré muy pronto, como que me llamo Ada Harris. Hasta entonces, gracias por avisarme de que puedo recoger al pequeño el domingo que viene. Le diré a la señora Schreiber que también tengo un familiar en Washington. Qué guasa. Como usted ha pasado tanto tiempo con el niño, casi lo es.

Ahora debo acabar, porque los señores Brown me van a llevar muy amablemente al aeropuerto en coche para que vuelva a Nueva York, pero el domingo que viene iré a buscar al niño y a agradecerle a usted lo bueno que ha sido.

Espero que al recibo de la presente se encuentre usted animado.

Atentamente,

ADA HARRIS

Embajada Francesa
G Street 18, Washington, N 10
4 de mayo

Querida señora Harris:

Le agradezco muchísimo la carta que me envió desde Kenosha (Wisconsin), y me apena la decepción que ha sufrido usted al saber que el George Brown que usted consideraba, a ciencia cierta, el padre de Henry resultara ser otra persona.

Nada me habría alegrado más que recibirla el domingo que viene, y que me hubiese contado en persona sus impresiones del Medio Oeste, pero, por desgracia, me temo que el Destino ha tomado un rumbo inesperado y hay que retrasar de nuevo su visita. Parece que el pequeño Henry ha contraído de pronto una enfermedad llamada varicela a la que, por lo que se ve, son especialmente aficionados los niños de su edad, y no le queda más remedio que guardar cama, donde le aseguro que está recibiendo los mejores cuidados; el médico me asegura que no falta mucho para que se recupere.

No debe inquietarla que yo también esté padeciendo un leve episodio de esa enfermedad, que me ha contagiado Henry, a quien sospecho que se la regaló el hijo del embajador de Persia. Así que también yo estoy en cuarentena. Al parecer, no llegué a sufrirla de niño. La situación no me inspira ninguna queja, porque me ha brindado una soledad necesaria y tiempo para reflexionar sobre la magnificencia de esta inmensa nación y las responsabilidades de mi cargo. Gracias a ella, también dispondrá usted de la libertad necesaria para continuar con sus pesquisas y hallar al padre del pequeño, una tarea para la que sin duda está usted completamente preparada.

La avisaré en cuanto el período de reclusión del chiquillo termine. En el mismo momento

anunciaré que las vacaciones de Pascua de mi nietecito han tocado a su fin y que he tenido que mandarlo con su familia, en Inglaterra. Lo echará mucho de menos el gran número de amigos que ha hecho aquí durante su estancia, pero nadie más que el estimable Bayswater y yo. Para que usted no incurra en más gastos en esta desprendida y caritativa empresa a la que se ha entregado, le he dicho a Bayswater que los lleve a Nueva York desde Washington al niño y a usted. Esto también le dará la ocasión de ver un poco más de este espléndido país.

Si alguna otra cosa puedo hacer para ayudarla en su búsqueda, no dude en decírmela. No obstante, conociéndola a usted, su energía y su inteligencia, no me cabe duda de que encontrará al señor Brown verdadero.

Le deseo buena suerte, con el afectuoso saludo de siempre.

Atentamente,

CHASSAGNE

XIV



Sin embargo, aunque el marqués no albergara ninguna duda sobre la capacidad de la señora Harris para encontrar al padre perdido, ella, ahora que había llegado a Estados Unidos, empezaba a flaquear, después de que el único hombre por el que había apostado tan fuerte no resultara ser quien había pensado.

Con el ingenio y la astucia de una hija del East End, no le había costado encontrar a un tal George Brown de Kenosha (Wisconsin), al que se mencionaba en el recorte de periódico; pero encontrar al verdadero entre una población de millones en aquella enorme extensión de tierra, tan grande que ni siquiera los aviones a reacción más veloces podían reducir apreciablemente su tamaño, era harina de otro costal. Descubrió horrorizada, por ejemplo, que había nada más y nada menos que treinta y siete Georges Brown solo en el listín telefónico de Manhattan, el mismo número en Brooklyn, y que muchos más especímenes atestaban los otros tres distritos. Solo por nombrar algunas de las grandes ciudades con cuyos nombres empezaba a familiarizarse, habría la misma cantidad en Chicago, Detroit, Los Ángeles, San Francisco, Filadelfia y Nueva Orleans, y por añadidura tampoco tenía la menor seguridad de que George Brown viviera en una de esas ciudades; podía ser un acaudalado plantador de tabaco del sur, un comerciante de tejidos en Nueva Inglaterra o el dueño de una mina en el Lejano Oeste. Cuando escribió una carta a las Fuerzas Armadas, le contestaron que en sus archivos habían figurado unos cuatrocientos cincuenta y tres Georges Brown en un momento u otro, y que a cuál se refería, y que adónde y cuándo le habían destinado, y que cuál había sido su número de identificación.

Por primera vez, cobró conciencia la señora Harris de la magnitud de su tarea, así como de que su naturaleza romántica le había jugado una mala pasada empujándola a hacer algo impropio de una sensata señora de la limpieza londinense: marcharse a tontas y a locas y verse atrapada en un país desconocido; o al menos así se vería cuando el marqués le devolviese al niño: atrapada con un chico que tendría que esconderles a sus bondadosos patronos.

Era cierto que la aparición casi afortunada de la varicela le daba más tiempo y le permitía respirar un poco antes de lidiar con el asunto de cómo ocultar a Henry en el ático día y noche, pero, por primera vez, la señora Harris sintió el frío aliento del desánimo.

Sin embargo, no se dejó llevar por la desesperación, sino que siguió mostrándose igual de alegre y también hizo su trabajo igual de bien. Bajo su égida, el período de aclimatación en el piso de los Schreiber iba viento en popa; la señora Butterfield, a quien la prolongada ausencia de Henry le había quitado todos los miedos y temores, cocinaba como los ángeles; otras personas se estaban incorporando al servicio doméstico, a las que la señora Harris inculcaba sus ideas de cómo debe limpiarse una casa; y a la señora Schreiber, a quien la presencia de Ada inspiraba confianza, se le empezaba a pasar la angustia y se había puesto a celebrar la serie de cenas y agasajos que se esperan de un hombre que ocupaba la posición de su marido.

Dentro de las obligaciones sociales derivadas de su importante posición de presidente de uno de los mayores estudios de cine y televisión de Estados Unidos, a los Schreiber no les quedaba más

remedio que recibir y hacer los honores a ciertos personajes verdaderamente espantosos, entre ellos columnistas de prensa capaces de llevar al éxito o al fracaso a empresas multimillonarias de la industria del espectáculo, cantantes de *rock and roll* y de *hillbilly*, turbios líderes sindicales que podían cerrar un estudio si no se les halagaba y rendía pleitesía como convenía, enloquecidos directores de televisión que por culpa de su frenética profesión estaban casi con un pie en el manicomio, escritores neuróticos y morbosos a los que había que mimar para que produjesen diariamente la pieza que hacía que toda la maquinaria siguiera en marcha, y toda una serie de actores de ambos sexos, estrellas, reyes y reinas del *glamour*.

La señora Harris conocía y admiraba desde hacía mucho un buen número de esos rostros, antes ampliados en el cine, o reducidos en televisión, y ahora los tenía ahí en carne y hueso, tan cerca que podía tocarlos, en torno a la mesa repleta de manjares de los Schreiber, zampándose el asado de carne y el budín de Yorkshire de la señora Butterfield, y atendidos por la señora Ada Harris, importada de Willis Gardens, Battersea, Londres SW 11.

No todos eran tan horribles como cabría imaginar, pero los que se comportaban con educación parecían estar en franca minoría.

La señora Harris, elegante con el vestido negro y el delantal blanco que la señora Schreiber le había comprado, hacía de tercera camarera en tales ocasiones: recogía los platos, pasaba la salsa, el aliño de la ensalada y las galletas de queso, mientras que el mayordomo por horas y la primera camarera se encargaban de la tarea más grave de conducir la comida a las voraces fauces de los ilustres gorriones.

Si se pudiera decir que la señora Harris tenía una debilidad aparte de su romanticismo, serían el cariño y la admiración que le inspiraban los personajes del mundo del cine, del teatro y de la televisión. Compraba y amaba las ilusiones que creaban para ella con una entrega absoluta.

Ada Harris era una mujer de principios, con un sólido código de comportamiento, que no soportaba las bobadas ni las malas acciones de nadie. No obstante, enseñarle a la gente estas férreas normas no tenía el menor sentido, y ella reconocía que estas personas vivían en un mundo propio y que tenían derecho a observar criterios distintos. Por tanto, las cenas de la señora Scheiber los viernes por la noche eran, desde un punto de vista social, lo más parecido al cielo que la señora Harris había esperado alcanzar. Ver a Gerald Gaylor, la gran estrella de cine, en una tarde libre de jueves, con el hermoso rostro del tamaño de un edificio de dos plantas en la pantalla del Radio City Music Hall, y al viernes siguiente ver su atractiva cara de cerca, y contemplar cómo engullía seis martinis uno tras otro, le procuraba una felicidad a la que jamás había aspirado.

Estaba Bobby Toms, el músico adolescente de *rock and roll* de pelo rizado y semblante dulce, y ella obviaba que se emborrachaba a media tarde y que soltaba improperios feísimos delante de las damas, improperios solo superados por los que salían de la exquisita boca de Marcella Morell, la que hacía de joven inocente en el cine, pero que era tan guapa que hasta las palabras más horribles, cuando las decía ella, también parecían bonitas, en el caso de que las estrellas de cine le inspiraran a uno lo mismo que a la señora Harris. Había un cantante de *hillbilly* llamado Kentucky Claiborne que se presentó en una cena con unos vaqueros sucios, una cazadora de cuero negro y unas uñas intensamente enlutadas; un humorista famoso que resultó ser también gracioso en

la vida real; bailarines, actores dramáticos, bellas actrices que se vestían con *glamour*: en resumidas cuentas, un auténtico paraíso para la señora Harris y también para la señora Butterfield, que conocía las emociones de las altas esferas gracias a las crónicas de Ada.

En cualquier caso, por abierta que fuera su mentalidad y por mucha tolerancia con que tratase a los miembros del maravilloso mundo del espectáculo, la señora Harris no tardó en reconocer una nube en el horizonte: el cantante de *hillbilly*, tan antipático que al poco tiempo todo el mundo con el que se relacionaba acababa destestándolo, incluida ella.

Antes de que este hombre apareciera por primera vez en una cena, la señora Schreiber la avisó hasta cierto punto de lo que debía esperar, porque la bondadosa señora norteamericana estaba convencida de que Ada no podía haberse topado con un espécimen semejante en Londres, y no quería que el aspecto y la pinta del cantante la escandalizaran.

—El señor Claiborne es una especie de genio —le explicó—. Bueno, es el ídolo de los adolescentes y tiende a mostrarse un poco excéntrico, pero es muy importante para mi marido, que lo va a fichar para la North American Pictures and Television, y será un gran triunfo para él: todos van detrás de Kentucky Claiborne.

El nombre ya había despertado en la señora Harris unos recuerdos extrañamente desagradables. Evocaba emociones que no identificó hasta que de pronto le vino a la cabeza el momento en el que su aventura, en cierto sentido, se había iniciado: aquella noche en su pisito de Londres, cuando en la casa de al lado los Gusset habían utilizado los aullidos del cantante de *hillbilly* que sonaba en la radio para que no se oyera la paliza que le estaban dando al pequeño Henry.

Mediante ese proceso de ósmosis por el cual los empleados domésticos captan lo que sucede en su entorno, no solo por lo que escuchan y por los chismes de la despensa, la cocina y los cuartos del servicio, sino de un modo u otro también por los poros de la piel, la señora Harris supo, y se lo contó a la señora Butterfield, que ese tal Kentucky Claiborne, que procedía de un lugar perdido de la parte meridional de Estados Unidos, había triunfado de forma fulgurante como cantante de *hillbilly*: sus grabaciones de canciones *folk* se habían popularizado repentinamente entre los adolescentes, y eso había disparado una tremenda carrera de ofertas entre los peces gordos del cine y de la televisión para contratarlo.

Al señor Schreiber, que en poco tiempo se había convertido en un auténtico magnate del medio, no le había asustado entrar en la puja y les llevaba mucha ventaja a los demás. Sus abogados y los del agente de Claiborne, un tal señor Hyman, se hallaban inmersos en el arduo proceso de redacción de un contrato por el cual pagarían al cantante diez millones de dólares a lo largo de cinco años: una cantidad tan alta ante la que no solo la señora Harris, sino todo el mundo del espectáculo, se habían quedado boquiabiertos.

Entretanto era necesario que el señor Claiborne estuviera de buen humor, cosa complicada, porque hasta para la señora Harris era obvio que, celebridad o no, Kentucky Claiborne era un hombre vanidoso, superficial, egoísta, egocéntrico, vulgar, grosero, aburrido y zafio. Tal como su agente, el señor Hyman, le dijo al señor Schreiber:

—¿Qué quiere que le diga? Es imbécil, pero un imbécil con talento. A los jóvenes los vuelve locos.

Esto era cierto, como sucede con muchos de los repelentes personajes que llegan a lo más alto

en la industria del espectáculo. Kentucky Claiborne, ahora un hombre de treinta y cinco años de calvicie incipiente, ojos hundidos y mejillas azuladas, había surgido de pronto del sur profundo, donde berreaba sus canciones *folk*, típicas del interior del país, en garitos y clubes nocturnos de baja estofa mientras tocaba la guitarra, y se había convertido en un fenómeno nacional. Por lo visto, su mirada, su voz, su actitud, su fraseo recordaban la soledad y la melancolía de los pioneros y leñadores del pasado de Estados Unidos.

Aunque su pasado y sus orígenes no se conocían, de niño debía de haber sido pobre (por no decir basura blanca), porque su estallido súbito de fama, dinero y adulación le había llevado a entregarse con un entusiasmo aún mayor que el acostumbrado a su bebida preferida, el *bourbon* con agua. Aparte de estos encantos, mascaba tabaco, llevaba las uñas mugrientas y, por lo visto, no lavaba ni su cuerpo ni su uniforme *hillbilly* con demasiada frecuencia.

Los Schreiber lo soportaban porque no les quedaba más remedio; los invitados porque la mayoría le tenía auténtico cariño a la pareja; muchos de ellos venían de orígenes igualmente humildes y habían logrado adaptarse.

La señora Butterfield no tardó en aborrecer al señor Claiborne con el mismo fervor, porque este hacía comentarios a grito pelado sobre sus platos, unas palabras que, cuando las puertas batientes se abrían, llegaban directamente a la cocina; la señora Harris le contaba indignada cualquier cosa de la que no se hubiera enterado.

El señor Claiborne era vocinglero y desinhibido en todo lo que le incumbía de un modo u otro. Por ejemplo, una noche en que la señora Butterfield había preparado un suflé de queso verdaderamente delicioso, lo rechazó sin más después de olerlo, gritando:

—¡Puaj! ¡Qué peste! Hay que ver lo que echo de menos la cocina del sur de toda la vida, la de verdad, panceta de cerdo con hojas de rábano en su salsa, o un buen pollo frito con bolas de pan de maíz. Así come un hombre, leche. Estas cosas extranjeras yo no me las echo al buche. Esperaré a que saquen la carne y las patatas.

En otra cena soltó un discurso entero con todos sus prejuicios:

—Estoy más que harto de los negros, de quienes los defienden y de los extranjeros. Si por mí fuera, metería a todos los negros en un barco para que volvieran a su país, y no dejaría entrar a más extranjeros. Así tendríamos un país como Dios manda, vaya que sí.

El pobre señor Schreiber se puso rojísimo al oír estos comentarios; algunos de sus invitados parecían a punto de explotar. Pero a todos les habían informado de que si se molestaba al señor Claiborne, este podía interrumpir de pronto las negociaciones del contrato, y llevarse su tremenda popularidad y su tirón en taquilla a otra parte.

La señora Harris le hizo partícipe su opinión del cantante a la señora Butterfield con un contundente lenguaje de Battersea, y acabó añadiendo en un tono más suave:

—Me ha clavado la mirada cuando decía lo de los extranjeros. No sabes cuánto me ha costado morderme la lengua.

Cuando el señor Schreiber se quejó al agente de Claiborne y le preguntó si no podía influir para que se civilizara un poco, por lo menos en su aspecto personal, su vocabulario y sus modales en la mesa, el señor Hyman contestó:

—¿Qué quiere que le diga? Es un hombre de campo. Por eso es el ídolo de millones de jóvenes

de este país. Se parece a ellos. Si se le adecenta y se le viste de gala, pierde la gracia. A usted lo va a hacer rico, así que ¿qué más le da?

XV



Finalmente llegó el día en que la señora Harris, después de que el marqués le notificara que Henry ya no podía contagiar la enfermedad, que de hecho volvía a gozar de todo el esplendor de la salud juvenil, se subió al Congressional Limited en la estación de Pennsylvania y se trasladó en ese tren a Washington. Allí, en primer lugar, con su energía e iniciativa habituales, pidió a un taxista que le diera un rápido paseo antes de dejarla en la embajada francesa.

Después de un recorrido que incluyó el Capitolio, el monumento a Washington y la estatua de Lincoln, el edificio del Pentágono y la Casa Blanca, el conductor, que había servido en la Marina durante la guerra y que había frecuentado las aguas y los puertos británicos, se dio la vuelta y preguntó:

–Bueno, guapa, ¿qué le parecen? No son el palacio de Buckingham ni la abadía de Westminster, pero son nuestros.

–Desde luego, tesoro, no lo pueden tener ustedes todo –contestó ella–. Pero son todavía más bonitos que en las fotos.

En la embajada la recibió el marqués de Chassagne con la mayor cordialidad, en parte por el verdadero cariño que le inspiraba, pero también por el alivio que le causaba que lo que se podía haber convertido en un asunto peliagudo ya hubiera terminado, al menos en lo que a él le afectaba.

Un Henry Brown totalmente renovado abrazó a la señora Harris; renovado porque, como suele suceder a todos los niños que pasan una temporada en cama por la varicela, había crecido un par de centímetros, y gracias a una alimentación adecuada y a la ausencia de malos tratos también había engordado. Los ojos y el rostro grande seguían transmitiendo sabiduría y perspicacia, pero en ellos ya no se apreciaba tristeza. También había aprendido modales gracias a la imitación; en la comida con la que el marqués agasajó a la señora Harris consiguió no engullir los alimentos, no comer con el cuchillo y no cometer otras faltas sociales.

A la señora Harris, gran defensora de la etiqueta y del dedo meñique estirado con elegancia, no se le escaparon estas mejoras y comentó:

–Desde luego, cielo, tu padre estará orgulloso de ti.

–Ah –intervino el marqués–, ahí quería yo llegar. ¿Lo ha encontrado ya?

La señora Harris tuvo el decoro de sonrojarse.

–Huy, pues no –contestó–, y ni se imagina usted la vergüenza que me da, después de haberme jactado con la señora Butterfield de que lo iba a encontrar en un santiamén si venía a Estados Unidos. ¡Qué bocazas soy! Pero lo encontraré. –Miró al niño y le prometió–: No te preocupes, Henry, encontraré a tu padre como me llamo Ada Harris.

El chiquillo aceptó este compromiso sin que se observara ninguna alteración especial en su gesto y sin que se modificara su silencio. En ese momento, la verdad sea dicha, no le preocupaba particularmente que la señora encontrara a su padre o no. Nunca había vivido una vida mejor, y no era de los que tienden a pedir demasiado.

El marqués los acompañó a la puerta de la embajada, donde aguardaba el Rolls-Royce, con el

adorno de capó y el cromado lustrosos; el apuesto e impoluto Bayswater estaba al volante.

–Tío Hypolite, ¿puedo ir delante?

–Si Bayswater te deja, sí.

El chófer hizo un gesto de cortés consentimiento.

–Los dos, ¡la tía Ada también!

Para su sorpresa, el conductor acabó dando su consentimiento por segunda vez. Era la primera ocasión en que alguien que no fuera un lacayo ocupaba a su lado el asiento delantero de un Rolls.

–Adiós, tío Hypolite –dijo el niño, acercándose y abrazando al marqués por el cuello–, ha sido usted buena gente conmigo.

El aristócrata le acarició el hombro y contestó:

–Adiós, sobrinito y nietecito. Buena suerte, y pórtate bien. –A la señora Harris le dijo–: Adiós, madame, y que también tenga usted buena suerte; cuando encuentre al padre, espero que sea un buen hombre y que lo quiera.

Desde la acera observó cómo se marchaban hasta que doblaron la esquina; entonces volvió a entrar en la embajada. Ya no se sentía aliviado, solo un poco solo y algo más viejo.

Así pues, mientras avanzaban por la autopista nacional y se alejaban de Washington en el elegante Rolls-Royce del marqués, Bayswater, Henry, que con el traje y los zapatos nuevos que le había comprado Chassagne parecía más que nunca un pequeño lord sacado de las páginas de las revistas *Tatler* o *Queen*, y la señora Harris fueron juntos en el compartimento delantero del chófer, charlando y compartiendo impresiones.

A la señora Harris le pareció que nunca había visto a nadie tan elegante ni tan atractivo como el señor Bayswater, con su uniforme de sarga gris y la gorra del mismo color, con el emblema del marqués encima de la visera. Al señor Bayswater le causó cierta sorpresa darse cuenta del placer que le procuraba la compañía de Ada. Normalmente, en un viaje así lo único que habría oído hubiera sido el zumbido leve, casi inaudible, del Rolls-Royce, el rumor de los neumáticos y el silencio exquisito de los pernos de la carrocería y de los amortiguadores. Pero ahora atendía de vez en cuando a las preguntas y a la charla de la señora Harris, que estaba a sus anchas en el confortable asiento de piel y que no paraba de darle a la sin hueso.

Incluso se dignó hablar con ella, algo que no se le había visto hacer al volante desde 1937, cuando se vio obligado a decirle en tono áspero al lacayo de lord Boothey, que iba a su lado, que dirigiera la vista al frente en vez de mirar el paisaje.

–En Wisconsin he pasado por Madison, una ciudad de amplias avenidas y casas bonitas, pero nunca he visitado Kenosha. ¿Cuál le parece que es el elemento más atractivo de esa localidad?

–Una cosa que tenían en el café del hotel, unas tortitas de avena del norte de ese condado, con salchichitas de cerdo y auténtico sirope de arce. ¡Qué barbaridad! No he comido nada tan bueno en mi vida. Me puse cuatro raciones y todo. Después vomité. Pero mereció la pena, vaya si la mereció.

–La moderación es la clave de la salud –dijo el conductor con cierto tono sentencioso.

–Déjate de tonterías, John –replicó ella, tuteándolo por primera vez–. ¿Nunca has probado una tortita del condado de Kenosha?

Tras recobrase de la conmoción inicial al oír que un ser humano de sexo femenino pronunciaba

su nombre, el señor Bayswater, con una especie de sonrisa fría y algo inexpresiva, contestó:

–Bueno, puede que no, Ada. Pero te voy a proponer una cosa, ya que cuidas tanto tu estómago; hay un restaurante Howard Johnson a unos diez kilómetros de aquí, donde haremos una parada para comer algo. ¿Has probado la sopa de almejas de Nueva Inglaterra? No volverás a vomitar, te lo garantizo. Es la mejor del mundo. Y para el nene hay helado. En Howard Johnson tienen treinta y siete variedades.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó la señora Harris!–. ¡Treinta y siete variedades! No hay en el mundo tantos sabores con los que hacer helado. ¿Qué te parece, Henry?

El niño alzó la vista y miró al señor Bayswater con gran confianza y convicción.

–Pues si él lo dice... –respondió.

Detuvieron el vehículo delante del restaurante, rojo y blanco, a un lado de la autopista. Varios cientos de coches más formaban filas con el morro en la misma dirección, como cerdos en un comedero; ocuparon una mesa y degustaron pantagruélicas muestras de la gastronomía de carretera estadounidense.

Aunque esta vez no fue la señora Harris quien vomitó, sino el niño. Ya había logrado pasar por nueve de los famosos sabores de Howard Johnson cuando el décimo (regaliz y arándano) pudo con él. Pero después de que lo limpiaran quedó como nuevo; volvieron a apretujarse en el Rolls-Royce y prosiguieron alegremente rumbo al norte, a la gran metrópolis del Hudson.

En el último tramo el señor Bayswater deleitó a la señora Harris con anécdotas de la popularidad del niño en el ámbito diplomático, antes de que la varicela lo dejara fuera de combate y frenase sus actividades, entre ellas correr más rápido, y saltar más alto y más lejos, que los vástagos de los embajadores de España, Suecia, Indonesia, Ghana, Finlandia y los Países Bajos.

–Huy, qué barbaridad –dijo la señora Harris. Entonces, dirigiéndole un guiño por encima de la cabeza del niño, añadió–: Pero ¿cómo es posible que no tuvieran ni repajolera idea de que Henry no era... ya me entiendes?

–Pero ¿cómo iban a enterarse? –contestó el conductor–. Ellos no es que hablen un inglés muy correcto. Un líder, eso es lo que va a ser este niño.

En este momento, el pequeño Henry rompió uno de sus prolongados silencios:

–Lo que más me gustó fue la fiesta de Pascua del jardín ese –le confesó a la señora Harris–. Teníamos que buscar unos huevos que estaban *escondidos*, y hacer una carrera llevándolos en una cuchara. El tío Ike me dijo que yo había sido el mejor de todos y que llegaré a ser un campeón.

–¡Mira qué bien! –exclamó Ada–. Me alegro. ¿Quién has dicho que te aseguró eso, el tío Ike? ¿Ese quién es?

–Y yo qué sé –respondió el niño–. Un tío así como calvo, pero era majo. Enseguida se dio cuenta de que yo soy de Londres.

–Se refiere al presidente de Estados Unidos³ y a la fiesta de Pascua que se organiza todos los años para los hijos de los miembros del cuerpo diplomático, en el jardín de la Casa Blanca –explicó el señor Bayswater con un leve deje de suficiencia–. El señor Eisenhower dirigió la ceremonia personalmente. Si hasta yo estuve cerca del menda ese –añadió, de nuevo con escasa corrección–. Nos dijimos unas palabras.

—Desde luego, ¡hay que ver! ¡Los dos codeándose con presidentes! Yo una vez estuve tan cerca de la reina que casi habría podido tocarla, mientras hacía las compras navideñas en Harrods.

El Rolls avanzaba zumbando (casi parecía que flotaba) por la tracería de acero y hormigón de la gran autopista elevada que atraviesa los pantanos de Jersey. A lo lejos, bajo el sol primaveral de última hora de la tarde, lanzaban destellos los torreones de Manhattan. El sol también se reflejaba en la delgada torre que corona el Empire State, centelleaba en la plateada punta de acero del edificio Chrysler, más al norte de la ciudad, y a veces llegaba a iluminar todas las ventanas de los muros bruñidos del edificio RCA y de otros del centro de Nueva York: al final se habría dicho que realmente estaban en llamas.

La señora Harris se regaló la vista con el lejano espectáculo antes de que se sumieran en las cuevas del túnel Lincoln; entonces musitó:

—Vaya, y ¡yo que creía que la torre Eiffel era algo extraordinario!

Y pensaba: «¿Quién me iba a decir que Ada Harris, del número 5 de Willis Gardens, Battersea, iba a ir en un Rolls-Royce al lado de un señor tan bueno y elegante, un caballero de los pies a la cabeza, el señor John Bayswater, viendo con sus propios ojos la ciudad de Nueva York?». El menudo y canoso chófer, por su parte, se decía: «¿Quién me iba a decir que el señor John Bayswater, de Bayswater, iba a estar pendiente de la expresión de felicidad y alegría de una mujercita de la limpieza de Londres ante uno de los espectáculos más hermosos y magníficos del mundo, en vez de prestar únicamente atención a la carretera atascada y a las voces de su vehículo?».

Por precaución, Ada le pidió al chófer que los dejase en la esquina de Madison Avenue; mientras se despedían y ella le agradecía el viaje y la comida, el señor Bayswater se sorprendió al oírse decir:

—Imagino que no te volveré a ver. —Entonces añadió—: Buena suerte con el chaval. Espero que encuentre a su padre. Estaría bien que nos lo contases; al marqués le interesará.

—Si vuelves por aquí —dijo alegremente ella—, llámanos: Sacramento 9-9900. Podríamos ir a ver una película en el Music Hall. Es mi sitio preferido. La señora Butterfield y yo vamos todos los jueves.

—Si pasas por Washington, visítanos. Al marqués le alegrará verte.

—Estupendísimo.

Ada y el niño, desde la acera, observaron cómo el chófer se incorporaba al intenso tráfico. En el Rolls, el hombre los miró por el retrovisor hasta que le faltó un pelo para rozar el guardabarros de un taxi amarillo, y el intercambio de lindezas con el conductor de este vehículo, que lo llamó «inglesito» y otras cosas, lo devolvió la realidad y al mundo de los Rolls-Royces.

La señora Harris entró enseguida en un *drugstore* y llamó por teléfono a la señora Butterfield para informarla de su llegada y para cerciorarse de que el terreno estaba despejado.

XVI



Meter al pequeño Henry Brown en los cuartos de las asistentas del ático de los Schreiber en el 650 de Park Avenue no presentó la menor dificultad. La señora Harris se limitó a llevarlo por la puerta de servicio de la calle 69, lo subió por el montacargas y lo hizo pasar por la puerta de atrás del enorme piso.

Su presencia en el interior del ático tampoco ofrecía dificultades insuperables, al estar tan habituado el niño a no llamar la atención. Los Schreiber nunca entraban en la zona del servicio; apenas pasaban por la puerta trasera. Había abundante comida en los frigoríficos y las heladeras, en la que un niño no podía crear una disminución apreciable, y, como era un chiquillo poco locuaz, podría haber seguido pasando desapercibido en la casa de no haber sido por el desgraciado efecto que su presencia tuvo en los nervios de la señora Butterfield.

Muy acostumbrada ya a las características de los supermercados y de los repartidores estadounidenses, habiendo vencido el miedo a lo gigantesco de la ciudad y encantada con los dólares que estaba ganando, Violet bajó la guardia y comenzó a tener una falsa sensación de seguridad gracias a la prolongada ausencia de Henry cuando el niño vivía entre diplomáticos en Washington. Ahora, su regreso y su presencia física pusieron fin a todo eso. Todos sus miedos, sus temblores nerviosos, sus preocupaciones, las profecías de desgracias y catástrofes reaparecieron multiplicados por dos, porque no parecía posible que hubiera una solución, un final feliz, ni en realidad ningún final que no fuese un desastre después de todo el embrollo.

Tras el regreso de la señora Harris de Kenosha (Wisconsin), con la mala noticia de que aquel Brown no era el padre del chico, y su posterior estancamiento en la búsqueda, la señora Butterfield imaginaba que estaban abocadas a una ejecución, una mazmorra o una larguísima pena de cárcel. Habían secuestrado a un niño a plena luz del día en las calles de Londres, lo habían metido de polizón en un transatlántico sin pagar su pasaje ni su manutención; lo habían introducido de forma ilegal en los Estados Unidos de América (obviamente, delito castigado con la pena de muerte, a tenor de las precauciones que se adoptaban para que esto no ocurriera), y ahora estaban agravando sus fechorías anteriores al ocultarlo en casa de sus patronos. Todo aquello solo podía desembocar en un cataclismo.

Desgraciadamente, los efectos de la tensión empezaron a apreciarse en sus platos.

Confundía la sal y el azúcar con frecuencia; el sirope y el vinagre se mezclaban misteriosamente; los suflés no subían o se agrietaban; las salsas se cortaban; y los asados se quemaban. Perdió del todo la noción del tiempo y ya no podía preparar un huevo en cuatro minutos que no estuviera crudo o duro como una piedra. El café le empezó a salir aguado; las tostadas se le quemaban; ni siquiera era ya capaz de hacer una buena taza de té británico.

Los banquetes de gala que tenía que preparar para solaz de los célebres empleados del señor Schreiber se habían vuelto indescriptibles; las personas a las que antes entusiasmaba recibir una invitación para una de esas veladas empezaron a inventarse todo tipo de excusas para no presenciar los horrores que salían de la cocina de la señora Butterfield.

Tampoco les procuraba ninguna satisfacción a Henrietta, ni a la señora Harris, ni a la cocinera que el único que ahora pareciera contento fuera Kentucky Claiborne, quien, cuando llegó a la mesa un asado especialmente chamuscado al que acompañaba una salsa demasiado espesa y con una cantidad espantosa de sal, se abalanzó sobre él y aseguró:

—Mira, Henrietta, así sí que sí. Imagino que habrás despedido al vejstorio ese que tenías en la cocina y habrás contratado a una cocinera cien por cien americana. Vuélveme a pasar la salsa.

Como es lógico, todo esto no sucedió a la vez; el deterioro fue más gradual de lo que se ha narrado, pero se produjo una aceleración repentina cuando la señora Butterfield, que también estaba al tanto de sus pecados de omisión y comisión, se puso aún más nerviosa y alterada, y, evidentemente, a partir de ahí las cosas empeoraron con rapidez. Hasta tal punto que el señor Schreiber se sintió impelido a preguntarle a su mujer:

—Oye, Henrietta, ¿qué les pasa a esas dos que te has traído de Londres? Llevamos dos semanas sin probar una comida decente. ¿Cómo voy a seguir invitando a la gente a cenar en casa?

—Pero si todo iba muy bien al principio —contestó ella—. Daba la impresión de que la cocinera era estupenda.

—Pues ahora no lo es. Y, si yo fuera tú, la echaría antes de que envenene a alguien.

La señora Schreiber trató la cuestión con Ada y, por primera vez, vio que la menuda asistenta, con quien estaba encariñada de veras, no se mostraba del todo dispuesta a cooperar. Cuando le preguntó: «Dígame, señora Harris, ¿le pasa algo a la señora Butterfield?», solo recibió una mirada de suspicacia y la siguiente respuesta:

—Quién, ¿Violet? Qué va, es de las mejores.

Presa de un terrible dilema, estaba dividida entre el afecto y la lealtad a su bondadosa patrona y el amor y la lealtad aún mayor a su amiga de toda la vida, que sabía que estaba haciendo estrepitosamente mal su trabajo, y también por qué. ¿Qué podía hacer, además de lo que ya había estado haciendo, suplicar a Violet que se tranquilizase y recibir por ello solo un aluvión de reproches por el lío en el que estaban metidas y vaticinios de castigos inminentes? A ella no se le habían escapado el deterioro que había sufrido el arte de la señora Butterfield ni el descontento en la mesa, y ahora se había percatado de un nuevo peligro que las amenazaba: que el señor Schreiber ordenase que volvieran a Londres. Si esto sucedía antes de que encontraran al padre de Henry, entonces sí que habrían montado una buena, porque sabía muy bien que no podría sacarlo del país de forma clandestina, como había hecho al entrar. Una treta de esta índole funcionaba una vez, pero no dos.

También sabía que se había equivocado al no contárselo todo a la señora Schreiber enseguida, y eso la alteraba tanto que hizo lo que no debía. Además de contestar a Henrietta con palabras escuetas y poco convincentes, salió a dar un paseo por Park Avenue para tratar de analizar la situación y lograr que esta no empeorara aún más.

Por eso no estaba en el ático cuando, por primera vez, la señora Schreiber irrumpió en el laberinto de los cuartos del servicio para tener una conversación franca con Violet, y, si era posible, descubrir las causas psicológicas de sus tropiezos; entonces descubrió al pequeño Henry en el salón de las asistentas, callado y comiéndose muy contento la merienda.

La leve sorpresa se convirtió en una auténtica conmoción cuando se dio cuenta de que era el

niño que aparecía en todas las fotografías que había visto en los periódicos, y exclamó:

—¡Por amor de Dios, si es el duque! Bueno, ¡el marqués! Bueno, el nieto del embajador francés. ¿Se puede saber qué hace aquí?

Aunque la señora Butterfield llevaba mucho tiempo esperando la caída de este rayo fulminante, su reacción fue la que cabría esperar: se puso de rodillas, con las manos entrelazadas, y gritó:

—¡Por Dios, señora, no nos meta en la cárcel! Solo soy una pobre viuda a la que le quedan pocos años de vida.

Sus sollozos y sus llantos llegaron a ser tan fuertes e incontrolables que se oyeron en la parte principal del piso, por lo que el señor Schreiber se presentó enseguida.

Hasta el pequeño Henry perdió por primera vez parte de su habitual aplomo al ver cómo a una de sus protectoras hecha un flan, le daba un ataque de histeria, y empezó a soltar también alaridos de terror.

Esta fue la estampa con la que se encontró la señora Harris al volver de su paseíto. Se quedó unos instantes en la puerta contemplando la escena.

—Ay, madre —dijo—, ahora sí que se ha liado gorda.

El señor Schreiber tampoco salía de su asombro al descubrir en un estado rayano en la histeria a su cocinera del East End y, además, a un niño cuya imagen había ornado no mucho antes las primeras planas de la prensa de la ciudad, en las que se decía que era hijo de un lord y nieto del embajador de Francia en Estados Unidos.

Por algún motivo, quizá por ser el único personaje del drama que parecía todo calma y sosiego, intuyó que la señora Harris podía estar detrás de todo aquello. Lo cierto era que, a estas alturas, en plena escena y consciente de todo lo que implicaba, a ella le estaba costando reprimir la risa. En su mirada brillaban un travieso regocijo y cierta alegría interior, porque era de esas personas que nunca se lamentan por lo que ya es irreparable sino que, al contrario, más bien se divierten si la cosa tiene alguna gracia. Siempre había sabido que al final las pillarían, y ahora que había sucedido no tenía la menor intención de dejarse llevar por el pánico.

—Señora Harris, ¿podría por favor explicarnos esto? —le pidió Henrietta—. Parece que es usted la única de aquí que sigue en sus cabales. ¿Qué diablos hace en este sitio el nieto del embajador de Francia? Y ¿por qué está tan afectada la señora Butterfield?

—Bueno, el caso —contestó Ada— es que no es nieto del marqués. Eso es lo que ha afectado a los platos de Violet. La pobre ha acabado desquiciada. —Entonces se dirigió al niño y a su amiga y les dijo—: Vamos, Henry, deja de llorar. Y tú, Vi, serénate.

Al recibir esta exhortación, los dos dejaron enseguida de sollozar. El niño siguió comiendo; la señora Butterfield se puso en pie y se enjugó los ojos con el delantal.

—Hala, ya está —dijo Ada—. Mucho mejor. Ahora tendré que explicarlo. Este chiquillo es Henry Brown. Es huerfano, más o menos. Nos lo hemos traído de Londres para ayudarlo a encontrar a su padre.

Ahora fue el señor Schreiber quien se quedó estupefacto.

—Pero bueno, si es el mismo chico que salió en el periódico, donde se afirmaba que era nieto del marqués.

—Yo en su momento ya comenté que me parecía un niño monísimo —intervino la señora

Schreiber.

–Eso es porque el marqués nos hizo el favor de pasar el control de inmigración con él –explicó Ada–. Si no, no le habrían dejado entrar. El hombre tenía que decir algo, así que se inventó eso. Es un viejo amigo mío; el chaval ha pasado la varicela con él.

Los ojos del señor Schreiber, algo saltones ya de por sí, amenazaban con salirse de las órbitas cuando dijo:

–¿Que el marqués lo introdujo ilegalmente en el país por ustedes? ¿Quiere decir que...?

–Mejor será que se lo cuente bien –dijo la señora Harris.

Entonces, sin nuevas interrupciones, contó la historia del pequeño Henry, del padre perdido que era soldado, de los Gusset y de todo lo que había pasado, incluida la fallida visita a Kenosha (Wisconsin).

–Como es lógico, por eso la pobre Vi se puso tan nerviosa y empezó a cocinar fatal. Nadie cocina mejor que ella cuando nada la turba.

De pronto, el señor Schreiber se sentó y se puso a soltar tales carcajadas que le cayeron lágrimas por las mejillas, mientras Henrietta se acercaba al niño, lo abrazaba y decía:

–Pobre criatura. Qué valiente eres. Has tenido que pasar mucho miedo.

En uno de sus infrecuentes momentos de locuacidad y calidez, debido a los mimos de la señora Schreiber, el pequeño soltó:

–¿Quién? ¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

El señor se recobró lo suficiente para decir:

–¡Es lo más insólito que he oído en mi vida! Al embajador francés le endosan un niño y tiene que decir que es su nieto. Saben ustedes que esto las podría haber metido en un buen lío, ¿verdad? Lo cual aún puede suceder si descubren al chico.

–Por eso llevo noches sin dormir, pensándolo –confesó la señora Harris–. Todo habría salido a pedir de boca si el señor Brown de Kenosha hubiera sido su padre; el padre tiene derecho a tener a su hijo en su país, ¿no? Pero no lo era.

–Ya, y ¿qué piensa hacer ahora? –preguntó la señora Schreiber.

La señora Harris la miró apenada y no contestó, por la sencilla razón de que no lo sabía.

–¿Por qué no puede quedarse con nosotros hasta que la señora Harris localice al padre? –preguntó Henrietta mientras daba otro abrazo al niño, que se lo devolvió: un repentino acceso de afecto espontáneo que la conmovió–. Nadie tiene por qué enterarse. Es un niño precioso.

La señora Butterfield se acercó a la señora Schreiber mientras retorció una esquina del delantal.

–Ay, señora, si lo hiciera –le aseguró–, cocinaría para usted con todo mi ahínco.

El señor Schreiber, cuyo rostro había ido expresando dudas considerables sobre la sensatez de tal decisión, se animó visiblemente cuando se le ocurrió al menos una solución para lo que se había convertido en un problema, y le dijo a Henry:

–Ven, chaval.

El niño se levantó, se puso delante de la silla del señor Schreiber y lo miró imperturbable a los ojos.

–¿Cuántos años tienes, chico?

–Ocho, señor.

—¿Señor! Esto empieza bien. ¿Eso dónde lo has aprendido?

—Me lo ha enseñado la tía Ada.

—¿Sabes aprender cosas? Estupendo. ¿Te alegra que la señora Harris te haya sacado de Londres? Dirigiendo sus ojos enormes a la señora Schreiber, Henry, con un sentido suspiro, contestó:

—Un montón.

—¿Te gustaría vivir en Estados Unidos?

En esta ocasión, el chico también dio la mejor respuesta:

—Toma, pues claro. Y ¿a quién no?

—¿Crees que podrías aprender a jugar al béisbol?

Por lo visto, el niño ya había estado practicando en Washington.

—Bah —contestó con displicencia—, si cualquiera que sepa jugar al críquet puede darle a una pelota de béisbol. Una vez hice seis carreras sin que la bola hubiera rebotado, aunque creo que aquí eso lo llaman *home run*.

—Vaya —añadió el señor Schreiber, ahora interesado de veras—, qué maravilla. A lo mejor podemos convertirlo en jugador de béisbol.

Había tardado un poco más, pero el señor Schreiber volvía a utilizar esa maravillosa primera persona del plural; se había incorporado al proyecto. Le preguntó a Henry:

—Y a tu padre, imagino que tendrás muchísimas ganas de conocerlo, ¿no?

El niño no contestó, sino que guardó silencio mirando a su interlocutor con esos ojos que hasta hacía muy poco tiempo solo habían conocido la tristeza y la infelicidad. Como nunca había tenido un padre de verdad, no podía hacerse una auténtica idea de cómo podía ser; solo sabía que, si se parecía en algo al señor Gusset, mejor que no. Aun así, todo el mundo estaba tan pesado y se empeñaba tanto con lo de encontrar a ese padre que le pareció oportuno no ser maleducado, por lo que, en vez de responder, declaró al fin:

—Usted es majo, buen hombre, me cae bien.

El rostro redondeado del señor Schreiber se sonrojó de placer y acarició el hombro del niño; dijo:

—Bueno, bueno, habrá que ver lo que podemos hacer. Mientras tanto, te puedes quedar aquí con la señora Harris y la señora Butterfield. —Miró a Ada y añadió—: ¿Cuánto ha avanzado usted en la búsqueda del padre?

La señora Harris le contó que, de la forma más insensata, el señor Brown de Kenosha (Wisconsin) había sido su única opción, y que ahora que se había quedado sin ella no tenía ni la menor idea de cómo continuar. Le enseñó la carta oficial de las Fuerzas Aéreas en la que le pedían que explicase a qué George Brown se refería de los cuatrocientos cincuenta y tres que en un momento u otro habían formado parte de ellas, y también que les remitiera su lugar y fecha de nacimiento, número de identificación, fecha de alistamiento, fecha de licenciamiento, lugares en los que había estado destinado fuera y dentro del país, etcétera.

El señor Schreiber observó aquel imponente documento y afirmó con desdén:

—Buf, esta gente sería incapaz de encontrar a una persona aunque la tuviera delante de las narices. Ya me encargo yo, que tengo una organización de verdad, con sucursales de distribución en todas las ciudades importantes de Estados Unidos. Si nosotros no somos capaces de

encontrarlo, es que nadie puede. ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Tiene algún datillo más de él, no sé, dónde estuvo destinado o cuántos años tenía cuando se casó, o cualquier otra cosa que nos pueda ayudar?

La señora Harris tuvo que reconocer azorada que lo único que sabía era que se llamaba George Brown, que había sido piloto estadounidense destinado en una base aérea norteamericana en Inglaterra en algún momento de 1951, que se había casado con Pansy Cott, una camarera, con quien había tenido al pequeño Henry; que esta mujer se había negado a acompañarlo a Estados Unidos, que se había divorciado de él, se había vuelto a casar y había desaparecido. Al ir revelando la parquedad de estos detalles, se iba percatando y avergonzando aún más de cómo se había dejado llevar por el entusiasmo desde el principio.

—Hay que ver lo tonta que he sido, ¿no? —dijo—. No, lo que he sido es mala. Si yo fuera usted, nos echaría con cajas destempladas y me olvidaría del asunto.

—Yo creo que lo que ha hecho es una auténtica proeza —protestó la señora Schreiber—. ¿No te parece, Joel? Nadie habría hecho algo así.

Su marido hizo un pequeño ademán de cabeza y hombros que expresaba un «si tú lo dices» dubitativo pero no hostil.

—La verdad es que no es mucho para empezar. Pero, si en algún sitio pueden encontrar a este tipo, es en nuestra organización. —Añadió, dirigiéndose al niño—: Bueno, chaval. Mañana es domingo. Compraremos una gorra de béisbol, un guante e iremos a Central Park y veremos si me haces un *home run*. De pequeño yo era un lanzador muy bueno.

XVII



Poco antes de una de las cenas de negocios de la señora Schreiber, Kentucky Claiborne acabó de afianzar sólidamente la aversión que había acabado por inspirarle a la señora Harris, convirtiéndola en eterna e implacable.

El cantante se presentó, como siempre, desastrado y desaseado, con unos vaqueros azules, unas botas camperas y una chaqueta de cuero fragante en exceso, aunque en esta ocasión una hora antes de lo convenido, por dos motivos: uno, que le gustaba cogerse pronto la cogorza, antes de que empezaran a servir las copas con menor frecuencia, de una en una; otro, que quería afinar la guitarra con el piano de los Schreiber, porque el anfitrión iba a recibir a ciertos distribuidores importantes y a presidentes de cadenas de televisión, y le había convencido para que cantara después de la cena.

Claiborne solía beber *bourbon* con agua, con una dosis muy pequeña de lo último. Después de cuatro vasos llenos a rebosar de este combinado, donde más de la mitad era alcohol, afinó el instrumento, tocó media docena de acordes y se puso a entonar una balada de amor y muerte protagonizada por las familias rivales de los Hatfield y los McCoy. Cuando estaba en ello, al alzar la vista se dio cuenta de que lo miraba de hito en hito un niño levemente cabezón y con unos ojos enormes, atentos e inteligentes.

Hizo una pausa en mitad de una masacre de un montón de miembros de los Hatfield perpetrada por los McCoy y sus rifles y le espetó:

—Lárgate, renacuajo.

El pequeño Henry, más sorprendido que dolido, preguntó:

—¿Por qué? ¿No me puedo quedar a escuchar?

—Porque he dicho que te largues, renacuajo; por eso. —Entonces notó que algo le sonaba familiar y preguntó—: Oye, ¿no tienes acento de inglesito? ¿Eres de Inglaterra?

El chico estaba orgulloso de su procedencia; clavó la mirada en Claiborne y replicó:

—Y tanto que lo soy. Qué pasa, ¿le molesta?

—¿Que si me molesta? —dijo Kentucky, en un tono en que el niño tendría que haber reconocido una cordialidad peligrosa—. Pues mira: si hay algo que odio aún más que el acento de los malditos negros, es el de los condenados ingleses. Y, si hay algo que deteste más que a los negros, es a los ingleses. Ya te he dicho que te largues, enano.

Entonces se agachó y le dio un fuerte bofetón en la sien al niño, que salió despedido. Casi como si fuera un acto reflejo, el pequeño empezó a gemir como en casa de los Gusset, e instintivamente, para tapar el ruido, Kentucky se puso a interpretar la siguiente estrofa, en la que los vengativos Hatfield mataban ahora a los McCoy.

En la despensa, donde ayudaba a preparar los canapés, la señora Harris no podía dar crédito a lo que oía; por unos instantes le pareció que volvía a estar en su piso del número 5 de Willis Gardens, en Battersea, escuchando la radio y tomando el té con la señora Butterfield, porque los maullidos de Kentucky Claiborne le daban dolor de cabeza; y también había oído un golpe, el

llanto de un niño maltratado y, a continuación, música en un volumen *forte crescendo*. Entonces reparó en dónde estaba de veras y de lo que debía haber pasado, aunque se le antojaba increíble; salió hecha un basilisco de la despensa y entró en la sala de música, donde se encontró a Henry llorando con un lado de la cara rojísimo por culpa del golpe, y a un risueño Kentucky Claiborne tocando la guitarra.

Dejó de tocar cuando vio a Ada y dijo:

–Ya le dije al renacuajo que se largase, pero ha sido como hablarle a la pared, así que no me ha quedado otra que pegarle un mamporro. Lléveselo; estoy ensayando.

–¡Maldito sea! –exclamó la señora Harris, furibunda. Entonces añadió, de forma muy expresiva –: Pedazo de bestia, anda que pegar a un niño indefenso... Si lo vuelve a tocar, le saco los ojos.

Kentucky esbozó su sonrisa tranquila y peligrosa, cogió el mástil de la guitarra con las dos manos y dijo:

–Vaya, vaya. Parece que esta casa está llena de ingleses de mierda. Le acabo de decir a este niño que, si hay algo que odio más que a un negro, es a un inglés. Lléveselo antes de que le estampe a usted la guitarra en la cabeza.

La señora Harris no era cobarde, pero tampoco tonta. En su variopinta vida londinense se había topado con muchos borrachos, granujas y malos actores, y reconocía a un hombre peligroso al verlo. Por eso recurrió al sentido común, cogió al niño y se marchó.

Ya en la seguridad de la zona del servicio, lo tranquilizó, le lavó la cara con agua fría y le dijo:

–Venga, ya está, cielo, olvídate de ese salvaje. Ada Harris nunca olvida. Igual tardamos una semana, un mes, un año, pero esto se lo haremos pagar. ¡Anda que pegarle por ser inglés a un niño que no puede defenderse!

Si la señora Harris hubiera llevado la cuenta de sus venganzas, se habría visto que ninguna de ellas había dejado de llevarse a cabo dentro del plazo que había previsto. Kentucky Claiborne había entrado en la lista negra, porque, a juicio de la señora Harris, su delito era imperdonable, e iba a sufrir un castigo por él, de algún modo, en algún momento. El hombre no tenía escapatoria.

XVIII



Hasta entonces, debido al asunto que la ocupaba, a las preocupaciones que le habían causado Henry y el marqués y a las exigencias de sus obligaciones, es decir, ayudar a la señora Schreiber a ordenar la casa y a que esta funcionase correctamente, lo único que la señora Harris había visto de Nueva York, aparte de aquellas dos excitantes ocasiones, se había limitado al ancho valle que formaba Park Avenue entre los altísimos edificios de apartamentos y el tráfico incesante que circulaba en función de lo que indicaban el rojo y el verde de los semáforos, día y noche. Aparte de las tiendas de Lexington Avenue a una manzana de distancia en dirección al este, y una visita al Radio City Music Hall con la señora Butterfield, no había tenido otro contacto con Manhattan.

Como estaba atareada e inquieta, y todo tan cambiado y tan distinto a lo que estaba acostumbrada, todavía no le había dado tiempo de sentirse abrumada. Sin embargo, ahora todo iba a cambiar. Los Georges Brown iban a darle a conocer la increíble metrópolis y la babilonia que constituye el Gran Nueva York.

Todo ocurrió gracias a un período de paz relativa, con el niño ya integrado en los cuartos del servicio del ático y mientras en la extensa red de sucursales de la North American indagaban en el pasado de los Georges Brown de su entorno en busca del padre perdido.

Aunque el chico dormía en la habitación de la señora Harris y comía con ella y con la señora Butterfield, solía deambular mucho más por el piso de los Schreiber. Le dejaban hurgar en la biblioteca, y empezó a leer vorazmente. Muchas veces, la señora Schreiber se lo llevaba de compras o a una sesión de tarde en el cine; también se convirtió en un invariable ritual de los domingos que el señor Schreiber se lo llevase al Sheep Meadow de Central Park con una pelota, un bate y un guante; allí el chico, que tenía vista de águila y una coordinación espléndida, hacía lanzamientos arteros hacia todas las esquinas de la cancha para que su anfitrión corriese de un lado a otro. Esto era magnífico para la salud del señor Schreiber, y también muy bueno para su ánimo. Después a veces daban de comer a los monos del zoo o paseaban por la Ramble del parque, o alquilaban una barca y remaban un rato en el lago. El hombre y el niño no tardaron en forjar una intensa amistad.

Libre, pues, del cuidado del pequeño, y con más tiempo disponible porque ahora ejercía más de asesora de los empleados a los que con el mayor esmero había ayudado a elegir a la señora Schreiber, la señora Harris advirtió de pronto que no estaba cumpliendo con su parte en la búsqueda del padre del niño.

Estaba muy bien que el señor Schreiber asegurase que, si a un hombre se le podía encontrar, su organización lo encontraría, pero la razón principal de su viaje a Estados Unidos, al fin y al cabo, había sido encargarse de la búsqueda personalmente, y recordaba que en cierta ocasión había declarado con cierto orgullo que iba a ser capaz de llevarlo a término.

Recordaba con qué seguridad pensaba que bastaría llegar a Estados Unidos para resolver los problemas de Henry. Bueno, pues ya estaba en el país, viviendo a lo grande y holgazaneando mientras otros se encargaban de la tarea que tan convencida estaba de acometer ella. Lo mínimo

que podía hacer era investigar a los Brown de Nueva York.

«Ada Harris, ponte manos a la obra», se dijo; a partir de entonces, las tardes en que libraba y en otros momentos que tenía libres, inició un sistemático repaso de los Geo. y G. Brown que aparecían en los listines telefónicos de Manhattan, el Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond.

Aunque podría haber ahorrado así mucho tiempo y energía, se negó a rebajarse a algo tan vulgar como llamar por teléfono a los Brown desperdigados y a preguntarles si alguna vez las Fuerzas Aéreas estadounidenses los habían destinado a Gran Bretaña, y si se habían casado con una camarera llamada Pansy Cott. Lo que hizo fue visitarlos personalmente; a veces consiguió tachar de la lista a dos o tres en un día.

Como conocía bien el metro de Londres, las líneas de Nueva York no la intimidaban en absoluto, pero lo de los autobuses era otra historia; acostumbrada a la buena educación de los ingleses, no tardó en meterse en un embrollo con alguno de los personajes que se han vuelto neuróticos por culpa de su profesión, y que conducen uno de los monstruos que se dirigen al norte. Uno de estos hombres, mientras se esforzaba en dar el cambio, manejar el aparato que se tragaba el dinero, abrir y cerrar las puertas, anunciar a voces los números de las calles y guiar el vehículo por los densos carriles llenos de taxis amarillos, limusinas y coches de dos colores, le dijo a gritos que pasara al fondo del autobús o que se bajara de una puñetera vez, le daba igual una cosa o la otra.

—Ah, ¿conque esas tenemos? —le contestó ella—. ¿Sabe lo que le pasaría si me hablara en ese tono en Londres? Pues que acabaría cayendo de culo en medio de King's Road.

El conductor oyó un acento que no le resultaba desconocido y se dio la vuelta para mirarla.

—Oiga, señora —le dijo—, que yo he estado en su país con la unidad de ingeniería del Ejército. Allí los empleados solo tienen que conducir el autobús.

Las injusticias que se cometían contra los de su propia clase siempre despertaban un sentimiento de solidaridad en la señora Harris. Le dio un golpecito en el hombro al conductor y dijo:

—Desde luego, esa no es forma de hablarle a una señora, pero también es inhumano que tenga que hacer usted todo eso; si me tocara a mí, me pegaría un tiro. Además, en Londres no lo permitiríamos, ¡intentar convertir a un ser humano en una puñetera máquina!

El hombre detuvo el vehículo, se dio la vuelta y contempló asombrado a la señora Harris.

—Vaya, ¿de veras piensa eso? Lamento haberle hablado así, pero a veces necesito desahogarme. Venga, la ayudo a encontrar un asiento. —Dejó el volante, sin darse ninguna cuenta de que estaba parando el tráfico a lo largo de veinte manzanas, le cogió la mano a la señora Harris, se fue abriendo paso a empellones por el autobús atestado y dijo—: A ver, zoquetes, que uno de vosotros se levante y le ceda el asiento a esta señora. Es de Londres. ¿No querréis que se lleve una mala impresión de Nueva York?

Se presentaron tres voluntarios. Ada se sentó y se puso cómoda.

—Huy, muchas gracias —dijo con una sonrisa.

—¿Así va usted bien? —preguntó el conductor, y después volvió al volante. Notaba cierta calidez por dentro, como un boy scout que ha hecho su buena obra del día. La sensación le duró diez manzanas y todo.

Al cabo de poco tiempo, la señora Harris ya había visto y aprendido más cosas de Nueva York, de los neoyorquinos y de los alrededores de los cinco distritos que la mayoría de los habitantes de

la ciudad que han pasado en ella toda la vida.

Había un George Brown que vivía cerca de Fort George en el Upper Manhattan, no lejos del Hudson; por primera vez, la señora Harris contempló la espléndida imagen de ese imponente río, en cuya otra orilla se alzaban las paredes verticales de los acantilados de los Jersey Palisades; gracias a otro George Brown que residía cerca de Spuyten Duyvil conoció este asombroso y sinuoso arroyo que une los ríos East y Hudson, y que físicamente hace de Manhattan una isla en toda regla.

En una visita a otro Brown justo en la otra punta de Manhattan, Bowling Green, descubrió la zona de Battery Park, esa increíble plaza sumergida en medio de los rascacielos del distrito financiero, al final del cual dos colosales corrientes de agua (los ríos East y North, tal como se denomina el Hudson en esa zona) se funden en la extensión de la Upper Bay, donde navegan un sinnúmero de transatlánticos, cargueros, remolcadores, transbordadores y yates, tantos que la señora Harris jamás habría imaginado que cupiesen tantos en las mismas aguas. En su país, ni siquiera en el Limehouse Reach ni en el muelle de Wapping era tan denso el tráfico acuático.

Por primera vez en su vida se sintió pequeña y sobrepasada. Londres era una ciudad enorme, gris, inmensa, mayor incluso que esta, pero no la hacía sentirse tan diminuta, tan insignificante, tan perdida. En Londres, de un modo u otro lograba salir adelante. A tan gran altura que solo desde un avión podían divisarse desde arriba, los incomparables rascacielos, todos ellos con una bandera o unas volutas de humo o vapor en la cima, ocupaban hasta tal punto la vista y el pensamiento que producían un estupor absoluto. ¿Qué clase de mundo era ese? ¿Quiénes habían erigido esas torres? Por las avenidas se precipitaba con estruendo el tráfico de las voluminosas carretas, las furgonetas y los gigantescos camiones con remolques, sonaba el claxon de los taxis, se oían los agudos silbatos de la policía, las embarcaciones aullaban con sus bocinas... y en medio de todo esto se encontraba Ada Harris de Battersea, bajita, sola y no precisamente impertérrita.

En el barrio situado en torno a la calle 135 y a Lenox Avenue, denominado Harlem, todos los Brown eran de tono chocolate, pero aun así se mostraron comprensivos al conocer la búsqueda de la señora Harris. Varios habían estado en Inglaterra, con el Ejército o las Fuerzas Aéreas, y la recibieron con los brazos abiertos porque les recordaba una época y un lugar en que a todos los hombres se les consideraba iguales bajo las bombas nazis, y el color no tenía nada que ver con la valentía. Uno de ellos, de pura nostalgia, se empeñó en que se tomara un *pink gin* con él. Ninguno se había casado con Pansy Cott.

A través de Georges Brown que residían en el distrito de Brighton, conoció el límite oriental de los Estados Unidos, o más bien, en ese punto, de Nueva York: la costa de olas largas, curvadas, verdosas y gigantescas que rompían en las playas del amplio y ruidoso parque de atracciones que es Coney Island.

El Brown cuya pista seguía aquel día resultó ser el voceador de un espectáculo picante. Era un tipo alto; llevaba una camisa de seda de colores chillones y un sombrero de paja con una cinta; estaba en un estrado delante de una caseta con unas oleografías bastante repulsivas de señoras apenas vestidas; e iba haciendo a gritos un resumen de las atracciones a la muchedumbre que pasaba.

A la señora Harris se le cayó el alma a los pies al pensar que un hombre semejante podía ser el

padre del pequeño Henry. No obstante, en medio de la vulgaridad del parque de atracciones no se sentía desplazada del todo, porque los gritos de los voceadores, los chasquidos de los rifles en los puestos de tiro, el vertiginoso rugido de las montañas rusas y la cacofonía metálica de la música de los tiovivos le recordaban los Battersea Festival Gardens, o cualquier otra feria británica, multiplicada por dos.

Entre perorata y perorata, el voceador George Brown escuchó su historia con atención y una empatía evidente, porque después declaró:

–Yo no soy, pero me gustaría encontrar al muy cerdo y pegarle un puñetazo en la nariz. Yo creo que se casó con la chica y luego se esfumó por las buenas. Conozco a muchos tipos parecidos.

La señora Harris defendió con pasión al padre del niño, pero el voceador no se mostró muy convencido.

–Hágame caso, señora –le dije–, no se fie de ningún soldado. Sé cómo son. –El señor Brown no había estado en Inglaterra, pero su abuela era inglesa, lo que creó un vínculo con su interlocutora. Añadió–: ¿Quiere venir a la parte de atrás y conocer a las muchachas? Ni se imagina lo majas que son. Primero la cuelo en el espectáculo.

La señora Harris pasó una agradable media hora contemplando cómo la serie de «muchachas» del señor Brown ejecutaban saltos, contoneos y bailes sensuales; luego las conoció y descubrió, como le había asegurado el señor Brown, que eran igual que las había descrito: simpáticas, sin pretensiones respecto a su arte y con un modo de expresarse mucho más refinado que muchas de las celebridades que asistían a las fiestas de los Schreiber. Volvió a casa después de haber pasado una velada interesante, pero sin haber avanzado en la búsqueda del hombre tras el cual andaba, aunque el voceador le prometió estar atento por si lo veía.

Le acabaron gustando muchas partes de Brooklyn, donde su búsqueda también la llevó, porque las partes más antiguas y tranquilas de este distrito del otro lado del East River, con sus casas de piedra rojiza pegadas unas a otras, como sardinas en lata y manzana tras manzana, a veces bajo la sombra de los árboles, le recordaron un poco Londres, que estaba muy lejos al otro lado del mar.

Como iba a conocerlos según los encontraba, uno de los Georges Brown resultó ser un comerciante de artículos marítimos que vivía encima de su establecimiento, en el puerto del Lower East Side. Aquí la señora Harris también era una mota minúscula en los grandes valles que se formaban entre los rascacielos del sur de la ciudad, pero, una vez en el empedrado de los muelles que olían a brea y a especias, alzó la vista y se fijó en los enormes arcos y la enorme tracería, que parecía una telaraña, de los puentes de Brooklyn y de Williamsburg, por los cuales circulaban ruidosamente los trenes eléctricos y el denso tráfico, con tal estruendo que le dio la impresión de que esos arcos amplios tenían voz propia y la llamaban a gritos.

Cuando fue a ver a los Georges Brown de Staten Island en el transbordador, descubrió que uno de ellos era capitán de un remolcador y que trabajaba en la Joseph P. O’Ryan Towing Company. Dirigía la embarcación con doble motor diésel Siobhan O’Ryan, y estaba a punto de hacerse a la mar cuando llegó la señora Harris.

El capitán Brown era un fornido y simpático hombre de cuarenta y tantos años, y estaba casado con una mujer cordial de la mitad de su tamaño con la que vivía en un alegre piso de St. George, a poca distancia del embarcadero del transbordador. En cierto momento habían tenido algo en

común, porque el Siobhan O’Ryan era uno de los remolcadores que habían acompañado al Ville de Paris hasta el atracadero el día de su llegada; ella se había fijado en ese nombre poco frecuente que aparecía pintado en la caseta del timón de esa embarcación, y lo había recordado.

A estos Brown también les fascinaron las andanzas del niño abandonado y de la búsqueda emprendida para encontrar al padre. El capitán acabó invitándola a subir al remolcador para darle un paseo por las aguas que rodean la isla de Manhattan. Ella aceptó entusiasmada; pasó por debajo de los grandes puentes del East River, por delante de los edificios de muros de cristal de las Naciones Unidas, y contempló con asombro el arco triple del puente de Triborough; de ahí pasaron al Hudson y avanzaron por el lado de Jersey, atravesaron el puente de George Washington y gozaron del privilegio de contemplar la vista insuperable de los rascacielos del centro de la ciudad, un conjunto de edificios tan colosal que hasta la señora Harris se quedó muda, y solo alcanzó a decir:

–Madre mía, ¡si es que aun viéndolo parece increíble!

Este fue uno de los días más memorables de su estancia en Norteamérica, pero, como era de esperar, tampoco en este caso era el Brown que buscaba.

Había otro en Washington Square que era pintor; otro en la zona dedicada al sector textil, en la Séptima avenida, especializado en «Moda resistente para mujeres elegantes»; otro en Yorkville que llevaba un establecimiento de comida preparada y que la instó probar sus encurtidos (sin pagar); uno que tenía una casa en el refinado entorno de Gracie Square, un anciano caballero que le recordó un poco al marqués y que, al oír su historia, la invitó a un té. Se trataba de un estadounidense de la vieja escuela que de joven había vivido muchos años en Londres, y que quería que la señora Harris le contase todo lo que había cambiado en esta ciudad.

Encontró a varios Brown que habían sido pilotos en la guerra; también a soldados, miembros de diversos cuerpos de la Marina y muchos que, lógicamente, eran demasiado jóvenes o demasiado ancianos para encajar con el perfil.

No todos se mostraron amables y pacientes con ella. Algunos se la quitaron de encima con la típica brusquedad de Nueva York, diciéndole:

–Pero ¿qué rollo me está soltando de que estoy casado con una camarera inglesa? Váyase a paseo, haga el favor. Tengo mujer y tres hijos. Lárguese antes de que me meta en un lío.

No todos los que habían estado en Londres se habían enamorado de la ciudad, y, al enterarse de que de ahí venía la señora, le decían que cuanto más tardaran en volver a ver ese horror de sitio, mejor.

Habló con otros Brown que eran fontaneros, carpinteros, electricistas, taxistas, abogados, actores, reparadores de radios, tintoreros, agentes de bolsa, hombres ricos, hombres de clase media, obreros, porque no solo utilizaba el listín telefónico de particulares sino también de empresas. Llamó al timbre de casas de todo tipo y condición en todos los barrios de la ciudad, y se presentaba con las siguientes palabras:

–Espero no molestarlo. Soy Harris, Ada Harris, y vengo de Londres. Estaba buscando a un George Brown que estuvo en las Fuerzas Aéreas estadounidenses en mi país y que se casó con una vieja amiga mía, una muchacha llamada Pansy Cott. No será usted, ¿verdad?

Nunca era el hombre al que buscaba, pero en la mayoría de los casos tenía que contar la historia

de cómo habían dejado desamparado al pequeño Henry, cosa que casi siempre se escuchaba con interés y compasión, gracias a la personalidad de la visitante aparte de todo lo demás, así que cuando se marchaba lo hacía con la sensación de dejar otro amigo a su paso, y la gente le rogaba que mandara noticias.

Pocos oriundos de Nueva York llegaban a los últimos confines de la ciudad tanto como la señora Harris, que visitó desde las casas de los ricos, en las anchas avenidas en torno a Central Park, en las que había aire, luz y se percibía el olor indefinible de la opulencia, hasta las tortuosas calles del centro y los barrios bajos del Bowery y del Lower East Side.

Descubrió pequeñas ciudades-estado dentro de la urbe, partes dedicadas íntegramente a una sola nacionalidad. En Yorkville, Little Hungary, la zona hispana y Little Italy, en Mulberry Street. Conoció incluso a un George Brown que era chino y que vivía en Pell Street, en el corazón de Chinatown.

Así pues, un mes de infatigable búsqueda de los Georges Brown del distrito metropolitano le brindó una muestra representativa del pueblo estadounidense, que confirmó la impresión que se había llevado de ellos a partir de los soldados que se habían desplazado a Inglaterra en la guerra. Por lo general, eran personas cordiales, simpáticas, cariñosas, generosas y hospitalarias. Todos se mostraban de lo más dispuestos a ayudar, y muchos le prometieron avisar a todos los miembros de su clan que vivían en otras localidades, para que colaboraran en la búsqueda. Muchos la recibían con la actitud encantadora e infantil de quien aspira a que lo quieran. Descubrió en ellos una paradoja extraña: en la calle iban con tantísima prisa que no tenían tiempo para nadie, ni siquiera para indicarle una dirección a un desconocido; se limitaban a avanzar con premura, sin ver ni escuchar nada. Los que se paraban resultaba que también eran de fuera. Pero en su casa eran amables, comprensivos y muy desprendidos, y anfitriones especialmente generosos cuando se enteraban de que Ada era extranjera y británica; a ella le conmovía que no hubieran olvidado la admiración que habían sentido ante la actitud de los ingleses en los bombardeos de Londres.

Por otra parte, esta exploración involuntaria de la ciudad obró otro efecto en ella. Cuando se le pasó la tremenda impresión que le causaban las grandes alturas de los edificios por los que con una frecuencia mareante se desplazaba en unos velocísimos ascensores que subían treinta pisos antes de hacer la primera parada, así como los oscuros y ruidosos valles que estos rascacielos formaban en las calles, comenzó a percibir parte de la magnificencia y el poder extraordinarios de la urbe, sobre todo su carácter juvenil, y también el sinfín de oportunidades que ofrecía a sus habitantes para la riqueza y la prosperidad.

Esto, y lo que había visto de otras ciudades, hizo que se alegrase de haber llevado a Henry a su país. En él, en su espíritu independiente, en su inteligencia, en su ingenio y en su determinación veía las cualidades de ese innegable talante juvenil que se respira en todo el entorno de esa gran metrópolis. Para ella tantos escenarios, uno tras otro (el centro, el East Side, el West Side, Nueva Jersey, Long Island, Westchester), y tantas experiencias, una tras otra, con esos americanos simpáticos y excesivos eran algo que la desbordaba, pero no era una vida a la que no pudiera llegar a adaptarse. El niño, en cambio, crecería en ese ambiente, quizá incluso contribuiría a él, si se le daba la oportunidad de hacerlo.

Esto, como es obvio, era lo que la preocupaba continuamente, porque hasta entonces nada la

acercaba a la culminación de la búsqueda. Ninguno de los Georges Brown era el deseado, ni podía siquiera darle una pista de dónde o cómo encontrarlo.

Pero un día sucedió, aunque no fue ella quien dio con él, sino nada más y nada menos que el señor Schreiber, que una tarde llegó a casa y le pidió que fuera a su despacho, en el que ya se encontraba su mujer, ambos con un semblante de lo más raro y turbado. El señor Schreiber carraspeó varias veces ruidosamente y entonces dijo:

–Por favor, señora Harris, siéntese. –Volví a carraspear aún con mayor fuerza–. Bueno –anunció–, creo que hemos encontrado a su hombre.

XIX



Al oír esta brusca noticia, no del todo inesperada pero aun así impresionante, la señora Harris dio un respingo, se levantó de la silla como si se hubiera clavado una chincheta y exclamó:

—¡Ay, madre! ¿De verdad? ¿Quién es, quién es?

Pero los señores Schreiber no reaccionaron al ver su ilusión y su entusiasmo. Tampoco sonrieron. El hombre dijo:

—Mejor vuélvase a sentar, la historia es más bien curiosa. Le conviene estar tranquila.

La señora Harris comprendió ahora un poco el estado de ánimo de sus patronos, a los que miró angustiada.

—¿Qué pasa? ¿Una cosa horrible? ¿Está en la cárcel?

El señor manoseaba un abrecartas y se fijó en unos documentos que había en su escritorio; Ada siguió su mirada y vio que eran unos papeles de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, iguales que los que ella había recibido, y que también había una copia fotostática de algo. El señor Schreiber añadió entonces en tono suave:

—Más vale que se lo vaya diciendo, es... buf, me temo que es un conocido. Es Kentucky Claiborne.

La señora Harris no procesó enseguida la conmoción que siguió a semejante declaración, sino que se limitó a repetir:

—¿Que Kentucky Claiborne es el padre de Henry?

Entonces se percató de lo que la noticia implicaba y, con la fuerza de un misil Atlas gritó:

—¡Cómo! ¿Qué ha dicho? ¿Que ese tipo es el padre? ¡No puede ser cierto!

El señor Schreiber la miró con seriedad y añadió:

—Lo lamento. A mí me gusta tan poco como a usted. Es un patán de tomo y lomo. Echará a perder a ese niño tan maravilloso.

Escalofríos de horror recorrieron el cuerpo de la señora Harris mientras ella empezaba también a hacerse a la idea de que el chico, que apenas empezaba a salir del arroyo, acabara en manos de semejante personaje.

—Pero ¿está seguro? —insistió.

El hombre dio unos golpecitos a los papeles que tenía delante y contestó:

—Lo pone todo aquí, en su registro de las Fuerzas Aéreas: Pansy Cott, Henry, no falta nada.

—Y ¿cómo lo ha descubierto? ¿Cómo se ha enterado? —exclamó la señora Harris, que esperaba aún un error en algún detalle que invalidase una noticia tan espantosa.

—Lo conseguí —dijo el señor Schreiber—. Tendría que haber sido detective, siempre lo he dicho; como Sherlock Holmes. Se me da bien detectar asuntos turbios; lo noté cuando firmaba el contrato.

—Joel ha estado muy brillante —intervino la señora Schreiber; emocionada, dijo entre sollozos—: Ay, pobre señora Harris, y qué pena lo de ese pobre niño tan mono, cuánto lo siento.

—No lo entiendo —dijo Ada—. ¿Qué tiene que ver esto con su contrato?

—Cuando lo firmó —le explicó el hombre—, lo hizo con su nombre de verdad. George Brown. Kentucky Claiborne es el artístico.

Pero, a medida que el señor Schreiber fue contando la historia, se vio que el asunto era mucho más complejo. Parecía haber hecho gala de una perspicacia y una inteligencia de las que se habría enorgullecido un investigador especial. Por lo visto, cuando se acordaron los detalles finales y Kentucky Claiborne, su agente el señor Hyman, el señor Schreiber y las huestes de abogados de ambas partes se reunieron para firmar el importante documento, la mirada experta del hombre de negocios se fijó en el nombre de George Brown mecanografiado en la parte inferior y preguntó:

—¿Quién es este tal George Brown?

El señor Hyman respondió:

—Es el verdadero nombre de Kentucky. Todos los abogados dicen que debe firmar con el auténtico, por si después surge algún problema.

El señor Schreiber añadió que entonces notó una sensación rara en las entrañas y no porque albergase la menor sospecha de que Claiborne podía ser el padre perdido. La inquietud le vino al imaginar lo espantoso que sería si, por una posibilidad entre un millón, ese fuera el caso. Entonces procedieron a firmar. Cuando George Brown, alias Kentucky Claiborne, se remangó la grasienta cazadora de cuero negro para coger la estilográfica gracias a la cual iba a ganar diez millones de dólares, el señor Schreiber reparó en un número, AF28636794, que llevaba tatuado en la muñeca, y le preguntó:

—¿Qué es ese código que lleva ahí, Kentucky?

El cantante de *hillbilly*, con una sonrisa algo azorada, contestó:

—Es el número de serie que me pusieron cuando estuve en las puñeteras Fuerzas Aéreas. Se me olvidaba siempre, así que pedí que me lo tatuaran.

Con una agudeza mental y una sangre fría propias del detective Bulldog Drummond, el Santo, James Bond o cualquier espía internacional de ficción, el señor Schreiber se aprendió dicha cifra de memoria, la anotó en cuanto terminó la ceremonia y cuando se quedó solo, le pidió a su secretaria que enviase los datos a la sede de las Fuerzas Aéreas, o sea, al Pentágono, en Washington. Al cabo de tres días todo estuvo resuelto: recibieron una fotocopia del informe de los archivos de las Fuerzas Aéreas: sin el menor género de duda, el señor Kentucky Claiborne era el George Brown que se había casado con la señorita Pansy Amelia Cott en Tunbridge Wells, el 14 de abril de 1950, y el 2 de septiembre había sido padre de un niño al que bautizaron con el nombre de Henry Semple Brown. Para acabar de confirmarlo todo, se incluía una copia de las huellas dactilares y la fotografía de un soldado con cara de pocos amigos, que era, de forma incontestable, Kentucky Claiborne, con diez años menos y sin las patillas ni la guitarra.

La señora Harris escudriñó las pruebas mientras iba asimilando lentamente la naturaleza y la profundidad de la catástrofe que de pronto se había abatido sobre ellos. Lo único peor que podía sucederle al pequeño que criarse en el hogar mísero y sin amor de los Gusset era que lo criase ese patán ignorante, pagado de sí mismo y egocéntrico que despreciaba todo lo extranjero, que había detestado al chico nada más verlo, que odiaba todo aquello que no fuera él, a quien solo le preocupaban su carrera y sus caprichos, y que ahora iba a tener una tremenda cantidad de dinero para derrochar.

La señora Harris, en su fantasía romántica, había imaginado que el desconocido y anónimo padre de Henry sería un hombre rico capaz de darle al niño todas las comodidades y ventajas; era lo bastante perspicaz para darse cuenta de que una opulencia ilimitada en manos de una persona como Claiborne sería algo más mortífero que el veneno, no solo para el cantante sino también para el niño. Y era justo en medio de aquel fuego, a merced de un personaje semejante, donde ella iba a meter al chico después de haberlo sacado de las brasas de la espantosa familia Gusset. Lamentó haberse dejado arrastrar por la fantasía absurda de llevarse a Henry a Estados Unidos. Con el océano de por medio, quizá aún se podría haber salvado.

Dejó de examinar el documento y se sentó de nuevo porque le temblaban las piernas.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! Por Dios, ¿qué vamos a hacer? —Entonces preguntó con la voz rota—: ¿Se lo han dicho ya?

El señor Schreiber negó con un gesto y dijo:

—No. He pensado que quizá quería usted reflexionar un poco sobre la cuestión. Ha sido usted quien ha traído al chiquillo. La cosa no depende de nosotros. Debe decidir usted si se lo cuenta o no.

Al menos eso le daba un poco de aire.

—Gracias, señor. Tendré que pensármelo.

Se levantó y salió del estudio.

Cuando entró en la cocina, la señora Butterfield alzó la vista y soltó un pequeño grito.

—Por el amor de Dios, Ada —chilló—, ¡si estás pálida como una muerta! ¿Ha pasado algo horrible?

—Pues sí.

—¿Han encontrado al padre del chiquillo?

—Eso es.

—Y ¿está muerto?

—No —gimió Ada, tras lo cual pronunció una serie de palabras muy malsonantes—. Ese es el problema, que no lo está. Vive. Y es —aquí soltó otra serie de palabras feas— Kentucky Claiborne.

La señora Harris se sumió en tal abismo de desesperación por culpa del carácter, al parecer, profundamente irremediable de la situación, por los problemas que se había apañado en crear a quienes mejor se portaban con ella y por el desastre que por lo visto había causado, sobre todo en la vida del niño, que hizo algo que llevaba mucho tiempo sin hacer: recurrió al talismán que representaba su bien máspreciado, su vestido de Dior. Lo sacó del armario, lo extendió en la cama y se quedó mirándolo mientras se mordía el labio y esperaba a recibir el mensaje que el traje tenía que darle.

Una vez le había parecido inalcanzable, lo más deseable y anhelado del mundo. Lo había conseguido, porque lo tenía ante sus ojos, casi tan reluciente, nuevo y vaporoso como en el momento en que lo había guardado en la maleta en París.

También en otra ocasión el traje le había planteado un dilema que había parecido irresoluble, pero que al final se había resuelto, porque ahora el vestido era suyo.

También estaba la fea y sucia cicatriz del paño y los abalorios quemados que no había llegado a arreglar, que le recordaba algo que sabía pero que olvidaba con frecuencia: que el mundo y todo

cuanto lo componía (la naturaleza, los elementos, los seres humanos) eran ajenos a la perfección, y nada salía jamás bien del todo. Por lo visto, el número de inconvenientes que podían surgir era ilimitado.

El mensaje del vestido podía interpretarse del siguiente modo: si deseas algo con la fuerza suficiente y te esfuerzas por conseguirlo, lo lograrás; sin embargo, cuando lo consigas resultará que no es del todo lo que querías, o pasará algo que lo estropeará.

Mientras contemplaba el vestido que con tanto arrojo había luchado por conseguir, en el fondo sabía que esos eran otros valores, que no podían aplicarse al aprieto en el que ahora estaba metida. En la complicación que había surgido a última hora, amenazando con arruinar toda la aventura del traje de Dior, otras personas la habían ayudado. En el dilema al que se enfrentaba ahora, si debía entregar un niño al que había acabado queriendo a un hombre que, evidentemente, no estaba preparado para ejercer de padre, o devolverlo a los horrores de su familia adoptiva, sabía que nadie podía ayudarla; ni los Schreiber, ni tampoco, desde luego, la señora Butterfield; ni siquiera el señor Bayswater ni su amigo el marqués. Iba a tener que tomar la decisión ella sola, tenía que hacerlo rápido y, tanto en un caso como en el otro, era consciente de que seguramente jamás volvería a estar con la conciencia tranquila. Eso era lo que pasaba cuando una persona se inmiscuía en la vida de los demás.

Siguió contemplando unos instantes el vestido mudo e inanimado, que casi le pareció una chapuza si tenía en cuenta el trabajo y la energía que le había costado comprarlo. Solo ella había sentido dolor cuando la antipática actricilla londinense a quien se lo había prestado una noche, en un arranque de generosidad, se lo había devuelto con toda su belleza destruida por culpa de la negligencia y el descuido. El traje no había sentido nada. Pero, hiciera lo que hiciera ella con el pequeño Henry Brown, si le revelaba a aquel hombre bruto, monstruoso y egoísta que era su hijo, o si se lo entregaba a los odiosos Gusset, la decisión afectaría al niño para toda la vida, y también a la suya. Había muchas situaciones que una astuta señora de la limpieza criada en Londres podía, gracias a su propio ingenio y experiencia, manejar indudablemente, pero esta no era de una de ellas. No sabía qué hacer, y el talismán no le ofreció ninguna pista.

El vestido le transmitía aforismos superficiales: «Nunca te des por vencida, aguanta; si no lo consigues a la primera, no cejes en el empeño; después de la tempestad viene la calma; no hay mal que cien años dure; Dios ayuda a quienes se ayudan». Ninguno le procuró el menor solaz; ninguno resolvía el dilema de una vida aún por vivir: la de Henry.

Incluso veía ahora con claridad aquello que había exagerado (otros dirían dramatizado en exceso): la posición del niño en casa de los Gusset. ¿Tan desgraciado había sido? Muchos chicos habían sobrevivido a las patadas y los bofetones y se habían convertido en grandes hombres, o al menos en hombres buenos. Henry tenía una naturaleza resistente y dulce que le permitía sobrevivir. No tardaría en crecer demasiado para que el señor Gusset lo siguiera zurrando; iría al colegio, quizá a un centro de formación profesional, obtendría un empleo y viviría bastante feliz en el entorno en que había nacido, igual que ella y varios millones de personas de su misma clase y posición.

De pronto fue consciente de su pequeñez, de su incompetencia y de la magnitud de lo que había hecho; se sentó en la cama, abrumada, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. No lo hizo

por frustración ni por pena de sí misma, sino por amor y por la pena que le inspiraba otra persona. Lloró por un niño pequeño que, al parecer, hiciera lo que hiciera ella, no iba a tener suerte en la vida. Las lágrimas se filtraron entre sus dedos y cayeron en el vestido de Dior.

XX



Después de recobrase un poco, la señora Harris fue a ver a la señora Butterfield y, hasta altísimas horas de la noche, mucho después de que Henry se durmiera feliz sin saber qué nubes de tormenta se formaban sobre él, ambas discutieron la suerte del pequeño.

Entre todos los argumentos examinados y reexaminados, entre las esperanzas y los miedos, y en la sucesión de planes descabellados y de ciertas muestras de sólido sentido común, la señora Butterfield no dejó de repetir una lúgubre afirmación, con la insistencia de un tambor africano:

—Pero, querida, es que al fin y al cabo es su padre...

Hasta que la señora Harris, casi fuera de sí por la tensión emocional creada por el descubrimiento, gritó:

—¡Vé, ¡si lo dices una vez más, me vas a volver loca!

La señora Butterfield se tranquilizó, aunque su amiga vio que de su pequeña boca salían en silencio las siguientes palabras:

—Es que lo es...

La señora Harris había vivido muchas crisis a lo largo de su vida, pero nunca una con tantas facetas que la empujaran en tantísimas direcciones distintas. Ninguna la había apesadumbrado tanto ni afectado de tal modo a todas sus disposiciones de ánimo.

Por poner solo un ejemplo del tipo de cuestiones que no dejaba de plantearse: había jurado vengarse de Kentucky Claiborne por haber pegado al chico; pero, ahora que el señor Claiborne (o, mejor dicho, el señor Brown) había resultado ser el padre, podía propinarle al chiquillo todos los bofetones que quisiera.

Desde el principio, la señora Harris se había negado en redondo a cumplir lo que sabía que era su deber: entregar el niño a su padre natural y legal, y desentenderse de todo el asunto. Los Schreiber se lo habían puesto fácil. Al no contárselo a Claiborne y al dejar el asunto en sus manos, le habían mostrado su apoyo y habían dado a entender que no iban a decir nada; que solo ella y la señora Butterfield llegarían a conocer la verdad.

Pero ¿qué sería del niño entonces? ¿Había que devolvérselo a los Gusset? Pero ¿cómo? La señora Harris había vivido demasiado tiempo en un mundo de carnés de identidad, cartillas de racionamiento, pasaportes, permisos y licencias; un mundo que a efectos prácticos declaraba que no existías si un papel no lo declaraba. El pequeño Henry existía oficialmente en la fotocopia del registro de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, en un certificado de nacimiento de Londres, y nada más. Se lo habían llevado ilegalmente de Gran Bretaña y había entrado aún más ilegalmente en Norteamérica. Ella intuía que, si trataban de sacarlo del país del mismo modo en que lo habían metido, las pillarían. A ella le daría igual, pero no podía hacerle eso a su amiga Violet Butterfield, que tantas penurias había pasado ya.

¿Quedarse con el niño en secreto? Aunque, con la ayuda del señor Schreiber, lograsen volver a introducirlo en Inglaterra, algo poco probable, los infames Gusset vivían a una pared de distancia. Era verdad que no habían montado ningún alboroto a raíz del secuestro. También era evidente que

no habían dicho ni pío, porque si no la señora Harris se habría enterado a través de la policía. Pero si Henry volvía, era casi seguro que querrían recuperarlo, porque el niño como esclavo tenía su utilidad.

También era consciente de cuán profundamente se había equivocado en su fantasía sobre el carácter de los padres de Henry. La culpa de todo no había que echársela a Pansy Cott, sino a George Brown: un hombre retorcido, ignorante, vengativo e intrínsecamente malo. Pansy de hecho había tenido buena cabeza y le había hecho un favor al niño al negarse a acompañar a su marido a Estados Unidos. No cabía duda de que el padre no le había mandado dinero para mantener al pequeño.

Pero había que tomar una decisión y era ella quien debía aceptar la responsabilidad de tomarla.

Lo más intensamente doloroso, lo que más se imponía a cualquier otra consideración, era el amor (femenino, humano, absoluto) que le inspiraba el niño, lo mucho que anhelaba verlo feliz. Había permitido que su vida quedase vinculada de modo indisoluble a la de Henry, y ahora no podía desentenderse. Como todo aquel que juega con fuego, sabía que se estaba quemando a base de bien.

Mientras sopesaban todos los razonamientos, la señora Butterfield iba repitiendo machaconamente una idea:

—Ya, cielo, pero es que al fin y al cabo es su padre. Tú decías que se alegraría muchísimo de recuperar a su hijo, que estaría más que dispuesto a quitárselo a los Gusset. Tiene derecho a quedarse con él, ¿no?

Esa era la verdad, incontestable, pura y dura, por muchas vueltas que le dieran; los documentos que tenía el señor Schreiber lo dejaban meridianamente claro. A George Brown y Henry Brown los unían lazos de sangre. Por eso ahora, a las cuatro de la madrugada, la señora Harris se rindió. Soltó un profundo suspiro. Con una humildad que conmovió a su amiga más que cualquier otra cosa que hubiese hecho a lo largo de su prolongada amistad, declaró:

—Supongo que tienes razón, Vi. Siempre la has tenido más que yo. Tiene que quedarse con su padre. Se lo diremos al señor Schreiber por la mañana.

Pero entonces la cabeza agotada, atribulada y profundamente angustiada de la señora Harris le jugó una mala pasada, como suele pasar cuando se rebasa el límite de la resistencia. Le presentó una fantasía, un consuelo completamente aceptable para una persona que lo necesitaba de veras. Ya que la decisión se había tomado, ¿cómo sabían que, bajo la benéfica influencia de un niño, George Brown-Kentucky Claiborne no se convertiría en otra persona? De pronto, antes de que lo advirtiera, Ada ya se hallaba inmersa otra vez en ese terreno de las ensoñaciones de donde salían prácticamente todos sus desaguizados.

Y así, todo se resolvió: Claiborne-Brown le había dado un bofetón al niño porque lo veía como un entrometido y un pordiosero, pero a su hijo lo acogería con los brazos abiertos. Era cierto que no se había andado con chiquitas a la hora de expresar cuánto detestaba a los ingleses, pero el chiquillo solo lo era a medias: al menos el otro cincuenta por ciento era Brown y americano.

Todas sus ilusiones reaparecieron: el padre agradecido que no cabía en sí de gozo al reunirse con su hijo a quien tanto tiempo llevaba sin ver; el pequeño Henry disfrutando de una vida mejor que la que había conocido hasta entonces, al menos desde el punto de vista económico; jamás

volvería a pasar hambre ni frío, ni a vestir harapos; nunca caería en las garras de los infames Gusset; se educaría en aquel magnífico y glorioso país, y tendría oportunidades en la vida.

George Brown necesitaba la influencia apaciguadora del pequeño tanto como Henry necesitaba a un padre. Se le caería la baba con el chico, dejaría de beber, mejoraría su comportamiento para darle un buen ejemplo a su hijo, y así seguiría siendo el ídolo de los jóvenes estadounidenses, pero multiplicado por dos.

La señora Harris acabó convencida de que, al fin y al cabo, sí había desempeñado el papel de hada madrina; había logrado lo que se había propuesto. Había dicho: «Si pudiera ir a Estados Unidos, encontraría al padre de Henry». Bueno, pues efectivamente había ido a Estados Unidos, había encontrado al padre del niño (o al menos había sido decisiva para el hallazgo) y el padre era millonario, como ella siempre había sabido. «Así que sécate las lágrimas, Ada Harris; deja de preocuparte, escribe “Misión cumplida” al final de la página, sonríe y vete a la cama.»

Así fue como su cabecita traicionera la tranquilizó y le permitió dormir, sin soñar siquiera lo que le esperaba al día siguiente.

George-Kentucky-Claiborne-Brown esperaba con cierta incomodidad en el despacho que el señor Schreiber tenía en el ático, donde este le había citado después de comer a la tarde siguiente; y esta sensación incómoda aumentó cuando entraron los señores Schreiber, seguidos por la señora Harris, la señora Butterfield y un niño de ocho años y pico al que llamaban el pequeño Henry.

El señor Schreiber le hizo un gesto al cantante para que se sentara a su lado y le dijo:

–Kentucky, siéntese. Tenemos que hablarle de algo muy importante.

Esa rabia que tan fácilmente se encendía empezó a brillar en la mirada del artista. Creía saber perfectamente a qué se debía la reunión y no le hacía la menor gracia. Adoptó una especie de actitud desafiante en una esquina del despacho y dijo:

–Si creen que me van a hacer sentir mal por haberle dado un bofetón a ese chaval, van listos. El mequetrefe me estaba molestando mientras ensayaba. Le dije que se largara, me contestó con descaro y se llevó un mamporro. Y lo volvería a hacer. Ya le había avisado a usted de que los extranjeros me gustan tan poco como los condenados negros. Si no quieren lío, que no se crucen en mi camino.

–Ya, ya –dijo el señor Schreiber irritado–, eso lo sabemos. –Ahora que tenía a Kentucky bien contratado, no se sentía obligado a ser tan paciente ni a aguantar tanto–. Pero no le he pedido que venga para hablar de eso, sino de algo muy distinto. Siéntese y vayamos al grano.

Aliviado hasta cierto punto al ver que el motivo de la reunión no era soltarle un rapapolvo por haber pegado al niño, Kentucky se sentó en una silla con el respaldo por delante y los observó a todos con sus ojillos malévolos.

–Usted en realidad se llama George Brown e hizo el servicio militar en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos de 1949 a 1952.

Kentucky apretó los dientes y contestó:

–Y eso ¿a qué viene?

El señor Schreiber, que parecía estar pasárselo bien (de hecho, ahora había abandonado el papel de detective y hacía de fiscal de distrito), añadió:

–Ah, y el 14 de abril de 1950 se casó con una tal Pansy Amelia Cott en Tunbridge Wells,

mientras aún estaba en las Fuerzas Aéreas. Unos cinco meses después fue usted padre de un niño, al que bautizaron con el nombre de Henry Brown.

—¿Qué? —exclamó el cantante—. Pero, vamos a ver, ¿está usted mal de la mollera? Se equivoca de medio a medio. No sé quiénes son esas personas.

La señora Harris tenía la impresión de estar participando en una obra de teatro televisada, y de que faltaba poco para que le tocara decir sus frases; unas frases que, conociendo de antemano la escena, había ensayado interiormente y le habían parecido muy efectivas. Levemente copiadas de películas e historias que recordaba, iba a decir más o menos lo siguiente: «Señor Claiborne, tengo una gran sorpresa para usted, que quizá le sorprenda un poco. En mi barrio de Londres vivía un niño que siempre estaba solo, que pasaba hambre, que recibía palizas, a quien maltrataban unos crueles padres adoptivos, sin que su padre, que se hallaba en la lejana América, estuviera al tanto de lo que sucedía. Yo, bueno, la señora Butterfield y yo, hemos rescatado a este niño de las garras de esos monstruos insensibles, y se lo hemos traído. Ese chiquillo es el pequeño Henry, a quien ve usted aquí, nada más y nada menos que hijo de su propia sangre. Henry, ve a darle a tu padre un gran abrazo y un beso».

Mientras repasaba su discurso y se aferraba a su fantasía, el señor Schreiber desplegó los documentos en su mesa y Kentucky, atraído por el ajeteo, echó un vistazo a la fotocopia de su registro en las Fuerzas Aéreas y la fotografía en la que aparecía él, lo que suavizó considerablemente su actitud.

—Su número de identificación era el AF28636794, el mismo que lleva tatuado en la muñeca —dijo el señor Schreiber—, y aquí está todo su historial hasta el día de su licenciamiento, incluidos su matrimonio y el nacimiento de su hijo.

El cantante le lanzó una mirada asesina y replicó:

—Bueno, ¿y qué? ¿Pasa algo? Todo esto ¿a quién le importa? Me divorcié de esa tiparraca, que era una puerca y una inútil. Todo se hizo como hay que hacerlo según las leyes del estado de Alabama, y tengo los papeles que lo demuestran. ¿Qué pasa entonces?

El señor Schreiber llevó su interrogatorio tan lejos como su imaginación le dictaba.

—¿Y el niño? —preguntó—. ¿Tiene usted la menor idea de dónde está o qué ha sido de él?

—¿A usted qué más le da? Y ¿por qué no mete las narices en sus propios asuntos? —le espetó Claiborne—. He firmado un contrato para cantar en su mierda de cadena, pero eso no le da ningún derecho a hacer preguntas personales. De todas formas, me divorcié de esa tía con todas las de la ley y he ayudado a mantener al niño. Lo último que supe de él fue que lo cuidaba su madre y que le iba de maravilla.

El señor Schreiber dejó los documentos, miró al otro lado de la mesa y dijo:

—Señora Harris, cuénteselo.

Pillada por sorpresa por esta invitación tan distinta a la que esperaba, la señora Harris se lió con las frases y exclamó:

—¡Mentira! ¡Está justo aquí, es este niño que tengo al lado!

Kentucky se quedó boquiabierto, mirando de hito en hito a los tres, con el niño en medio, y gritó:

—¿Cómo? ¿Ese pedazo de bastardo?

La señora Harris se puso en pie en un santiamén, dispuesta a la lucha: sus ojos azules lanzaban

chispas de furia.

—De bastardo no tiene nada, es sangre de su sangre, hijo de un matrimonio legal como pone en esos papeles, y se lo he traído desde Londres.

Se produjo uno de esos silencios en los que el padre mira al hijo, el hijo mira al padre y la mirada es de una implacable antipatía.

—Y ¿quién demonios le ha pedido que lo haga? —le espetó Kentucky.

La señora Harris jamás habría sospechado algo semejante, pero ella, buena samaritana y hada madrina entre las hadas madrinas, de pronto se vio obligada a ponerse a la defensiva.

—No me lo ha pedido nadie —respondió—. Lo he hecho yo sola. Esos horribles Gusset lo molían a palos y lo mataban de hambre. Lo oíamos a través de la pared. Le dije a la señora Butterfield: «Si su padre lo supiera, no lo consentiría de ningún modo. —En este momento, Violet esbozó un gesto de confirmación—. Querría que lo sacaran de aquí en un periquete». Y aquí estamos. A ver, ¿qué responde a esto?

Antes de que Kentucky contestara algo que habría sido irreproducible, a tenor de la mueca que había hecho con la boca, la señora Schreiber, viendo que Ada flaqueaba y que la cosa estaba descarrilando, se apresuró a explicar:

—La señora Harris y la señora Butterfield viven justo al lado de esa gente, de los Gusset, que eran los padres adoptivos, vamos, que la madre de Henry dejó al niño en casa de estas personas después de su segunda boda, y cuando dejaron de recibir el dinero y no la encontraron empezaron a maltratar al chiquillo. La señora Harris no podía soportarlo y se lo ha traído. Es una buena mujer, solo pensaba en el bien del niño y...

En este punto, súbitamente se percató de que las explicaciones le estaban quedando tan tontas y confusas como las que acababa de dar la señora Harris; se calló, aturullada, y miró a su marido en busca de ayuda.

—Eso es más o menos lo que ha pasado, Kentucky —dijo este—, aunque quizá se podría haber expresado mejor. Cuando lo trajo, la señora Harris no sabía quién era el padre; solo imaginó que, cuando lo encontrase y el hombre se enterase de cuánto lo necesitaba el niño, él se haría cargo del pequeño.

Kentucky chascó la lengua e hizo que le crujieran los nudillos con un ritmo curioso que a veces utilizaba en las baladas, y dijo:

—Ah, pues mire usted qué bien. —Luego dirigió la mirada a las señoras Harris y Butterfield y les preguntó—: A ver, viejas brujas entrometidas, ¿saben lo que pueden hacer con el chaval? Se lo pueden llevar por donde lo han traído, me da igual cómo. Yo no les he pedido que vinieran con él, no lo quiero y no me lo voy a quedar. Solo soy un sencillo hombre de campo, pero lo bastante listo para saber que el público no me quiere ver atado ni con una divorciada ni con un niño, y, si intentan liarla para que me lo quede, diré que son todos unos mentirosos de aquí te espero, romperé el contrato y entonces les tocará decir adiós muy buenas, Kentucky Claiborne. Además, tengo a diez millones de jóvenes, americanos al cien por cien, que me apoyarán.

Tras concluir esta homilía, paseó la mirada por todos los miembros del grupito, sin detenerla ni un segundo en su hijo, y añadió:

—Muy bien, gente, pues más vale que la cosa acabe aquí. Hala, ya nos iremos viendo por ahí.

Se levantó y se marchó con paso indolente.

El señor Schreiber manifestó entonces su opinión:

—¡Menudo granuja!

La señora Butterfield se cubrió la cara con el delantal y se fue corriendo a la cocina.

La señora Harris se quedó donde estaba, pálida como una muerta, y repitió:

—Soy una bruja vieja y entrometida. Ahora sí que me la he cargado, ¿eh?

Pero la figura más triste era la de Henry, en el centro del despacho: sus ojos enormes y su cabeza demasiado grande rebosaban ahora de una sabiduría y una pesadumbre desconocidas.

Dijo:

—Jolín, yo no quiero que ese sea mi padre.

La señora Schreiber se acercó a él, lo abrazó, empezó a llorar y las lágrimas cayeron en el niño.

Pero la señora Harris, ante el desmoronamiento definitivo de todos sus sueños e ilusiones, se quedó tan hundida que no podía ni llorar.

XXI



La cabeza de la señora Harris, que anteriormente la había engañado con gran picardía para que creyese que Kentucky Claiborne iba a recibir a su hijo con los brazos abiertos y que, a partir de entonces, el cantante solo iba a desprender dulzura y luz, ahora le hizo un favor: se quedó completamente en blanco. Le permitió ir a su cuarto, desvestirse, ponerse un camisón, meterse en la cama y correr un clemente velo sobre lo que había pasado. De no haber sido así, el intenso orgullo no habría tolerado aguantar la humillación que había sufrido, ni la destrucción de los hermosos sueños de una buena vida para el niño, que durante tanto tiempo había albergado y a los que tanto se había entregado. Se quedó tumbada con los ojos abiertos de par en par, mirando el techo, sin ver, ni oír, ni decir nada.

El alarido de miedo y angustia que soltó la señora Butterfield al verla así alertó a los Schreiber y los condujo inmediatamente a la cocina.

—Ay, señora —dijo Violet tras haberse calmado un poco—, es Ada: algo le pasa, algo espantoso. Está ahí tirada como si estuviera medio muerta y no dice ni mu.

Henrietta echó un vistazo al cuerpo pequeño y delgado tendido en la cama: parecía aún más pequeño y delgado ahora que había salido de él todo el aliento de su dinámica personalidad. Intentó despertarla un par de veces y, como no lo consiguió, fue rápidamente a buscar a su marido y llamó al doctor Jonas, el médico de la familia.

Este les hizo una visita, siguiendo los procedimientos profesionales que consideró oportunos; después se dirigió a los Schreiber.

—Esta mujer ha sufrido una conmoción grave —afirmó—. ¿Saben algo de ella?

—Desde luego —dijo el señor Schreiber, y a continuación explicó lo que había pasado, incluida la escena del padre reacio.

El médico, con un gesto de comprensión, concluyó:

—Ah, ya veo. Bueno, pues habrá que esperar. A veces la naturaleza equilibra lo intolerable por este medio. Parece que a la mujer le sobra vitalidad, y me da la impresión de que no se le tardará en pasar.

Pero la niebla en la que se había sumido la señora Harris tardó una semana en disiparse, y la causa de su desaparición se manifestó de un modo bastante extraordinario.

A los Schreiber les costó muchísimo soportar la espera por lo que había pasado mientras tanto: la nueva situación que se morían de ganas de contarle a Ada, convencidos de que, cuando volviera en sí, la ayudaría a recuperarse con rapidez.

Todo empezó con una llamada de teléfono para la señora Harris, un día poco antes de la comida, que atendió la señora Schreiber. El marido también estaba, porque la oficina no le quedaba lejos de casa y solía ir a comer. Una voz que parecía inglesa y de una elegancia y una cultura máximas preguntó:

—Disculpen la molestia, pero ¿podría hablar con la señora Harris?

La señora Schreiber contestó:

–Ay, mire usted, me temo que no. Es que está enferma. ¿Quién la llama?

La voz repitió:

–Oh. ¿Que está enferma, dice? Soy Bayswater; John Bayswater de Bayswater, Londres. Espero que no sea nada grave.

Henrietta le susurró a su marido:

–Un tal Bayswater quiere hablar con la señora Harris. –Entonces, volviendo a dirigirse al auricular, añadió–: ¿Es usted amigo suyo?

–Creo que así me puedo considerar. Me pidió que la llamara por teléfono cuando viniera a Nueva York, y estoy seguro de que mi jefe, el marqués de Chassagne, el embajador de Francia, se va a preocupar mucho por ella. Soy su chófer.

La señora Schreiber lo recordó ahora y, tapando el aparato, le comunicó la información al marido.

–Que venga –propuso el señor Schreiber–. ¿Qué mal puede hacer? A lo mejor incluso a ella le sienta bien, quién sabe.

Al cabo de veinte minutos un acongojado señor Bayswater, elegante con su uniforme de sarga gris y con la estilosa gorra de chófer en la mano, se presentó en el piso de los Schreiber. Lo acompañaron al dormitorio de la señora Harris, y la inquieta señora Butterfield, que no había dejado de lloriquear desde que su amiga se había puesto enferma, esperó en el umbral.

La paciente no había dejado de tomar té y pan con mantequilla o galletas ligeras, pero por lo demás no daba muestras de reconocer a nadie.

Por lo visto, el señor Bayswater llevaba una temporada muy intranquilo, y era precisamente la falta de tranquilidad lo que lo había llevado a Nueva York. Las entrañas del Rolls más perfecto al que jamás se había unido habían empezado a emitir un ruido misterioso que prácticamente solo resultaba apreciable para el oído experto del chófer; él lo percibía como si fuera el estallido de un trueno en pleno verano, y le estaba sacando de quicio. No podía soportar semejante incidencia en un Rolls, menos aún en uno que él había tenido el honor de elegir y probar.

Ni los conocimientos, ni la pericia, ni la experiencia, ni el criterio de años le habían permitido localizar la causa de este desarreglo. Desde entonces no conocía el reposo ni el sosiego, y había llevado el coche a Nueva York para que lo desmontaran y lo examinaran con mayor detenimiento en el taller de Rolls de esta ciudad. Había dejado ahí el vehículo y se le había ocurrido que una charla con la señora Harris podría quitarle de la cabeza ese tormento.

Sin embargo, ahora que contemplaba a aquella mujer convertida en un pálido fantasma, con las mejillas de manzana hundidas y la mirada, antes traviesa, aguda, y alegre, ahora vidriosa, todo pensamiento sobre el Rolls estropeado se le borró de la cabeza y por primera vez desde hacía muchos, muchos años notó un tipo de dolor nuevo. Se acercó a la cama, se sentó en el borde, cogió una de las manos de la enferma sin reparar en que los Schreiber y la señora Butterfield lo observaban y, empeorando su forma de expresarse, como era su tendencia cuando se hallaba sometido a gran tensión emocional, dijo:

–Mecachis en la mar, Ada, esto no me gusta ni un pelo. Pero ¿qué puñetas pasa?

Hubo algo en su voz que produjo un efecto. Quizá fueron las palabras algo vulgares las que hicieron girar la llave y abrieron la puerta a la señora Harris, que alzó la cabeza y miró

sorprendida el rostro elegante y austero del señor Bayswater. Observando su pelo rizado y canoso, su nariz casi patricia y sus labios finos, dijo con voz débil:

–Qué hay, John. ¿Qué te trae por aquí?

–Cosas de negocios –respondió él–. Me dijiste que te diera un toque si venía. He llamado y me han dicho que no andabas muy allá. ¿Qué ha pasado?

Todos se abalanzaron hacia la cama. Violet chillaba: «¡Oh, Ada, gracias a Dios que estás mejor!», la señora Schreiber sollozaba: «Ay, señora Harris, ¡qué maravilla! Está usted mejor, ¿verdad? Cuánta angustia hemos pasado», y el señor Schreiber gritaba: «¡Señora Harris, señora Harris! ¡Escuche! ¡Tenemos que contarle la más maravillosa de las noticias!».

En efecto, la cara y la voz del señor Bayswater habían reanimado a la señora Harris, recordándole aquel trayecto tan delicioso desde Washington, y una parada aún más deliciosa en un famoso restaurante de carretera, en el que había probado una sopa riquísima de almejas, puerros, patatas y nata, llamada sopa de almejas de Nueva Inglaterra. Habría sido mejor para ella revivir esos recuerdos un ratito más, pero por desgracia los gritos de los demás no tardaron en romper el hechizo, devolviendo a su memoria la catástrofe que había ocasionado. Se tapó la cara con las manos y dijo llorando:

–¡No, no, váyanse! No puedo ver a nadie. Soy una vieja tonta y entrometida que estropea todo lo que toca. Márchense, por favor.

Pero esta vez el señor Schreiber no pensaba ceder. Se acercó y le explicó:

–Pero es que no lo entiende, señora Harris, ha pasado algo espléndido desde que a usted..., bueno, mientras no ha estado bien. ¡Algo realmente fabuloso! ¡Vamos a adoptar a Henry! Es nuestro. Va a quedarse con nosotros, si a usted no le importa. Ya sabe que queremos al niño y que él nos quiere. A nuestro lado tendrá un hogar feliz y se convertirá en un hombre espléndido.

El alma de la señora Harris seguía profundamente afectada, y se enteró a medias de lo que el señor Schreiber le contaba; no obstante, como parecía estar relacionado con Henry y a su patrón parecía alegrarlo y animarlo, se descubrió el rostro y recorrió la habitación con la mirada, con un aspecto muy parecido al de un monito desgraciado.

–La idea fue de Henrietta –le siguió explicando Schreiber–; enseguida, al día siguiente, cogí a Kentucky por banda y tuve otra charla con él. Cuando se le conoce mejor, no es mal tipo. Lo que pasa es que no le gustan los niños. Le obsesiona perder a su público si se sabe que se casó y se divorció en el extranjero, que tuvo un niño medio inglés. Entonces le pregunté si pondría alguna pega en caso de que quisiéramos adoptarlo Henrietta y yo, y educarlo como si fuera nuestro.

–«Es usted una vieja bruja entrometida. Llévase al chaval otra vez a Inglaterra», eso fue lo que me dijo –repitió Ada–. Su propio padre.

–No lo entiende –insistió el señor Schreiber–. No va a poner ningún impedimento. La solución satisface a todos. El niño tiene la nacionalidad estadounidense, es su derecho estar aquí. Kentucky es el padre legal, la prueba está en los archivos de las Fuerzas Aéreas. Hemos escrito a Inglaterra para que nos manden la partida de nacimiento del muchachito. Nadie pondrá pegas porque, al ser su padre, Claiborne también está en su derecho de tenerlo aquí. Unos expertos en Derecho están redactando los papeles de adopción, y él los va a firmar en cuanto estén.

Cierta parte del mensaje ya había conseguido ser asimilada, porque la señora Harris, con un

semblante algo más animado, preguntó al señor Schreiber:

–¿Está seguro? Este sería un buen hogar para él.

–Pues ¡claro que estoy seguro! –afirmó su patrón, encantado de que su idea se hubiera entendido –. Se lo aseguro, el tipo se moría de ganas de librarse de... bueno, que se alegra de que el niño vaya a estar con nosotros.

A la señora Schreiber le pareció que la señora Harris ya había tenido bastante por el momento, le dio un codazo a su marido y dijo:

–Joel, podemos seguir hablándolo después; a lo mejor a la señora Harris le apetece estar un rato a solas con su amigo.

El señor Schreiber, magnate del mundo del espectáculo, detective y fiscal de distrito, demostró ser un marido ejemplar al pillarla al vuelo y contestar:

–Sí, desde luego. Venga, nos vamos.

Después de que se marcharan y de que, con gran tacto, la señora Butterfield también se retirara, el señor Bayswater dijo:

–Bueno, pues ya está. Al final todo ha salido bien, ¿no?

Un resto del negro mar de decepción en el que se había hundido la señora Harris volvió a apoderarse de ella, porque había sido un sueño precioso y ella llevaba mucho tiempo acariciándolo.

–Soy boba –dijo–. Una metomentodo y una tonta que no se contenta con ocuparse de lo suyo. Lo único que he conseguido es meter a todo el mundo en un lío. Yo, que tan segurísima estaba de encontrar al padre de Henry... Madre mía, vaya estropicio he causado.

El señor Bayswater quiso acariciarle la mano, y le sorprendió ver que aún se la tenía cogida, así que lo que hizo fue apretársela y decir:

–No seas tonta ni hables así. Lo que a mí me parece es que al niño no le has encontrado un padre, sino dos. No está tan mal, dos por el precio de uno.

Un levísimo atisbo de sonrisa dulcificó el rostro de la señora Harris por primera vez, pero no estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente a su abatimiento ni a su sentimiento de culpa.

–Todo habría salido fatal –insistió– de no haber sido por el señor Schreiber. ¿Qué habría pasado con la criatura sin él?

–Y ¿se puede saber qué habría pasado con la criatura sin ti? –replicó el hombre con una sonrisa.

Ada le devolvió la sonrisa y preguntó:

–¿Qué te trae por Nueva York, John?

Entonces, el chófer se acordó de golpe de todos sus problemas; un leve estremecimiento recorrió su elegante cuerpo, ataviado con el uniforme de sarga, y se pasó la mano por la frente.

–He venido por culpa del Rolls. Ha empezado a hacer un ruido y no sé de dónde sale. Estoy a punto de acabar muy malamente de la puñetera azotea, bueno, de perder los nervios. Llevo una semana con este asunto y no encuentro el motivo. El problema no está en la caja de cambios, ni en el silenciador, ni en el filtro de aire de baño de aceite. He mandado que desmonten el eje trasero, pero tampoco es eso. He revisado todo el sistema hidráulico y desarmado el motor. No le pasa nada a la tapa del distribuidor, ni a la bomba de agua. A veces la correa del ventilador emite un chasquido, pero tampoco es eso.

—Y ¿a qué suena? —preguntó ella, demostrando ser una mujer capaz de interesarse también por los asuntos de un hombre.

—Bueno, no es exactamente un golpeteo ni un chasquido, pero tampoco diría que es un traqueteo ni un chirrido, ni siquiera un ruido de choque ni un pitido —explicó el conductor—, pero algo es. Yo lo oigo. En un Rolls-Royce no se debe oír nada, desde luego no en el mío. Sale de algún punto que no está demasiado lejos del asiento, pero no justo debajo, más bien hacia atrás, y por su culpa me voy a volver majareta. No sé, es como si el Señor me hubiera dicho: «Eh, tú, que tan orgulloso estabas y tan presuntuoso te ponías con tu coche, que tan perfecto decías que era, vas a ver tú lo que es la perfección. A ver cómo resuelves esto, señor Engreído». Yo no es que sea un engreído —explicó—, es que me encantan los Rolls. Es lo único que he amado en toda la vida, me la he pasado buscando el vehículo perfecto, y este lo era... hasta ahora.

La tristeza de los apuestos rasgos del maduro chófer conmovió el corazón de la señora Harris y la llevó a olvidar sus sinsabores. De verdad le habría gustado poder consolarlo, igual que él, de algún modo, la había consolado a ella. Un recuerdo antiguo le empezaba a rondar por la cabeza recién despierta, y de repente le vino a la memoria con intensidad.

—Hace un tiempo trabajé en casa de una señora —le contó— que era una ricachona pesadísima. Tenía un Rolls y un chófer; un día le oí decir: «James, hay algo que suena en la parte de atrás del coche. Encuéntralo antes de que me dé un ataque de nervios». Casi se vuelve loco buscándolo. Desmontó y volvió a montar el coche dos veces, pero luego lo encontró por casualidad. ¿Sabes qué era?

—No, ¿el qué?

—A la señora se le había caído una horquilla del pelo y se había metido detrás del asiento. Pero eso no puede ser, ¿no? El marqués no lleva horquillas.

El señor Bayswater soltó una expresión malsonante, pero que muy malsonante.

—¡Me cago en la leche! —exclamó—. ¡Hay que jorobarse! —Parecía un condenado al enterarse de que ha recibido el indulto del gobernador del estado—. ¡Creo que ha dado con ello! El marqués no las utiliza, pero la semana pasada llevé a casa a madame Mogadhjibh, la mujer del embajador sirio, después de una fiesta. Se había puesto una barbaridad de horquillas, enormes y negras. Ada, cielo mío, aquí va el besazo que no te di en el barco. —Se inclinó y la besó en la frente; luego se puso en pie y añadió—: Lo voy a averiguar. Ya nos veremos.

Y salió a toda velocidad.

Una vez a solas, la señora Harris empezó a pensar en este asunto de la perfección que, por lo visto, persiguen los seres humanos, como bien se veía en la angustia que le había causado al señor Bayswater algo que había acabado destruyendo la perfección del mejor coche del mundo; le pareció que a lo mejor esa perfección solo era propia de ese Altísimo que a veces daba la impresión de ser bueno con las personas, otras menos; a veces incluso se diría que le ponían un poco celoso.

¿Había pedido demasiado? «Sí —contestó enérgicamente una voz en su interior—, más que demasiado.» No solo había intentado hacer de hada madrina sino casi de Dios, y el castigo había sido rápido e inevitable. Entonces volvió a pensar en el vestido de Dior, tan exquisito y delicado, y en su horrible quemadura que le recordaba que, aunque el traje se había echado a perder, de esa

experiencia había surgido algo mejor: unas amistades extraordinarias.

A partir de ahí solo tuvo que dar un paso para consolarse con la idea de que, aunque no había cumplido precisamente su misión de reunir a Henry con su padre, tampoco había fracasado del todo. Nada en la vida era un triunfo completo, al cien por cien, pero muchas veces uno podía muy bien conformarse con menos, que era la mejor lección que se podía aprender. Henry ya no estaba en manos de los infames Gusset, tenía unos padres adoptivos que lo querían y que contribuirían a hacer de él un hombre bueno y generoso; ella había conocido y había acabado cogiéndole cariño a un país y a un pueblo nuevos. Por eso, quejarse, refunfuñar y cogerse berrinches después de haber encontrado estos tesoros le pareció de repente una ingratitud de lo más oscura. Los Schreiber eran felices, el niño también; ¿cómo osaba no sentir ella lo mismo solo porque su sueño ridículo y vanidoso se había hecho añicos?

«Ada Harris –se dijo–, deberías avergonzarte de ti misma, mira que estar aquí tirada cuando hay cosas que hacer.»

–¡Violet!

La señora Butterfield irrumpió en la habitación como un alegre hipopótamo.

–Cariño, ¿me has llamado? Ay, bendito sea Dios, si vuelves a parecer tú...

–¿Podrías prepararme un té, cielo? –dijo la señora Harris–. Me voy a levantar.

XXII



El encanto del inicio del verano en Nueva York, en mayo y junio, cuando las jóvenes salen con ligeros vestidos estivales, los parques están llenos de flores y el cielo luce despejado y soleado, dio paso a la tórrida e incómoda humedad y a las olas de calor de julio. La casa de los Schreiber funcionaba como un reloj, con un servicio permanente enseñado y disciplinado por la señora Harris; las últimas formalidades para que Joel y Henrietta se convirtieran en padres adoptivos y tutores de Henry Brown se habían llevado a cabo, y el niño ya estaba instalado en su parte propia de la casa. El paso del tiempo iba acercando dos acontecimientos ante los que, tarde o temprano, habría que reaccionar.

Uno de ellos era la llegada de las vacaciones, el éxodo anual de la gran ciudad a los climas más suaves de la montaña o la costa; el otro, el fin inminente, el 17 de julio, de los visados de turista de las señoras Butterfield y Harris.

Los Schreiber tuvieron varias conversaciones sobre este asunto y una tarde las llamaron a las dos al despacho, donde se encontraron a la pareja sentada y con aspecto solemne.

—Queridas señoras, no se queden de pie; tomen asiento, por favor.

Las dos inglesas cruzaron una mirada y ocuparon cautelosamente el borde de dos sillas.

—El señor Schreiber y yo hemos alquilado una casita en la playa, en Maine, para Henry y para nosotros —anunció Henrietta—, donde tenemos la intención de pasar varios meses y descansar tranquilamente. Mi marido está muy cansado después del trabajo de reorganizar la empresa y no queremos recibir visitas. De este piso pueden encargarse los empleados, pero pensábamos que quizá usted y la señora Butterfield podrían acompañarnos a Forest Harbour para cuidarnos a Henry y a mí cuando estemos allí. Nada nos haría más felices.

Las dos mujeres volvieron a cruzar una mirada; el hombre añadió:

—No tienen por qué preocuparse por los visados de turista; tengo amigos en Washington que les pueden conseguir una prórroga de seis meses, que les iba a pedir de todos modos.

—Y después, al volver el otoño, bueno... también esperábamos que siguieran con nosotros —prosiguió Henrietta, a continuación añadió—: Esperamos poder convencerlas de alguna manera para que se queden siempre con nosotros. La verdad es que Henry las quiere a las dos y... nosotros también, vamos, que creemos que hemos contraído con ustedes una deuda de gratitud que jamás podremos saldar. De no haber sido por ustedes el niño no se habría convertido en hijo nuestro; Henry ya significa más para nosotros que lo que mi marido y yo somos capaces de expresar. No queremos que se vayan nunca. No tendrán que trabajar mucho, con nosotros siempre estarán en casa. ¿Se quedan? ¿Nos acompañan este verano?

En el silencio que se produjo tras esta súplica las dos londinenses volvieron a mirarse por tercera vez; a la señora Butterfield le empezó a temblar la papada, pero la señora Harris, en su papel de portavoz y capitana del equipo, fue capaz de alterarse menos, aunque la oferta también la había emocionado ostensiblemente.

—Benditos sean los dos por lo buenos que son —dijo—. Hace días que Violet y yo no hablamos de

otra cosa. No podemos aceptar.

El señor Schreiber se quedó verdaderamente perplejo.

—¿Que llevan días hablándolo? Pero si se lo acabamos de plantear ahora. Ni nosotros sabíamos hasta hace poco...

—Nos lo veíamos venir —dijo la señora Harris.

La señora Butterfield, ahora con la papada toda agitada, se llevó una esquina del delantal a un ojo y dijo:

—Qué personas tan bondadosas y amables.

—O sea, ¿que sabían lo de la casa de campo y que querríamos que nos acompañasen? —preguntó estupefacta la señora Schreiber.

La señora Harris, sin el menor azoramiento, contestó:

—Se oyen cosas por la casa. Hay personas pequeñitas que se enteran de todo, y más aún si no paran quietas. ¿De qué se va a hablar en la zona del servicio si no es de lo que pasa en la parte principal de la casa?

—Entonces ¿no se quedan? —insistió Henrietta con un deje de tristeza en la voz.

—Tesoro —contestó la señora Harris—, haríamos cualquier cosa para agradecerles lo buenos que han sido con nosotras y por darle al niño un hogar y posibilidades en la vida, pero lo hemos discutido, y no podemos, es que no podemos.

El señor Schreiber, viendo la decepción de su mujer, preguntó:

—¿Por qué? ¿No les gusta Estados Unidos?

—Huy, ¡por Dios! —exclamó con entusiasmo la señora Harris—. No, no es eso. Es maravilloso. En todo el mundo no hay nada igual. ¿Verdad, Violet?

La emoción de la señora Butterfield era de tal calibre que lo único que pudo hacer fue un gesto de asentimiento.

—Entonces ¿qué pasa? —repitió el señor Schreiber—. Si lo que quieren es más dinero, podemos...

—¡Dinero! —gritó escandalizada la señora Harris—. Ya nos han pagado demasiado. No podríamos aceptar ni un penique más. Es que... echamos de menos Inglaterra.

—¿Que la echan de menos —repitió el señor Schreiber—, con todo lo que hay aquí? Pero ¡si lo tenemos todo!

—Ya, por eso —asintió Ada—. Aquí tenemos demasiado de todo, echamos de menos no tener tanto. Nuestro tiempo ha acabado. Queremos volver a Londres. —De pronto, como si le saliera de lo más profundo y oculto del corazón, añadió con una especie de congoja que conmovió a la señora Schreiber y que afectó incluso a su marido—: Se lo ruego, no nos pidan que nos quedemos, ni nos pregunten el motivo.

Porque ¿cómo podía explicar, incluso a los Schreiber que conocían Londres, que habían vivido en la ciudad y que les encantaba, que ellas añoraban el ritmo más pausado y más suave de la gran urbe gris y extensa en la que habían nacido y crecido?

Los rascacielos altos y brillantes de Nueva York invitaban a mirar al cielo; el bullicio, el ajeteo y el estruendo del tráfico incesante, los atestados valles entre los edificios montañosos excitaban y estimulaban los nervios, aceleraban el pulso; las tiendas y los teatros gloriosos, las maravillas de los supermercados, todo aquello procuraba a la señora Harris una emoción sin límites. Entonces

¿cómo podía explicar que quisieran volver a un sitio en el que unos anodinos edificios grises se extendían a lo largo de manzanas aparentemente infinitas, o que acababan en pintorescas y tranquilas plazas bordeadas de árboles, o en calles en las que cada casa estaba pintada de un color diferente?

¿Cómo hacer que sus amigos entendiesen que una emoción prolongada demasiado tiempo pierde intensidad, que querían estar en la tranquila y reconfortante fealdad de Willis Gardens, donde los cascos del caballo viejo que arrastraba la carreta del florista en primavera quebraban el silencio, y donde el paso de un taxi casi era todo un acontecimiento?

¿Cómo se podían comparar, habían concluido las señoras Harris y Butterfield, todo ese apresuramiento, ese caos, esa agitación, esas prisas, esa ciudad que iluminaban los neones y la electricidad cegadora de la que les había hecho muchísima ilusión formar parte durante un tiempcito, con el sosiego y alivio de los tés que tomaban juntas, un día sí y otro no, en sus pequeños semisótanos de su esquinita particular de Londres?

Tampoco podían, sin ofender a esas buenas personas, decirles que echaban muchísimo de menos otro tipo de emociones, las de la ilusión diaria de su trabajo por horas.

En Londres, cada día les ofrecía algo distinto, una aventura nueva, un chisme nuevo, algo bueno que había pasado, algo malo, un motivo para la alegría o la indignación. No servían solo en una casa: las dos atendían a una docena o más de clientes, de diversos caracteres y actitudes. Todos ellos tenían una vida, esperanzas, inquietudes, conflictos, fracasos y triunfos, que las señoras de la limpieza se contaban la una a la otra un par de horas al día. Por eso, en vez de una, las dos vivían vicariamente una docena de existencias, plenas e intensas, porque sus patronos les hacían confidencias, como era la costumbre en Londres.

¿Cómo sería la nueva joven del comandante Wallace, cuya presencia este le había anunciado contándole con sumo detalle que era una prima suya que acababa de llegar de Rodesia, aunque la señora Harris sabía que la había conocido en la taberna The Antelope dos noches antes? ¿Qué nuevos servicios, a los que ella se resistiría con alborozo, energía e indignación, le exigiría la condesa Wyszczinska de un día para otro? ¿Saldría en el *Express* alguna historia jugosa y escandalosa sobre lord Nosequé, a quien su mujer había pillado haciéndose arrumacos con Pamela Nosecuantos entre las macetas de palmeras de determinada y alegre fiesta de Mayfair? Seguramente, la señora Fford Ffoulkes, la de las dos efes, con la posición social de una ingeniosa y atractiva divorciada, habría estado en la fiesta y a la tarde siguiente, cuando Ada «fuese» a su casa entre las tres y las cinco, se enteraría de lo que realmente había pasado, y también de algunos detalles más interesantes que el *Express*, obligado por las leyes sobre injurias y calumnias, habría tenido que omitir.

Tampoco cabía olvidar la excitación que le procuraba su otro cliente soltero, el señor Alexander Hero, cuya ocupación consistía en ir husmeando por casas encantadas, y que tenía un misterioso laboratorio en la parte posterior de su casa de Eaton Mews, un tipo a quien ella cuidaba como una madre, aunque le diera un poco de miedo. Pero le suscitaba una morbosa emoción relacionarse con una persona que trataba con fantasmas, le encantaba.

Incluso detalles tan nimios como saber si el señor Pilkerton habría encontrado o no su peluquín perdido, la evolución de la convalecencia del diminuto caniche anaranjado de los Wadham, un

perrito monísimo que siempre estaba enfermo, o si el vestido nuevo de lady Dant estaría a punto para el baile del club de caza, dotaban de interés a todas sus jornadas.

Y también estaba la gran diversión de decidir repentinamente dejar de asistir a un cliente que se había puesto antipático con ellas o que había violado alguna de las reglas de conducta que observa el gremio de las señoras de la limpieza, y la tremenda aventura de elegir a uno nuevo para que ocupara el lugar del anterior; la llamada a la oficina de empleo o a Tías Universales, el interrogatorio al posible cliente, la decisión final; y luego, lo apasionante que era la primera visita al nuevo piso, un auténtico palacio lleno de tesoros que se podían husmear y estudiar.

¿Qué había en Nueva York, por mucho que fuera la ciudad más importante del mundo, que se pudiera comparar con eso?

Los más insignificantes detalles inspiraban en las señoras Harris y Butterfield el deseo de volver a casa. La comida nunca se les había presentado de forma tan atractiva, pero también, desgraciadamente, más impersonal, que en el gigantesco supermercado en el que hacían la compra. Todas las chuletas y las hojas de lechuga, todas las zanahorias peladas y relucientes estaban envueltas en celofán en un brillante mostrador, lavadas, empaquetadas, embaladas, etiquetadas, expuestas, con el precio marcado y sin que ningún ser humano las tocara. Lo que ellas añoraban era el acogedor ambiente de Warbles, la verdulería de la esquina en la que se exhibían verduras pasadas, coliflores mustias y coles marchitas, pero que también olía a especias y a cosas que recordaban muy bien, y que regentaba el gordo señor Warbles en persona. Querían ver cómo el señor Hagger, el carnicero, cortaba una chuleta y la ponía en la balanza mientras decía: «Aquí tiene, maja, carne de cordero inglesa como no la verá en otro sitio», cómo la envolvía con una hoja de periódico del mes anterior y se la pasaba por encima del mostrador como si le estuviera concediendo un don extraordinario.

Habían probado todos los sitios fabulosos en que se podía tomar un tentempié en Nueva York: el majestuoso Child's, con esas tortitas de las que la señora Harris se había hecho ferviente adicta, los autoservicios en los que unos robots preparaban milagrosamente el café, e incluso los largos mostradores de los *drugstores* en los que los camareros de chaqueta blanca echaban chorros de soda en el sirope de chocolate y preparaban sándwiches de tres y cuatro pisos, de una regia magnificencia. Sin embargo, estas mujeres, que habían nacido en sitios desde donde se oían las campanas de Saint Mary-le-Bow,⁴ a quienes Londres les sentaba como anillo al dedo, habían acabado echando de menos el trajín de las cafeterías y restaurantes de J. Lyons and Company, o el calor y los intensos aromas de un establecimiento de *fish and chips*.

Los bares y las parrillas de Lexington Avenue y de la Tercera avenida, a los que a veces iban a picar algo, eran sitios deslumbrantes de paredes de espejos, caoba y dorados, y en todos se podía ver la televisión gratis, pero mesdames Harris y Butterfield añoraban el ambiente anodino y mohoso del pub Crown cerca de su casa, la comodidad de esta taberna en la que dos damas podían tomarse tranquilamente una cerveza o una ginebra, disfrutar de una refinada conversación o a veces jugar a los dardos.

Los agentes de policía de Nueva York eran hombres fuertes y apuestos, en su mayor parte de ascendencia irlandesa, pero no eran los *bobbies* londinenses. La señora Harris recordaba con una nostalgia cada vez mayor las pausas que hacía para charlar de asuntos locales con P. C. Hooter,

que era al mismo tiempo guardia y psiquiatra de los vecinos de su calle.

Los sonidos, los olores y los ritmos, el cielo, los atardeceres y la lluvia de Londres no se parecían a los de la fabulosa ciudad de Nueva York, y ella los echaba de menos. Hasta le apetecía perderse y andar a tientas en medio de una de esas densas brumas londinenses de toda la vida.

Pero ¿cómo transmitir todo esto a los Schreiber?

Es posible que estos, que recordaban con cariño su feliz estancia en Londres, fueran más comprensivos de lo que ella pensaba, porque atendieron su ruego y no le hicieron más preguntas. El señor Schreiber se limitó a suspirar y a decir:

—Bueno, pues, si se tienen que marchar, qué remedio. Les organizaré el viaje.

XXIII



Aunque sucede casi todas las semanas en Nueva York, siempre hay algo emocionante y dramático en el momento en que zarpa un gran transatlántico, sobre todo cuando se trata de la mayor de todas las embarcaciones que han surcado los siete mares: el Queen Elizabeth.

Especialmente en verano, cuando los estadounidenses acuden en masa a Europa para pasar las vacaciones, el ajetreo y el barullo alcanzan su punto culminante, en las vías de acceso al muelle 90, por debajo del paso elevado de la calle 50, se agolpan los taxis amarillos y las espléndidas limusinas que llevan a los pasajeros y sus bultos. El muelle se convierte en un torbellino de viajeros y mozos de cuerda; a bordo del colosal buque da la impresión de estar celebrándose una fiesta tremenda, que se ramifica en otras más pequeñas en las escalerillas y los camarotes, porque en todas partes los pasajeros que se marchan reciben a sus amigos con champán, whisky y canapés.

Hay una alegría especial y contagiosa en esas despedidas, una verdadera manifestación del espíritu de un día señalado; y de todas las que se celebraban en el Queen Elizabeth, que iba a salir en la fecha prevista del 16 de julio, ninguna de una alegría y una animación más contagiosas que la del camarote A 59, el mayor y mejor espacio de la clase turista, donde, a las tres de la tarde, antes de la salida a las cinco, mesdames Harris y Butterfield recibieron a sus invitados rodeadas de un sinfín de orquídeas y rosas.

Los periodistas no frecuentan la clase turista cuando zarpa un barco, pues reservan su atención para las celebridades que indudablemente van a ocupar las zonas de lujo. En este caso se perdieron una apuesta segura, y fue mejor así, porque los huéspedes que se reunieron en la fiesta de la señora Harris no solo eran célebres, sino también heterogéneos. Por ejemplo, estaba el embajador de Francia en Estados Unidos, el marqués Hypolite de Chassagne, al que acompañaba su chófer, el señor John Bayswater, de Bayswater, Londres.

También se habrían encontrado con el señor Joel Schreiber, presidente de la North American Pictures and Television Company, Inc., quien recientemente había cobrado notoriedad al contratar a Kentucky Claiborne por diez millones de dólares, acompañado por su esposa, Henrietta, y el hijo que ambos acababan de adoptar, Henry Brown Schreiber, de casi nueve años.

Desde luego, fue toda una suerte que los sagaces reporteros de la prensa neoyorquina no vieran a esta familia, porque si no habrían planteado ciertas preguntas sobre cómo era posible que el antiguo hijo de lord Dartington de Stowe y nieto del marqués de Chassagne, cuya llegada a Estados Unidos había quedado inmortalizada en reportajes y fotografías, se hubiera convertido de pronto en hijo adoptivo de los señores Schreiber.

Entre los invitados también se encontraban un tal señor Gregson, la señorita Fitt y la señora Hodge, respectivamente mayordomo, camarera y cocinera del servicio doméstico de los Schreiber.

Por último, completaban la fiesta varios de los Georges Brown de Nueva York que le habían cogido cariño a la señora Harris, a quienes esta, en el curso de su búsqueda, había añadido a su

lista cada vez mayor de amigos internacionales. Estaba el George Brown que era voceador, hecho un pincel con un traje de alpaca y una alegre cinta en su sombrero de paja; el capitán que comandaba el Siobhan O’Ryan, a quien se le marcaban los músculos por debajo del traje azul de los domingos y que llevaba arrastrando a su menuda mujer, un poco como si fuera una barquita; también el elegante George Brown de Gracie Square; dos Brown del Bronx; el nostálgico Brown de tono chocolate de Harlem; el de Long Island, y toda una familia de Brooklyn.

La verdadera identidad del padre de Henry se había guardado en secreto, pero la señora Harris les había contado a todos el final feliz de toda la aventura; ellos habían acudido a celebrarlo y a despedirla.

Si los centros de atención, las señoras Harris y Butterfield, se hubieran prendido todos los ramilletes de orquídeas moradas que los invitados les habían enviado, no habrían podido resistir el peso. En todo caso, el sentido del protocolo de la señora Harris le dictó que debía lucir las flores del marqués, orquídeas blancas con un lazo en el que se mezclaban los colores de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los camareros no dejaban de servir champán ni de pasar canapés.

La bebida, sobre todo el vino espumoso, es algo esencial en estos acontecimientos, porque las conversaciones de justo antes de una partida tienden a atontar; son momentos en que la gente suele repetir lo mismo sin parar.

El señor Schreiber le volvió a decir al marqués:

—El chico va a ser un jugador de béisbol de primera, se lo aseguro. Tiene la misma vista que Babe Ruth. El otro día le lancé mi bola submarina, imaginando que tendría suerte si llegaba a tocarla. ¿Sabe usted lo que hizo?

—No —contestó el marqués.

—La bateó como si fuera una recta cortada, como hacía Di Maggio, con tanta fuerza que la pelota acabó en la cancha de al lado. ¿Qué le parece?

—Extraordinario —afirmó el marqués, que no había entendido ni jota de lo que había dicho su interlocutor; solo había captado que Henry había obrado una especie de milagro, y recordó que al propio presidente de Estados Unidos parecían haberle impresionado las dotes deportivas del chico.

—Salude de mi parte a Leicester Square —dijo el George Brown de Harlem—. Algún día volveré. Nos sentaba bien ir a esa plaza durante la guerra.

—Si me llego a cruzar con el George Brown que le dio un mamporro al niño, le pegaré yo otro para que se lleve un buen recuerdo —prometió el de Coney Island.

—Lo que ha hecho usted tiene mucho mérito —sentenciaron los Brown de Brooklyn.

—Algún día iremos a verla a su país —auguró un Brown del Bronx.

—Imagino que el White’s y el Buck’s seguirán iguales —intervino el Brown de Gracie Square con un suspiro—, y que no cambiarán.

—Querida —dijo la señora Schreiber por cuarta vez—, cuando pase por delante de nuestro piso de Eaton Square, lánceme un beso de mi parte. No sé quién vivirá ahora en él. —Entonces, con melancolía, mientras recordaba los viejos tiempos en que la vida no era tan complicada, añadió—: A lo mejor podría usted incluso trabajar para esas personas. Nunca la olvidaré, ni lo que ha hecho

por nosotros. No deje de escribirnos ni de contarnos cómo van las cosas.

Bayswater iba deambulando por la periferia del grupo, muy callado y aparentemente desconcertado, porque el pequeño Henry, que por algún motivo ya no parecía tan pequeño, pues su cuerpo había empezado a crecer hasta equilibrarse con el tamaño de la cabeza (y la tristeza se había borrado para siempre de su mirada), abrazaba a las dos mujeres y todo el mundo armaba un buen jaleo en torno a ellos. Al chófer le parecía imposible acercarse para darle a la señora Harris lo que le había llevado.

Sin embargo, consiguió que se fijara en él unos instantes; entonces, enarcó las cejas y señaló la puerta con un hombro de forma imperceptible, aunque a ella el gesto le bastó para captar el mensaje y salió por unos momentos del cordón que la rodeaba.

—Atiende tú a la gente un rato —le pidió a la señora Butterfield—, que voy a ver dónde me han puesto el baúl.

—No irás a bajarte del barco, ¿no? —le preguntó Violet angustiada, pero la señora Harris ya había cruzado la puerta.

Mientras avanzaban un trecho por el pasillo, al son de las copas que chocaban, de las estruendosas carcajadas y de los llantos de despedida que salían de las fiestas de los camarotes cercanos, la señora Harris dijo:

—Buf. No sabía cómo salir para preguntártelo. ¿Era una horquilla?

A guisa de respuesta, el chófer se metió la mano en el bolsillo del uniforme, donde un bulto alteraba un poco la elegante hechura, y le alargó un paquetito, en el que había una botella de agua de colonia: un esfuerzo tremendo por su parte, porque era la primera vez que había comprado algo semejante y se lo regalaba a una mujer. En la parte exterior, sujeta con una cinta elástica, se veía una horquilla enorme, negra y de aspecto imponente.

La señora Harris examinó el ejemplar:

—Madre mía —comentó—, pero qué cosa tan grande.

Bayswater asintió con la cabeza.

—Pues ahí la tiene. Si algo así acaba en el interior de un Rolls, el coche puede sonar como si se le fuera cayendo la parte de atrás. Nunca la habría buscado de no haber sido por ti. El perfume es para ti.

—Gracias, John. Me la guardaré de recuerdo. Tendríamos que ir volviendo, ¿no?

Pero el señor Bayswater todavía no había terminado; ahora hacía aspavientos con incomodidad y una mano metida en el bolsillo; al fin dijo:

—Ada, quería darte otra cosa, si no te importa.

Sacó la mano del bolsillo y en ella se vio algo que a la señora Harris no le costó reconocer; incluso sintió una extraña y leve emoción al imaginar qué podría significar.

—Son las llaves de mi piso —añadió el chófer—. Me preguntaba si en algún momento podrías sacar un rato para echarle un vistazo, solo para cerciorarse de que todo está bien; es el número 64 de Willmott Terrace, Bayswater Road, en Bayswater.

Ella miró las llaves que sostenía John y notó que la embargaba una extraño afecto que no había experimentado desde que era joven.

El señor Bayswater también se sentía muy raro y sudaba un poco por debajo del cuello de lino.

Ninguno de los dos era consciente de lo simbólico de esa entrega de llaves, pero a ambos les dio la sensación de que los embargaba algo insólito, importante y agradable.

Ada las cogió; las notó calientes al rozarlas, porque él las había tenido agarradas.

–Huy –dijo–, seguro que a estas alturas a la casa habrá que darle un buen repaso. ¿Te parecería mal que le quitara un poco el polvo?

–Pero si no te lo he pedido por eso –protestó él–, ni se me ocurriría. Solo es que había pensado que si pudieras pasarte alguna vez... Bueno, así yo sabría que no ha ocurrido nada.

–Estarás fuera mucho tiempo, ¿no?

–Tampoco tanto. Volveré dentro de seis meses. He presentado mi dimisión.

La señora Harris puso cara de horror.

–¿Que has presentado la dimisión, John? Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? ¿Qué va a hacer el marqués?

–Él me entiende –contestó Bayswater en tono algo misterioso–. Un amigo mío va a ocupar mi puesto.

–Y el coche, ¿vas a dejarlo?

–Ah, no sé. A lo mejor conviene tomarse la vida con más calma. Lo de la horquilla me dejó un poco conmocionado. Me ha abierto un poco los ojos. Ya iba siendo hora de que pensara en jubilarme, en todo caso. He ahorrado todo lo que voy a necesitar. Solo firmé un contrato para venir un año. Si paso más tiempo fuera, noto que empiezo a echar de menos Bayswater.

–A mí me pasa lo mismo con Willis Gardens. Pero qué acogedor es, por la noche, con las cortinas echadas y la visita de la señora Butterfield para tomar el té. –Entonces, intuitivamente, sin conciencia de parafrasear nada afirmó–: Eso sí que es un hogar.

–¿Podré verte cuando vuelva? –preguntó John; esa pregunta denotaba lo que le rondaba la cabeza, después de entregar las llaves de su piso.

–Claro, hazlo si te pasas por el barrio –contestó ella con una falsedad parecida, ahora que llevaba las llaves de John en la mano nudosa–. Vivo en el número 5 de Willis Gardens, en Battersea. Siempre estoy en casa después de las siete, menos los jueves, cuando la señora Butterfield y yo vamos al cine. Pero, si me mandas una nota por correo, podemos quedar otra noche.

–Eso haré, desde luego. Bueno, supongo que tendríamos que volver con los demás.

–Sí, habría que hacerlo.

Entraron en el camarote. La señora Harris llevaba en la mano la prueba y la promesa de que un día, en un futuro no muy lejano, lo vería de nuevo. Y en el hueco del bolsillo del señor Bayswater, donde ya no estaban las llaves, estaba la garantía de que, mientras ella las siguiera teniendo, él vería a Ada Harris en Inglaterra.

Cuando volvieron, el señor Schreiber acababa de pedir a Henry que recitase el catecismo para que lo oyera el marqués. Por primera vez le pareció a la señora Harris que notaba un cambio en el niño, reparó en la solidez que había adoptado su cuerpo, y en que todos los recelos y las expectativas de palos y golpes habían desaparecido de su gesto. El chico nunca había sido un cobarde ni un quejica; su actitud había sido la de quien espera lo peor, que es lo que suele acabar sucediendo. Tan joven, y ya era todo un muchacho; al cabo de no demasiado tiempo empezaría a

convertirse en todo un hombre. La señora Harris no conocía bien los rezos oficiales de agradecimiento, y su idea de Dios era algo confusa y cambiante, pero ahora se lo imaginó como un ser benévolo, todo lo bueno y cariñoso que ella era capaz de concebir. A su idea de esa criatura, que se parecía mucho al gentil y barbudo semblante del Señor que aparecía en las estampas religiosas, le dijo en su fuero interno: «Gracias».

–¿Qué vas a ser de mayor? –preguntó la señora Schreiber.

–Jugador de béisbol –respondió Henry.

–¿En qué posición? –quiso saber el señor Schreiber.

El chico tuvo que pensárselo un rato, pero luego dijo:

–Centrocampista.

–Jardinero central –le corrigió el hombre–. Muy bien. Todos los grandes bateadores han jugado en el jardín de la cancha: Ruth, Cobb, Di Maggio, Meusel. ¿Con qué equipo vas a jugar?

Henry conocía perfectamente la respuesta:

–Los New York Yankees.

–¿Ven? –intervino entusiasmada la señora Schreiber–. Ya es todo un americano.

La sirena sonó tres veces; se oyeron pasos en la escalerilla del exterior y un auxiliar pasó golpeando un gong y gritando:

–¡Los visitantes que desembarquen, por favor! Los que se queden en tierra, ¡fuera!

Mientras se dirigían a la puerta y la señora Butterfield lloraba ruidosamente, las despedidas se redoblaron:

–Adiós, señora Harris. Que Dios la bendiga –dijo llorando la señora Schreiber–. Que no se le olvide comprobar quién vive en nuestro piso.

–Adiós, madame –dijo el marqués mientras se inclinaba, le cogía la mano y se la rozaba con el bigote blanco–. Merece ser usted muy feliz por toda la alegría que ha dado a otros, yo incluido, debo decir. En conjunto, todo ha sido divertidísimo. A todo el mundo le he contado que mi nieto ha vuelto a casa de su padre en Inglaterra, así que ya no habrá complicaciones.

–Adiós, ¡buena suerte! –dijeron todos los Brown.

–¡Adiós y buena suerte! –les deseó el señor Schreiber–. Si necesitan cualquier cosa, escríbanme y díganmelo. No olviden que tenemos una sucursal en Londres, donde las pueden ayudar en todo momento.

Henry se acercó a ellas con una timidez nueva, porque a pesar de todo, de sus experiencias y de su experiencia, seguía siendo un niño, y las emociones, sobre todo las intensas, lo azoraban. No era capaz de vislumbrar el futuro, pero no le cabía la menor duda sobre el presente, ni tampoco sobre el pasado del que esas dos mujeres lo habían rescatado, aunque el recuerdo de su vida con los Gusset ya empezaba a borrarse.

Pero la señora Butterfield no conocía tales inhibiciones. Estrechó al pequeño, le hundió el rostro en su generoso pecho y, mientras ponía en grave peligro la respiración de Henry, lo abrazó, lo acarició, le lloró y sollozó encima, hasta que al final Ada se vio obligada a decir:

–Vamos, cielo, no te alteres tanto. Ya no es un bebé, sino un hombrecito –lo cual despertó en el niño una gratitud aún mayor que la que sentía por su rescate.

Se volvió hacia la señora Harris, la abrazó por el cuello y susurró:

–Adiós, tía Ada. Te quiero.

Estas fueron las últimas palabras que se oyeron mientras salían en fila y esperaban todos en un extremo del muelle, contemplando cómo se adentraba en el bullicioso North River el espléndido buque, cuyos ojos de buey reflejaban el caluroso sol de julio; también se fijaron en las miles de caras que se extendían como puntitos a lo largo del blanco resplandeciente de las cubiertas y de la superestructura. En alguna parte de la zona anterior debían de estar los puntitos que correspondían a las señoras Butterfield y Harris. La enorme sirena del transatlántico sonó tres veces a modo de despedida, y el marqués Hypolite de Chassagne pronunció una suerte de discurso de adiós:

–Si de mí dependiera –declaró–, erigiría una estatua en una plaza pública a las mujeres como ellas, porque son las verdaderas heroínas de la vida. Cumplen con sus obligaciones día sí y día también, luchan para salir de la pobreza, de la soledad, de las carencias, para sobrevivir y mantener a su familia, pero no pierden la capacidad de reír, de sonreír, de encontrar un rato para entregarse a las ensoñaciones. –Hizo una pausa, reflexionó un instante, suspiró y añadió–: Y por eso les construiría la estatua, por el valor de esos sueños de belleza y romanticismo de los que no desisten. Aquí tenemos el ejemplo –terminó– del maravilloso efecto de esos sueños.

La sirena del Queen Elizabeth volvió a sonar; ahora estaba de costado frente al puerto, en medio del río. Sus hélices giraron y empezó a deslizarse hacia el mar. El marqués alzó el sombrero.

En el barco, las dos mujeres, ahora con los ojos rojos por las lágrimas, se dirigieron al camarote, donde se les presentó el camarero.

–Me apellido Twigg –dijo–. Las atenderé yo. Su camarera se apellida Evans y vendrá en un minuto. –Se fijó en las montañas de flores–. Hay que jorobarse, ¡si parece que aquí se ha muerto alguien!

–Oiga usted –le dijo la señora Harris–, cuidado con esa lengua o ya verá usted quién acaba muerto. Por si le interesa, las flores son del embajador de Francia.

–Vale, vale –contestó el hombre, que reconoció el acento, y sin sentirse mínimamente afectado por la reprimenda–. ¿A que es usted de Battersea? Pues yo de Clapham Common. Hoy en día nunca se sabe con quién te encuentras al viajar. Los pasajes, por favor. –Mientras salía añadió–: Hasta luego, señoras. Bill Twigg y Jessie Evans las cuidarán, no se preocupen. No podrían ir en mejor barco.

La señora Harris se sentó en la cama y soltó un suspiro de satisfacción. Lo de Clapham Common le había sonado de maravilla y le había inspirado un sentimiento de gratitud.

–Ay, Violet, cielo –exclamó–, ¡qué bien volver a casa!

Notas

¹ En 1877 el sociólogo Richard L. Dugdale publicó *The Jukes: A Study in Crime, Pauperism, Disease and Heredity*, un estudio sobre una serie de familias de zonas rurales del norte del estado de Nueva York con una genealogía de criminales, enfermos congénitos y «débiles mentales». A estas familias les dio el nombre genérico e inventado de «los Juke». *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]*

² Barrio tradicional de la clase trabajadora londinense.

³ Dwight David «Ike» Eisenhower.

⁴ Se considera que un verdadero *cockney*, nativo del East End de Londres, tiene que haber nacido dentro del radio al que llega el sonido de esas campanas.

Créditos

ALBA rara avis

Título original: *Mrs Harris Goes to New York*

© Paul Gallico, 1960

© de la traducción: Ismael Attrache

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

primera edición: mayo de 2018

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-435-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es